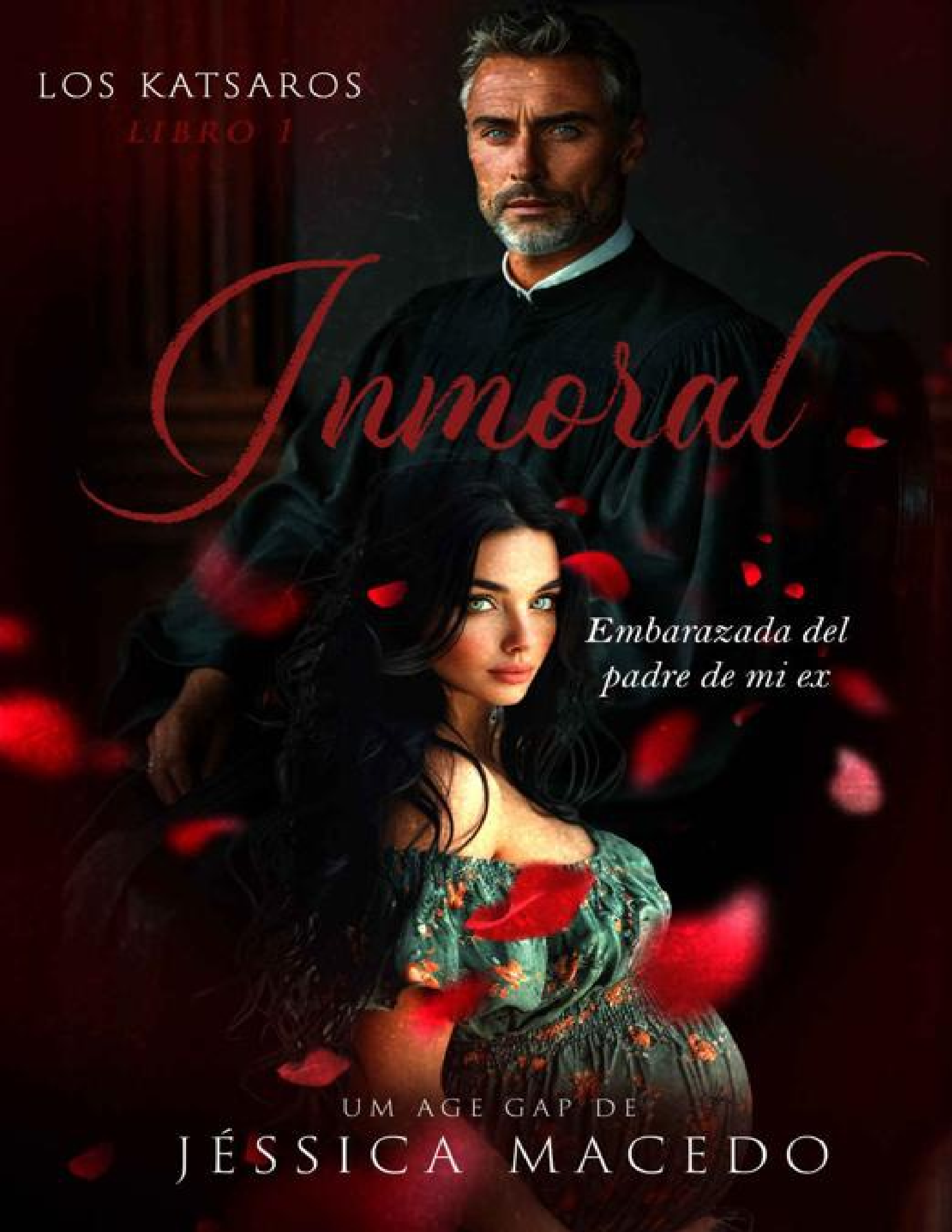

LOS KATSAROS
LIBRO 1
Inmoral
Embarazada del padre de mi ex
UM AGE GAP DE
JÉSSICA MACEDO

LOS KATSAROS

LIBRO 1

Inmoral

UN AGE GAP DE

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Resumen
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Epílogo
Sobre la autora

Para mi querida lectora, Eglaia ♡

Sinopsis

Maximus Katsaros, juez en la cima de su carrera, se enfrentaba al duelo y al distanciamiento emocional de su único hijo. Cuando conoció a Eglaia, una joven vibrante, se encontró sumido en una pasión desbordante, que añadió turbulencias a su ya tumultuosa vida.

Demasiado joven para él...

La diferencia de edad ya era un gran obstáculo, y cuando Máximo se enteró de la relación de Eglaia con su hijo, puso fin al romance.

Eglaia, descubriendo que estaba embarazada y con el corazón destrozado, luchó por llegar hasta el hombre que le había cerrado la puerta. Sin embargo, Maximus estaba decidido a que nunca volvieran a hablarse.



Maximus

Capítulo 1

Puse los ojos en blanco y me masajeé las sienes cuando sonó mi móvil a las cinco de la mañana de aquel fatídico martes. En mi puesto era habitual que la gente me llamara a horas inadecuadas e inoportunas, pero me alegraría si se tratara de un asunto judicial.

Respiré hondo, aparté las piernas de la cama y agarré el móvil de la mesita.

—¿Hola? —murmuré con voz gruesa y algo adormilada.

—Su Señoría, le pido disculpas por llamar a esta hora, pero tenemos un problema. —La voz del policía al otro lado de la línea me era familiar.

—¿Qué pasó?

—Su hijo, fue arrestado.

Intenté contener un insulto.

—¿Otra vez?

—Desgraciadamente. Aún no lo hemos imputado gracias a usted, pero si la situación sigue así.

—Voy para allá —murmuré antes de colgar la llamada.

Me levanté, me cambié de ropa y me eché agua en la cara antes de salir de casa.

Pensaba que a partir de los dieciocho años, León superaría su fase de adolescente rebelde y empezaría a asumir responsabilidades, pero cuando cumplió veintiuno, mis esperanzas se desvanecieron. Hiciera lo que hiciera, mi hijo seguía metiéndose en líos. Conducción bajo los efectos del alcohol, destrucción de la propiedad pública, peleas, etc. Estos y otros motivos hacían que la policía me llamara con frecuencia.

Si no procediera de una familia adinerada y no fuera hijo de uno de los jueces penales más influyentes de Atenas, León estaría sin duda en la cárcel. A veces me preguntaba si no sería ésta la única forma de darle una lección. Después de todo lo que había intentado en los últimos

años, me encontraba cada vez más perdido.

Conduje hasta la comisaría, aparqué en la puerta y bajé ajustándome la corbata, sintiéndome terriblemente incómodo. Los primeros rayos de sol aparecían en el horizonte mientras pensaba en cómo mi relación con mi hijo parecía cada vez más irreparable, por mucho que lo intentara.

En cuanto me acerqué a la entrada, una chica salió sin mirar al frente y chocó conmigo.

—¡Mira por dónde vas! —rugí, impaciente.

—Lo siento... —Levantó la cabeza, mirándome con ojos llorosos, y rompió a sollozar desesperadamente—. Lo siento...

Sacudí la cabeza, desconcertado, no había pasado nada para que la chica llorara así.

—¿Te encuentras bien?

—Sí... —dijo, pero su movimiento de cabeza contradecía sus palabras.

Fue entonces cuando vi un moretón en su cara.

—¿Te has hecho daño?

—No es nada. —Se pasó la mano por la cara, tratando de ocultarlo.

Miré a la comisaría y a la joven varias veces antes de actuar.

—¿Has desayunado?

Frunció el ceño, mirándome bien y sorprendida por mi pregunta.

—No.

—Conozco un buen lugar a pocos metros. ¿Qué te parece si nos sentamos allí y nos tomamos una taza de café mientras te calmas y me cuentas qué ha pasado?

Una parte de mí se culpaba por no ir a la comisaría y sacar a León, pero mi lado recto, desarrollado durante años de trabajo como juez, sabía que dejarle pasar más tiempo en una celda podría ayudarle a ver las malas decisiones que estaba tomando.

León era un joven rico con todas las oportunidades que el dinero podía comprar, pero se

empeñaba en tirarlo todo por la borda y en tomar las peores decisiones posibles.

El bar era sencillo, pequeño y algo rústico. Seguramente no era un lugar turístico, y la mayoría de sus clientes debían ser locales y policías de la comisaría. Tenía un puñado de mesas de madera oscura dispuestas en la acera y el dueño acababa de abrir las puertas cuando nos sentamos en una de ellas.

La chica que tenía delante parecía una muñeca, con el pelo muy negro y los ojos verdosos. No parecía tener más de veinte años, la edad de mi hijo. Quizá estudiaba en la universidad. Supuse que no era una turista, ya que hablaba griego perfectamente y no pude distinguir ningún acento, aunque no hablamos mucho.

—¿Te gusta el café expreso?

Asintió y pedí dos tazas.

Era una costumbre griega pasar horas en los cafés, pero yo ni siquiera recordaba la última vez que lo había hecho. Hacía cinco años, cuando murió mi mujer, mi vida se había convertido en una loca montaña rusa que no me dejaba tiempo para apreciar las cosas buenas de la vida. Me había centrado en mi trabajo y en intentar criar a mi hijo, en lo que evidentemente estaba fracasando.

—¿Qué te ha pasado? —insistí, fijándome de nuevo en el moratón de su delicado rostro.

—Fue... fue... —tartamudeó, midiendo sus palabras.

—¿Cómo?

—Estuve hablando con unos chicos y un hombre con el que estaba no se puso muy contento.

—¿Tu novio?

Se apresuró a negarlo con la cabeza.

—Ya no.

—Él no tomó bien el final de la relación.

—Creo que sí, pero no estoy segura de si podríamos considerarnos novios, ya que estaba

involucrado con varias otras chicas.

—No parece un buen tipo con el cuál involucrarse.

Ella estuvo de acuerdo, rodeó la taza con sus delicados dedos y bebió unos sorbos.

—Gracias por el café.

—En absoluto.

Saqué una de mis tarjetas y se la di. Tal vez no debería haberlo hecho, pero fue un movimiento completamente impulsivo. Me hizo sentir cómodo con alguien completamente ajeno a mi esfera social, aunque solo fuera por unos minutos.

—Si necesitas alguien con quien hablar.

—Maximus Katsaros... ¿Eres juez? —Se quedó estupefacta.

—En mi tiempo libre —bromeé, arrancándole una sonrisa, que yo le devolví.

—Un placer, señor Katsaros.

—Solo Maximus.

—Eglaia...

—Encantado de conocerte, Eglaia. —Le tomé la mano y le besé el dorso.

Nos miramos fijamente durante unos segundos antes de levantarme, sacar un billete de veinte euros de la cartera y dejarlo sobre la mesa para pagar los cafés.

—Tengo que irme.

Asintió y nos despedimos antes de que yo volviera a la comisaría.

Consulté la hora en mi reloj de pulsera y habíamos pasado casi cincuenta minutos sentados juntos.

Cuando entré en la comisaría, pasé por recepción y el agente de policía me acompañó a las celdas del fondo. Mi hijo estaba en una de ellas con otros cinco hombres. Uno de ellos debía de ser el responsable de la herida de Eglaia, pero no me molesté en tratar de averiguarlo.

—¿Dónde estabas? —Enfurecido, León se levantó del banco de cemento y se acercó a mí todo lo que pudo, deteniéndose frente a la barandilla.

—Durmiendo. Si tú también lo estuvieras haciendo, no estaría aquí.

—¡Tienes que sacarme de aquí!

—¿Ah, sí?

Arqueó las cejas, sorprendido por mi pregunta.

—Es la tercera vez. ¡Tercera vez! Que has acabado en una comisaría en menos de dos meses. Tal vez realmente quieres quedarte aquí.

—No seas idiota, papá. ¡Sácame de aquí!

Reflexioné unos segundos antes de mover la cabeza negativamente.

—Hoy no.

—¿A qué te refieres?

—Dormir aquí una o dos noches puede hacerte bien.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—¿Parece que estoy bromeando? —Me crucé de brazos con expresión seria.

—No puedes dejarme aquí.

—Puedo y lo haré.

—¡Papá!

Le di la espalda, caminando de nuevo por el pasillo.

—¡Papá! ¡Maldición! ¡Vuelve aquí, papá!

Ícaro, el policía que me había llamado, esperaba en la esquina del pasillo y me dirigió una mirada seria en cuanto me vio.

—¿Puedes mantenerlo allí hasta mañana?

—¿Está seguro, su Señoría?

—Me siento un padre terrible, pero sé que tengo que dejar de malcriarlo y dejar que afronte las consecuencias de sus propios actos.

—¿Quiere que lo meta en una celda solo?

—No. Déjalo con los demás. Sin trato especial porque es mi hijo.

El policía asintió.

Mentiría si dijera que dejar a León allí fue una decisión fácil para mí, pero necesitaba despertarle a la realidad del mundo.


Eglaia

Capítulo 2

Mi madre no paraba de decirme que Pandora no era una buena amiga para mí y tal vez había llegado el momento de aceptar eso y alejarme de ella.

Éramos de realidades completamente distintas y el dolor en mi cara parecía un buen recordatorio de ello. Me habían dado un puñetazo por estar en el lugar equivocado con las personas equivocadas. Fue un milagro que la situación no acabara aún peor.

Pandora tenía dinero, su familia poseía un hotel popular entre los turistas cerca de la playa de Varkiza. Yo ganaba dinero guiando a los turistas por la acrópolis. Mi madre era enfermera y mi padre, socorrista de playa, se ahogó al salvar a un grupo de turistas irresponsables hace dos años.

Era hora de aceptar mi realidad, de dejar de involucrarme con la gente equivocada. Eso incluía a León. Lo había conocido en una de las discotecas de Mykonos con Pandora hacía unos seis meses. El príncipe encantador resultó ser un sapo muy rápidamente.

Nos quedamos en la discoteca y empezamos a intercambiar mensajes, pero pronto se volvió posesivo, celoso y descontrolado. Siempre estaba con otras mujeres, sin ningún problema en resfregármelo por la cara, pero fue cuando me vio con otro hombre cuando acabamos en comisaría.

Aquella situación había ido demasiado lejos. Si no quería meterme en líos, tenía que dejar de ir allí. Ninguna fiesta valía mi cordura y mi libertad.

Si hubo algo bueno en todo aquello, fue el juez que conocí a la salida de la comisaría. Los pocos minutos de conversación me hicieron sentir mejor. Era un hombre maduro y centrado, distinto a cualquier chico problemático que se hubiera cruzado en mi camino en los últimos meses.

¡No más fiestas!

Se acabó la confusión.

Por suerte, cuando llegué a casa, mi madre no estaba, probablemente aún no había vuelto del trabajo. Su carga de trabajo en el hospital era a veces muy intensa, pero después de la muerte de mi padre, necesitábamos cada céntimo para mantener la casa.

Llegaba tarde, tenía que salir rápidamente para guiar a un grupo de turistas a primera hora de la mañana. Hablando con el juez, había perdido completamente la noción del tiempo.

Me centré en cambiarme de ropa y aplicarme mucha base de maquillaje, intentando ocultar el morado de mi cara. No quería responder a preguntas ni tener que explicar lo que había pasado. Era demasiado embarazoso.

Salí corriendo del autobús y me detuve ante la puerta de la agencia de viajes, con la mano en el pecho y jadeando. Eros, mi jefe, me dirigió una mirada muy poco amistosa.

—¡Llegas tarde!

—Lo sé, lo siento.

—Teníamos un grupo de turistas hace media hora.

—Iré ya mismo...

—¡No! —Ni siquiera me dejó terminar la frase—. Zoe ya ha salido con ellos.

—Lo siento...

—Tendrás que esperar a que aparezca otro grupo.

—Aprovecharé para repartir algunos folletos.

—Es lo mínimo que puede hacer. —Su expresión mostraba lo furioso que estaba conmigo—. No es asunto mío dónde pases la noche, pero si sigues llegando tarde, tendré que dejarte marchar.

—¡Lo siento, Eros! Esto ya no ocurrirá.

—Espero que no. Ahora vete a repartir los folletos. —Se agachó a recoger un montón de papeles de detrás del mostrador y me los entregó.

Asentí sin discutir.

Además de necesitar el trabajo, me gustaba.

Nunca fui a la universidad, pero mi interés y pasión por la historia de la ciudad en la que nací hizo que aprendiera mucho sobre Atenas, contando a los turistas los detalles de nuestra época dorada. Nadie estaba más orgullosa que yo.

Puede que Grecia no sea hoy un país de influencia mundial, pero toda la base de la sociedad occidental nació aquí y era importante que la gente lo supiera.

La suerte quiso que llegara un grupo de Brasil, unas doce personas que habían venido en familia. Buscaban un guía histórico y yo me ofrecí. Aunque la mayoría de los turistas no entendían griego, mi inglés era bueno. Y ya había memorizado la mayor parte del discurso.

Durante el día, centrada en el trabajo y en contar a la gente la historia de Atenas, me olvidé de la tragedia de anoche.



Maximus

Capítulo 3

Estaba centrado en el expediente del caso, revisando las pruebas que incriminaban a una mujer por robar en una tienda, cuando mi teléfono móvil empezó a sonar.

Me sorprendí al esperar que fuera la mujer que había conocido por la mañana, pero resoplé cuando vi el nombre de mi madre en la pantalla.

—¿Qué te pasa? —respondí, malhumorado.

—¿Dejaste que detuvieran a tu hijo? —preguntó indignada.

—No dejé que lo arrestaran, mamá. León lo hizo por su cuenta.

—Me llamó diciendo que lo habías dejado en la cárcel, en la misma celda que los borrachos y los drogadictos.

—Llegó allí sin mi ayuda.

—Pero tienes que sacarlo. ¡Es tu hijo!

—¿Para qué? ¿Para que lo arresten mañana?

—Estás exagerando.

—No, mamá. Ha estado haciendo esto durante mucho tiempo y necesita ser castigado.

—No siendo arrestado.

—¿Qué más crees que debería hacer? Si no fuera hijo de un juez, ya estaría en la cárcel. No puedo permitir que mi posición sea una excusa para que siga actuando contra la ley.

—Es nuestro pequeño... —murmuró, gimoteando.

—León tiene veintiún años, ya es un hombre. Tendrá que aprender de una forma u otra. No puedo seguir perdonándole sus faltas sin dejar que asuma las consecuencias de sus actos.

—Si su madre estuviera aquí...

—Pero no lo está —interrumpí—. El hecho de que Elena esté muerta no es justificación para seguir actuando de forma inconsecuente.

—¿Puedo recogerlo de la cárcel?

—¡No!

—Pero...

—No, mamá. No anules mis órdenes, de lo contrario nunca aprenderá.

—De acuerdo, pero no creo que sea la mejor manera.

—Estés de acuerdo o no, espero que respetes mi decisión.

—Bueno...

—Necesito desconectar la llamada ahora. Tengo un juicio dentro de unas horas y necesito comprobar todas las nuevas pruebas presentadas por la acusación.

—Ven a comer conmigo el sábado.

—Lo pensaré más tarde. Hasta luego. —Colgué sin darle la oportunidad de continuar.

La llamada de mi madre no hizo sino aumentar mi descontento con la situación. Estaba seguro de que si seguíamos mimando a León, su rebeldía y falta de control no harían más que empeorar.

Quería lo mejor para mi hijo y eso significaba ser más duro con él de lo que había sido en los últimos años.


Eglaia

Capítulo 4

Me senté a comer en una escalera de la calle, junto a la oficina de la agencia de viajes para la que trabajaba. Le compraba la comida a una señora que vivía cerca y la vendía a mucho mejor precio que los restaurantes que atendían a los turistas.

Los precios en las zonas más turísticas eran desorbitados. Una noche de hotel en Santorini podía costar más que mi alquiler mensual. Si no hubiera sido por Pandora, nunca habría pisado Santorini ni las discotecas de Mykonos. Aunque había sido increíble experimentar un poco de ese mundo, estaba algo arrepentida. Las consecuencias demostraron que no era el lugar para mí.

Pandora, León y los demás estaban en una realidad muy diferente a la mía. Aquel puñetazo en la cara había sido una forma de despertarme de ello.

Distraída, dejé de mirar al horizonte cuando mi teléfono móvil vibró en mi bolsillo.

Mis labios se torcieron en una expresión de disgusto cuando me di cuenta de que era Pandora.

Pandora:

¡Hola, amiga!

No te lo vas a creer. Conseguí que nos invitaran a la fiesta que Apollo dará en su yate este fin de semana.

Eglaia:

No voy a ir.

Pandora:

¿Cómo no vas a ir?

¡Va a ser increíble! No te lo puedes perder.

Hombres hermosos, bebida gratis...

Eglaia:

Ayer fue el límite.

Pandora:

Dos hombres peleándose por ti. Yo me sentiría halagada .

Eglaia:

Acabamos en la comisaría.

Pandora:

Ocurre eso a veces.

Eglaia:

Si mi madre se entera, me matará.

Pandora:

No se lo cuentes.

Eglaia:

Es difícil con el golpe que recibí.

Pandora:

Eso fue un accidente.

Eglaia:

No es lo que parecía.

¡León está loco!

Pandora:

La fiesta será tu oportunidad para dejarlo.

Eglaia:

O causar más problemas.

Pandora:

No puedo creer que te vayas a perder esta fiesta.

Eglaia:

Es mejor así.

Pandora:

Luego te arrepentirás. Este tipo de oportunidad no se presenta todos los días.

Eglaia:

Lo sé.

Pandora:

¿No hay posibilidad de que cambies de opinión?

Eglaia:

No.

Pandora:

Entonces tendré que conseguir otra amiga que me acompañe.

Ni siquiera contesté, aunque sentía cierta incomodidad ante la amenaza de ser sustituida, casi podía oír la voz de mi madre diciendo que era lo correcto.

Yo no pertenecía al glamuroso mundo de los jóvenes ricos que no tenían que preocuparse de nada más que de disfrutar al máximo. Mientras yo necesitaba conseguir el mayor número posible de veraneantes para ayudar con los gastos de la casa, ellos nunca se preocupaban de pagar nada. Mi sueldo de poco más de mil euros se lo gastaban en una tarde.

Fue un error acercarme tanto y actuar como si pudiera mezclarme con ellos.

Fui a guardarme el móvil en el bolsillo cuando ví la tarjeta que me había dado el juez con sus datos de contacto. Él era un hombre mayor, con pelo canoso y una barba perfectamente cuidada.

Fueron solo unos minutos de conversación, pero nunca me había sentido tan segura y acogida. Sin duda, otro hombre tan mayor me habría visto como una niña, por eso estaba asombrada.

Me pregunté si debía volver a hablar con él, aunque mi conciencia se cuestionaba si era apropiado, me había dado su tarjeta, lo cual era un resquicio.

Todavía tenía unos minutos antes de mi próximo grupo y decidí enviar un mensaje.

Eglaia:

Hola, nos conocimos por la mañana. Me llevaste a tomar un café.

Gracias, ha sido muy amable.

Pensé que nunca me contestaría, pero para mi sorpresa, su móvil no tardó en vibrar con un mensaje.

Maximus:

Hola, ¿te encuentras mejor?

Eglaia:

Sí, muchas gracias por lo de hoy.

Maximus:

No fue nada.

Eglaia:

Para mí sí lo fue. Necesitaba hablar con alguien.

Maximus:

Siento que tu noche no saliera como esperabas.

Eglaia:

Debería haberme dado cuenta de que pasaría algo así.

Maximus:

¿Por qué?

Eglaia:

Estas fiestas no son lugar para mí.

Maximus:

Pero fuiste.

Eglaia:

Me he dado cuenta de mi error y estoy decidida a no volver a cometerlo.

Maximus:

Creo que es un gran paso.

Eglaia:

Sí. Rechacé una invitación a una fiesta este próximo fin de semana.

Maximus:

¿Así que estás libre?

Eglaia:

Después del trabajo, sí. Ja ja ja.

Maximus:

¿Qué tal otro café?

Me quedé mirando el mensaje unos instantes, incrédula ante la propuesta. Al mismo tiempo, era exactamente lo que quería.

Eglaia:

¿De verdad?

Maximus:

Solo si quieres.

Eglaia:

Me encantaría.

Maximus:

¿A qué hora estás libre?

Eglaia:

A las 18.

Maximus:

De acuerdo.

Estaba mucho más ansiosa por el fin de semana que si hubiera aceptado ir con Pandora a la fiesta.



Maximus

Capítulo 5

No era apropiado que un hombre como yo, viudo a mi edad, saliera con una chica que apenas había cumplido la mayoría de edad. Había algo dentro de mí que me incomodaba, pero no fue suficiente para impedirme invitarla a salir.

Es solo una conversación, intenté convencerme, como si no hubiera nada de qué preocuparse. Mi actitud no tenía nada de delictiva.

Tras la muerte de Elena, mis relaciones eran vagas y poco interesantes. Intentaba cuidar de mi hijo, pero lo cierto es que no lo hacía bien, ya que León me demostraba cada día lo mucho que estaba fallando.

Mi carrera era el único punto de mi vida del que podía sentirme orgulloso. Me había convertido en juez a una edad temprana y llevaba más de diez años haciéndolo. Ya había estado detrás de juicios importantes y cumplido mi compromiso con la justicia en Atenas.

Muchos esperaban que siguiera los pasos de mi padre, pero cuando entré en la Facultad de Derecho fue una sorpresa. Mi familia dirigía una compañía naviera, con cruceros y cargueros por el Mediterráneo y el Atlántico. Mi bisabuelo había empezado transportando mercancías por el Mediterráneo en su pequeño barco pesquero y ahora teníamos una flota de más de doscientos buques. Mis dos hermanos, Petros y Nikos, se ocupaban de ella ahora, tras la jubilación de nuestro padre. Amelia, nuestra hermana menor, se había trasladado a Milán y trabajaba como modelo.

Mi relación con mi familia era estupenda, como buenos griegos, siempre nos reuníamos, pero esto hacía aún más difícil entender qué podía haber hecho mal con León.

Ya debería haber elegido su propio camino, estar acabando la universidad, disfrutar de una vida llena de oportunidades. Sin embargo, seguía tomando las decisiones equivocadas...

Mis pensamientos se interrumpieron cuando ella apareció en el horizonte. Llevaba un ligero vestido amarillo pastel y el pelo recogido en dos pequeñas trenzas que se unían en la nuca.

Sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

—Hola —me levanté y la saludé con un beso en la mejilla.

A pesar del posible exceso de intimidad, no se echó atrás.

—¡Qué lugar tan hermoso! —Miró a la vista de la playa más allá de la colina donde estábamos de pie.

—A mí también me gusta mucho.

—Es difícil que no te guste.

Vi el resplandor de las lámparas reflejado en sus ojos, que parecían más oscuros con la noche.

—Siéntate —le indiqué la silla que tenía delante.

—Gracias.

—Me alegro de que te gustara el sitio. Necesitaba tomar una buena decisión después de que dejaras de ir a una fiesta con tus amigos.

—No era una elección difícil. —Se rió entre dientes—. No creo que vuelva a salir con ellos.

—Parece una actitud extrema.

—Tengo que aceptar que no pertenezco a ese mundo.

—¿A cuál mundo perteneces?

—Sigo intentando averiguarlo. —Dejó escapar un suspiro, acomodándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

Qué hermosa es...

Parecía difícil no quedarse mirándola.

—Es una tarea difícil.

—Pero imagino que tú ya lo averiguaste.

—A mi edad ya no hay tiempo para dudas.

—Hablas como un anciano.

—Casi. —Me reí y ella me devolvió la risa.

—Exagerado.

—¿Cuántos años crees que tengo? —Me incliné hacia él a través de la mesa.

—Treinta, tal vez treinta y cinco...

—No seas tan generosa solo para complacerme.

—No es para complacerte... ¿Cuarenta? —Se mordió el labio inferior, pensativa.

—Cincuenta.

Sus labios se movieron con asombro, pero no dijo nada.

—¿Y tú? —No dejé morir el tema.

—Cumpliré veintiuno el mes que viene.

¡Tiene la edad de mi hijo!

El sentido común resonó en mi mente y eso debería haberme bastado para detener aquel coqueteo e irme a casa, pero no fue eso lo que hice.

—¿Pedimos nuestros cafés?

—Sí. —Volvió a sonreír.

Pregunté más sobre ella y descubrí que trabajaba como guía turística en la Acrópolis. Me sorprendió que una joven de esa edad se preocupara por mantenerse. O quizá mi relación con León era más equivocada de lo que yo creía.


Eglaia

Capítulo 6

No lamentaba en lo más mínimo no haber ido a la fiesta con Pandora. La conversación con Maximus estaba fluyendo bien, en un ambiente tranquilo, sin música alta ni gente borracha. Podía acostumbrarme fácilmente a situaciones así.

Era un juez, un hombre de unos cincuenta años. En muchas situaciones habría pensado que era demasiado mayor para mí, pero me envolvió por completo su elocuencia y su ingenio.

Era un hombre seguro de sus palabras y acciones de una forma que nunca había visto antes. Me fascinaba por completo.

—Un hombre como usted debe estar casado. —Tenía que hacer esa pregunta, aunque la respuesta podría hacerme sentir muy avergonzada.

Aunque quedé completamente cautivada con él tras unas horas de conversación, no quería salir de un lío para meterme en otro. Ser una amante estaba muy lejos.

Dejó escapar una carcajada y mis mejillas se sonrojaron.

Jugueteó con sus manos, atrayendo mi atención. Ya me había dado cuenta de que no llevaba alianza, pero quería asegurarme, porque las joyas podían ocultarse.

—Soy viudo.

—Lo siento mucho. —Tragué saliva, desconcertada, aunque parecían buenas noticias.

—Hace ya unos cuantos años.

—Debe haber sido horrible.

—Con el tiempo, te acostumbras a la ausencia. —Esbozó una sonrisa amarilla—. Pero cambiemos de tema. ¿Cómo tienes la cara?

—Me retoqué la cara con más maquillaje del que suelo llevar. Ya está mucho mejor, gracias.

—Deberías denunciar a quien haya hecho esto.

—Fue solo un accidente.

—Espero que no vuelva a ocurrir.

—No ocurrirá. —Aparté la mirada, tomando la última gota de mi café.

—¿Quieres que pida otro? —preguntó cuando dejé la taza vacía sobre la mesa.

—No. Se está haciendo tarde. No podré dormir.

—Podría ser algo bueno. —Su comentario me hizo enrojecer de nuevo.

Estaba claro que estábamos coqueteando, pero aún no estaba segura de que aquello acabara en algo.

En el fondo de mi mente había una voz que me susurraba que tuviera cuidado, probablemente mi conciencia. Había salido de un lío y no necesitaba meterme en otro, aunque parecieran muy diferentes.

Cuando me di cuenta, llevábamos casi tres horas hablando.

—Tengo que irme. —Me levanté y él hizo lo mismo.

—¿Puedo llevarte a tu casa?

—No quiero ser una molestia.

—En absoluto. Será un placer.

—De acuerdo.

Fuimos juntos hasta donde estaba aparcado su coche. Era un descapotable deportivo, el coche más bonito que había visto nunca. En cuanto subimos, levantó el capó, lo que me hizo sentir un poco más cómoda. No quería que la gente nos mirara mientras conducíamos por las calles de Atenas hasta el barrio donde vivía.

No estaba avergonzada, había sido muy sincera con él sobre dónde vivía y a qué me dedicaba.



Maximus

Capítulo 7

Me dio la dirección y la introduje en el GPS, que nos llevó a uno de los barrios más pobres y alejados de la capital. Se suponía que allí los alquileres eran baratos, lo que favorecía a la gente de origen humilde.

Yo había crecido en una casa en una isla privada, con sirvientes y lujos, había venido al continente a estudiar y acabé instalándome en Atenas, pero mi casa era mucho más grande que esos pequeños edificios en la ladera sin vistas al mar.

—Gracias por traerme. —Se volvió hacia mí y me dedicó una amable sonrisa.

—En absoluto. Fue una noche muy agradable.

—Sí...

Debería haber estado pensando en que era demasiado joven para mí, pero acabé inclinándome para plantarle otro beso en la mejilla, pero no sé quién se dio la vuelta primero, pero me sentí como un adolescente en medio del beso robado. Llevaba tanto tiempo alejado del circuito de la conquista que quizá no sabía cómo comportarme.

Nuestros labios se tocaron en un delicado beso y subí la mano, tocando su suave mejilla antes de presionar con la lengua, pidiéndole paso. Eglaia abrió la boca, permitiéndome intensificar el beso, y yo me incliné más hacia ella.

Maximus, solo tiene veinte años...

A pesar de la alerta mental, parecía demasiado tarde para controlar mis impulsos.

Mientras mi lengua recorría su boca, mi mano libre subía por su muslo, arrastrando la falda de su vestido. Me sentí como un animal hambriento entre el sabor de su beso. Además de hermosa, era deliciosa.

Mi lengua jugaba con la suya cuando apreté su muslo y ella soltó un pequeño gemido que avivó aún más mi excitación. Mi verga se puso dura y la necesidad que me consumía era animal

y salvaje.

Estaba a punto de tocarle el culo, deslizando la mano dentro de su vestido y palpando sus diminutas bragas, cuando ella se levantó de un salto y abrió la puerta del coche.

—Creo que será mejor que entre antes de que los vecinos vean algo.

—Sí... —Estaba completamente avergonzado. Había tenido demasiada sed y acabé asustándola.

No porque hubiéramos pasado una velada agradable estaría dispuesta a acostarse conmigo.

Me saludó con la mano y abrió la puerta, desapareciendo de mi vista unos instantes después.

Rugí, furioso conmigo mismo. Pensé que había perdido mi capacidad de conquista cuando mi móvil vibró y una sonrisa se apoderó de mis labios.

Eglaia:

Gracias por la velada.

¡Fue increíble!

Maximus:

¿Quizá podamos volver a vernos?

Eglaia:

Me encantaría.

Maximus:

Buenas noches. Que duermas bien.

Eglaia:

Tú también.

Quizá no esté tan oxidado, pensé, sintiéndome mejor que nunca. Salir con una mujer tan joven podría no haber sido apropiado, pero me dio un subidón de adrenalina increíble.


Eglaia

Capítulo 8

Durante la semana siguiente, mientras Pandora intentaba arrastrarme a otras fiestas, yo no podía dejar de pensar en mi cita con Maximus. Nuestra conversación había sido genial y el beso aún mejor.

Mi madre me mataría si supiera que había salido con un hombre tan mayor, pero no podía dejar de pensar en lo más interesante que era que cualquier otro chico con el que me hubiera relacionado.

Responsable, seguro, decidido...

Tenían más cualidades de las que se podían encontrar en cualquiera de los chicos irresponsables que solo querían salir de fiesta y beber hasta caer rendidos.

Tras nuestro encuentro y las conversaciones que siguieron, quedé completamente fascinada por él. La forma en que se posicionaba y su elocuencia eran muy sorprendentes.

Estaba muy ansiosa por nuestro próximo encuentro, había contado las horas hasta ese momento y finalmente estaba cerca.

Maximus nos pidió que nos reuniéramos en el puerto deportivo. Aunque no entró en detalles, supuse que íbamos a dar un paseo en barco. Solía disfrutar de viajes así cuando estaba en compañía de Pandora y sus amigos, pero imaginé que con él sería diferente. Al menos esperaba que no fuera una fiesta y que pudiéramos disfrutar de un momento más tranquilo con conversación y, tal vez, un poco más...

Estos pensamientos me parecían un poco inapropiados, pero al mismo tiempo, no podía pensar que solo me estaba viendo como una niñita asustada después del beso que intercambiamos. Maximus me deseaba y eso, de alguna manera, me excitaba aún más.

Con un escalofrío en la barriga y mariposas en el estómago, caminé por el puerto deportivo, escudriñando la zona en busca del juez. Era domingo por la tarde y había pedido la hora libre para poder reunirnos. Era temporada baja y el flujo de turistas había disminuido

considerablemente, lo que me dejaba sin grupos a los que guiar.

Al acercarme al número del muelle que me había dado, lo vi de pie junto a un pequeño yate. El barco no era muy grande, cabrían unas diez personas como mucho, pero habría sido perfecto para nosotros dos solos.

—Hola... —Me detuve frente a él, acomodándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¡Hola! Me alegro de que hayas aceptado mi invitación.

—Admito que estaba deseando tener una segunda cita.

Su sonrisa se ensanchó y acabó contagiándome.

—Me dijiste que no querías ir a una fiesta con tus amigos, pero me preguntaba si te gustaría salir en yate conmigo.

—Depende... —Me mordí el labio inferior, coqueteando.

—¿Cómo?

—Del tamaño de la fiesta.

—En privado. Solo tú y yo.

—Eso suena perfecto...

Me sentía tan atraída por él que ni siquiera podía disimularlo. Quizá debería mantener la cordura y controlarme, pero ¿qué posibilidades había de volver a estar con un hombre tan interesante como aquel?

Maximus subió al yate y me tendió la mano para que me uniera a él.

Dentro, el yate parecía aún más bonito, con un pequeño salón y una cocina bien equipada. Había una escalera que llevaba a la terraza, donde había dos reposeras acolchadas con una tela que imitaba el cuero, aunque debía de ser impermeable.

El juez desató la cuerda que sujetaba el yate a un poste del muelle y procedió a arrancar el barco y a ponernos en marcha hacia mar abierto.

Era el final de la tarde y el cielo se estaba volviendo cada vez más naranja, con matices

que parecían un cuadro.

—Hacía mucho tiempo que no me subía a este barco —dijo con las manos en el timón, sacándonos del puerto deportivo y adentrándonos cada vez más en medio del océano.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—Tú. —Su mirada me hizo estremecer y mis mejillas volvieron a sonrojarse.

—Espero que sea algo bueno.

—Y lo es... Necesitaba salir y relajarme. Me diste la excusa perfecta.

—Eso está bien.

—¡Es genial!

Unos minutos después, me di cuenta de que el barco se había detenido, estacionado mar adentro, y Maximus se había alejado del timón para dirigirse a una pequeña nevera. Sacó una botella de vino espumoso y la puso en un cubo con hielo. Tomó dos vasos, antes de abrir la bebida y servirla para los dos.

—Gracias. —Tomé unos sorbos, sintiendo las burbujas explotar en mi lengua.

Me miró fijamente durante unos minutos y yo le devolví la mirada, sin sentirme tan avergonzada esta vez.

No sé cuánto tardó en romper el silencio.

—¿Subimos a ver la puesta de sol?

Asentí, acepté su mano firme y me dejé llevar escaleras arriba hasta donde estaban las reposeras.

Yo llevaba un ligero y sencillo vestido blanco que volaba con la fresca brisa marina.

El cielo se volvía cada vez más anaranjado mientras permanecíamos tumbados uno al lado del otro, todavía sorbiendo nuestras copas de champán.

Aunque no es nada fuera de lo común, nunca antes había estado en un paseo tan tranquilo y envolvente.

Estaba mirando al frente, admirando el cielo, cuando Maximus extendió la mano y la colocó sobre mi muslo. No me moví ni dije nada, a pesar de sentir el calor que comenzaba a subir desde la zona a todo mi cuerpo. Mi corazón se aceleró, haciendo que mi sangre fluyera más rápido.

La tensión del momento me mantuvo a la expectativa de lo que vendría después.

Maximus se inclinó hacia mí, tomando la copa de champán de mis manos y apoyándola en una esquina cerca de nosotros, antes de inclinarse más cerca. Miré fijamente sus ojos azul mar antes de que sus labios se encontraran con los míos.

El beso comenzó con calma, casi como una delicada caricia, pero cuando su lengua se zambulló en mi boca, la necesidad empezó a guiarnos y yo respondí con la misma avidez. Le rodeé el cuello con los brazos, pasé las manos por su nuca y enredé los dedos en su suave pelo.

Solo podía pensar en cómo encontrar el mejor encaje para nuestras bocas, moviendo la cabeza de un lado a otro, lentamente, como en una danza sensual. Su beso era envolvente y maravillosamente aromático, dejándome la boca seca, sedienta de más. Ya tenía los labios entumecidos, pero quería más.

Casi me quedé sin aliento cuando sentí sus manos firmes y pesadas bajar por mis muslos hasta tocar el pequeño bikini que llevaba bajo el vestido.

Para mi sorpresa, Maximus interrumpió el beso y me miró fijamente mientras sus dedos agarraban los cordones por debajo de mí, dispuesto a desatarlos.

—¿Me permites? —preguntó con una voz gruesa e increíblemente seductora y no se me ocurrió otra cosa que asentir con un leve movimiento.

Maximus me quitó la braguita del bikini y miró como un depredador mi intimidad expuesta.

Puede que yo fuera mucho más joven que él, pero no era tan ingenua como para imaginar que no pasaría nada si estábamos solos en medio del océano. Lo más importante era que yo quería. Para ser sincera, estaba ansiosa.

Contuve la respiración, esperando lo que vendría después, cuando Maximus finalmente

se inclinó, depositó un beso en el interior de mi muslo y, muy lentamente, haciéndome girar en redondo, bajó su boca hasta mi ingle.

Levantó la vista y me miró con picardía antes de plantarme un beso en la vulva.

—Tan hermosa como el resto de ti.

Permanecí en suspenso, ansiosa.

—Averigüemos a qué sabe... —Sacó la lengua, pasándola por los labios de mi sexo y bajando hasta mi clítoris.

¡Oh!

Mi cuerpo se arqueó cuando la boca de aquel hombre viril y varonil tomó los labios de mi sexo y comenzó a chuparme. Maximus era un hombre de postura seria y centrada, y no podía imaginar que tendría el ingenio y la falta de pudor para conducirme a través de un delicioso sexo oral. Pero allí estaba, con su cabeza entre mis muslos, su boca en mis labios y su lengua en mi clítoris.

Estaba experimentando una parte del paraíso mientras él alternaba movimientos lentos con otros más ágiles. Solo podía pensar en abrirme de piernas y dejarle continuar.

Bajé mi mano hasta su pelo, tirando de él mientras Maximus hundía sus dedos en mis nalgas, controlando el vaivén de mis caderas.

Mi respiración se hizo cada vez más rápida y no me molesté en contener mis gemidos mientras el placer se volvía abrumador.

¡No pares!

Cada parte de mí gritaba desesperada para que continuara. No podía pensar en otra cosa que no fueran las ganas de llegar al orgasmo. Cuando acabé, me estremecí entera, sintiendo su lengua penetrarme en pequeñas caricias. Mi cuerpo se regocijó y se desmoronó, entonces finalmente solté el pelo de Maximus y él se dio cuenta de que me había hecho acabar.

Se inclinó de nuevo sobre mí y volvió a besarme. Mi sabor estaba en su boca, lo que me excitó de nuevo mientras sus manos subían por mi vestido y me lo quitaban. La desesperación por estar desnuda nunca había sido tan intensa y respiré aliviada cuando me desabrochó la parte

de arriba del bikini.

Quería más de sus besos y caricias y Maximus no se contuvo, chupando uno de mis pezones en cuanto quedó expuesto y presionando el otro con la palma de la mano.



Maximus

Capítulo 9

¡Guau! ¡Qué bombón!

Su pezón en mi lengua me hacía salivar cada vez más, como si estuviera degustando la comida más deliciosa del mundo. Lo mejor era verla responder con excitación a cada una de mis embestidas.

Su cuerpo pequeño y delicado se frotaba contra el mío, avivando aún más mi excitación y volviéndome loco por estar dentro de ella.

Según la ley, éramos solteros y mayores de edad, no había nada malo en ello y eso me bastaba para no molestarme en pensar en cómo reaccionaría la sociedad si supiera que estaba manteniendo relaciones sexuales con una chica casi treinta años más joven.

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan vivo, emocionado y feliz.

Su cuerpo era un festín y yo quería disfrutar de cada bocado con la lentitud de quien aprecia un buen vino.

Aún tenía su pecho en la boca, mientras mis manos recorrían las curvas de su rollizo cuerpo por los lugares adecuados y se detenían en su culo.

Eglaia se retorcía debajo de mí y sus gemidos de placer hacían que mi excitación se inflara cada vez más. Mi verga parecía a punto de traspasar la tela de los calzoncillos cuando por fin me los quité, junto con el resto de la ropa.

Estábamos desnudos y Eglaia sabía que yo quería sexo y en ningún momento mostró deseos de otra cosa. Al contrario, sus suaves piernas rozándose contra el costado de mi cuerpo eran una deliciosa invitación.

Mirarla me ponía aún más caliente. Perfectamente afeitada, con los labios salivando, me parecía cada vez más húmeda y tentadora.

Puede que mi intención fuera ir despacio, pero no pude resistirme a una vagina tan

apetecible como aquella.

La agarré por la cintura, haciendo que se pusiera a cuatro patas en la reposera, apoyando las manos en el respaldo. Mis dedos se deslizaron por el costado de su cuerpo y la agarré por las caderas, colocándola en el mejor ángulo.

Me incliné hacia ella, acerqué mi boca a su oreja y le ordené:

—Saca el culo para mí.

Dejó escapar un gemido y me obedeció sin demora, arqueando la espalda y poniendo el culo aún más propenso y listo para mí.

Incapaz de contenerme por más tiempo, agarré mi verga y la deslicé dentro de ella. Deslizándome profundamente en ese canal húmedo y delicioso.

Gemimos juntos y volví a agarrar con fuerza su cintura, atrayéndola contra mi pelvis y haciendo vibrar sus redondas nalgas al chocar con mi cuerpo.

La vista del mar y la puesta de sol podían ser hermosas, pero nada era mejor que aquella hermosa joven revolcándose sobre mi verga mientras yo la mantenía a cuatro patas. Aumenté el ritmo, deleitándome con los estallidos provocados por el choque de nuestros cuerpos. Gimiendo, arañó el respaldo de la reposera mientras yo la penetraba cada vez más deprisa.


Eglaia

Capítulo 10

¡Increíble!

No podría encontrar una palabra mejor para describir al hombre que había en mí mientras Maximus y yo practicábamos sexo en aquel yate. Sería difícil que otra experiencia en mi vida superara aquella.

¡Maravilloso!

Yo solo quería más de él, suplicando mientras empujaba mi culo contra su cuerpo, inclinándome hacia delante y Maximus me daba cada centímetro de su miembro. Me lo metió tan adentro que podía sentir sus huevos golpeando mi clítoris con cada fuerte embestida.

Cuando me agarró del pelo y me acarició el cuello, gemí aún más fuerte, apretándolo dentro de mí. Sudaba, jadeaba y me estremecía a la vez. Mis uñas se hundieron en la reposera y sentí otro orgasmo mientras su lengua se deslizaba en mi oído.

Me avergonzaba estar a cuatro patas, pero Maximus rompió el tabú con esa posición, demostrando que podía ser una de las mejores.

Me estaba recuperando, revolcándome una y otra vez en él, cuando sentí que Maximus también había alcanzado su punto álgido, bañándome en su líquido caliente.

Agotados, nos desplomamos en la reposera y él me rodeó con sus brazos, envolviéndome en su amplio pecho, salpicado de pelo oscuro.

Pasaron unos minutos hasta que alguien se atrevió a romper el silencio.

—¿Cómo te encuentras? —Sus dedos jugaban con los mechones de mi pelo sudoroso cuando me hizo esa pregunta.

—Bien... —suspiré, aún respirando con dificultad.

Me tocó la cara y me hizo mirar fijamente.

—Quiero saber cómo te sientes al tener sexo conmigo. —Fue más concreto y me miró

con seriedad.

—Estuvo genial.

—Soy viejo...

Lo interrumpí colocando mis dedos extendidos sobre sus labios, que estaban morados por los besos.

—Eres uno de los hombres más guapos que he conocido.

—Me alegro de que pienses así. —Sonrió.

Me humedecí los labios y me subí encima de él, buscando los suyos para un beso que Maximus correspondió. Sus manos recorriendo las curvas de mi cuerpo, desde mis nalgas hasta mis pechos, hicieron aún más delicioso el momento.

—Estaba pensando que podríamos ir a nadar —me dijo.

—¿Estabas? —Fruncí el ceño mientras le miraba—. ¿Has cambiado de opinión?

—Tenemos algo mucho mejor que hacer. —Me tiró de la cintura y me hizo tumbarme a su lado.

Al principio nos acurrucamos en posición de cucharita, pero pronto él se acomodó en mí y levantó una de mis piernas para poder penetrarme mejor. Desde ese ángulo, podía ver cómo entraba y salía de mí, cómo mis labios se abrían para recibirlo y todo el placer que irradiaba mientras su otra mano jugaba con mi pecho, me apretaba el pezón y su boca recorría mi cuello y mi oreja.

Estaba aumentando mis expectativas de una cita perfecta, porque aquella era la mejor que había tenido nunca.

Como los dos ya habíamos acabado, esta vez el sexo fue más lento, pero no por ello menos delicioso e intenso. Podía sentir cada una de sus embestidas mientras se deslizaba dentro y fuera de mí.

Cerré los ojos varias veces para dejarme llevar por las sensaciones que irradiaban cada una de mis células.

No tenía ni idea de que un hombre al que había conocido delante de una comisaría tras una noche terrible se convertiría en mi mejor sueño.

No podía pensar en otra cosa que en el deseo de que ese momento durara para siempre.

Ladeé la cabeza al sentir cómo deslizaba su mano por mi vientre y me tocaba el clítoris, estimulándolo mientras seguía penetrándome.

Pronto volví a tener otro orgasmo, a frotarme contra él y a desplomarme en sus brazos.

Permanecimos desnudos bajo la luz de la luna y las estrellas durante unas horas, abrazados, besándonos y acariciándonos.

No quería que se acabara el momento, pero por desgracia teníamos que volver a nuestras realidades.



Maximus

Capítulo 11

Era tarde cuando regresé a casa tras dejar Eglaia.

Esperaba que aquella cita fuera buena, pero había superado todas mis expectativas. Me hizo sentir joven de nuevo, feliz e ilusionado, dispuesto a disfrutar de mi vida como ni siquiera recordaba haberlo hecho antes.

Tras la muerte de Elena, me había centrado en mi carrera porque era lo único que tenía sentido para mí y pensaba que mi tiempo para la pasión y la aventura había terminado. Era un hombre experimentado y mi tiempo para eso había pasado.

Ninguna otra mujer parecía capaz de despertar mi atención hasta que vi a Eglaia. No puedo negar que la atracción fue instantánea, y por eso la había invitado a tomar un café.

A pesar de la gran diferencia de edad, el sexo me demostró que éramos aún más compatibles de lo que hubiera podido predecir. La dejé con la boca hecha agua y una necesidad desesperada de más.

—¿Dónde estabas, viejo?

Me sobresalté y mi sonrisa desapareció cuando vi a mi hijo sentado en el sofá del salón. Mi excitación se esfumó ante mi mayor fuente de problemas.

—León...

Yo no era el único que parecía haber perdido el rumbo tras la muerte de Elena.

—¿No es demasiado tarde para que vuelvas a casa?

—¿Desde cuándo tengo que dar explicaciones a mi hijo? —Me crucé de brazos y le miré con seriedad.

—Deberías darme el ejemplo ya que me tratas como a un delincuente.

—No te trato como a un delincuente, pero te comportas como tal.

—Fue absurdo dejar a tu único hijo en la cárcel —refunfuñó.

—Espero que no vuelvas allí.

—Deberías proteger a tu hijo.

—No puedo protegerte si sigues actuando así. Ya no eres un niño, León. Te has convertido en un hombre y tienes que actuar como tal —levanté la voz poco a poco.

—Si mi madre aún estuviera aquí...

—Pero ella no está —le interrumpí—. Ahora estamos los dos solos.

—Ya ni siquiera te quedas en esta casa.

—Quizá me verías más a menudo si no pasaras tanto tiempo con la gente equivocada. Ya es hora de que vayas a la universidad y aproveches las oportunidades que puedo ofrecerte.

—No todo es cuestión de dinero.

—¡Deberías pensar en eso mientras te gastas mi fortuna! —rugí.

—¡Nunca estás de mi lado! —Se marchó dando pisotones y subió corriendo las escaleras hasta su habitación como si aún fuera un adolescente.

No sabía qué hacer ni cómo actuar para arreglar el rumbo que estaba tomando la vida de León. Este sentimiento de fracaso era lo que más me deprimía y disgustaba.

Oí que León cerró su puerta y me tiré en el sofá.

¡Mierda!

De repente, toda la felicidad que había sentido al conocer a Eglaia se desvaneció en el breve momento que me topé con mi hijo.


Eglaia

Capítulo 12

Me sobresalté cuando Pandora apareció delante de mí en cuanto regresé con un grupo de turistas y se dispersaron.

—¡Por fin te he encontrado!

—Ah, hola... — Sonreí.

—¿Por qué no contestas a mis mensajes? —Se echó el pelo rubio hacia atrás antes de ponerse las manos en la cintura.

—He estado ocupada.

—No parece haber mucho movimiento por aquí. —Miró a un lado y a otro, fijándose en la corriente de turistas que se dirigían a la acrópolis.

En vacaciones era prácticamente imposible moverse sin chocar con otras personas, pero en esa época del año el lugar estaba vacío y no había colas.

—¿Has hecho otros amigos?

—No es eso —dije.

—¿Qué está pasando?

—Yo... solo estoy ocupada.

No se me ocurría otra forma de decírselo. Mi relación con Maximus estaba aún a pocas citas de distancia y no quería que ningún mal comentario se interpusiera en el camino.

Para ser sincera, tenía miedo de cómo reaccionarían los demás si supieran que me estaba relacionando con un hombre mucho mayor que yo, a pesar de que ambos éramos solteros.

—¿Con qué?

—Cosas de casa —Me envolví aún más en la mentira.

—Tienes que decirle a tu madre que tienes todo el derecho a disfrutar de tu vida. Cuando seas mayor, echarás de menos esos momentos.

—Sabes que mi situación no es tan sencilla. El sueldo de mi madre no es alto y tenemos que llegar a fin de mes.

Pandora torció los labios, pero no encontró argumento, así que decidió cambiar de tema.

—¿Qué te parece si esta noche salimos de fiesta por Mykonos?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no?

Respiré hondo, pensando que no había otro remedio que decir la verdad, al menos parte de ella.

—Ya no quiero ir a ese tipo de lugares.

—¿Cómo que no vas a salir más? —Su mirada de indignación se intensificó.

—La última vez acabamos en una comisaría, Pandora.

—¿Qué culpa tengo yo si León es un idiota celoso?

—Fue terrible.

—Déjalo atrás.

—No es posible.

—No puedo creer que vayas a dejar que se interponga en tu vida de esa manera...

—Solo estoy revisando mis prioridades.

—Me estás diciendo que ya no quieres mi amistad.

—Solo digo que ya no voy a salir de fiesta.

—Quizá haya llegado el momento de revisar mis prioridades. —Resopló, me dio la espalda y se marchó.

Aunque me sentía mal por la posible ruptura de nuestra amistad, sabía que ya no quería

ese tipo de vida. Además, prefería pasar tiempo con Maximus que salir de fiesta.

Una advertencia de mi conciencia me decía que no me enamorara de él, pero podría ser demasiado tarde.



Maximus

Capítulo 13

Golpeé la superficie de madera con el mazo, atrayendo la atención de todos los presentes.

—Ahora que el último testigo ha sido escuchado, haremos una pausa para que el jurado pueda deliberar y llegar a un veredicto.

Estábamos en el décimo día de un largo juicio sobre un robo seguido de asesinato. Los acusados habían entrado en la casa de la víctima en busca de pertenencias de valor y fueron sorprendidos por la llegada de la mujer, de sesenta años. Discutieron, la ataron y en un momento dado la situación se les fue de las manos y uno de ellos disparó a la mujer, matándola de un balazo en el pecho.

No se suponía que fuera un caso difícil, pero los medios de comunicación suscitaron una gran conmoción social, que convirtió el juicio en un espectáculo. Cuando se producían situaciones así, mi trabajo y el del jurado se hacían aún más difíciles, ya que la presión pública era mucho mayor.

No pensé que llegaríamos a un resultado que no fuera culpable, pero todo podía decidirse en el último momento y la sentencia de esos hombres estaba en manos de un panel de doce personas que no tenían formación jurídica.

Cuando salí de la sala, me dirigí a mi despacho y me sentí aliviado de poder quitarme la bata y respirar un poco.

El jurado estaría confinado hasta que llegara a un veredicto, que podría durar unas horas o incluso días. Mientras tanto, tendría que esperar.

Me senté en mi sillón de cuero y abrí uno de los cajones del escritorio para tomar mi teléfono móvil.

Fue inevitable sonreír cuando vi un mensaje de Eglaia.

Eglaia:

¡Buenos días!

Hacía unas horas que lo había recibido, pero como estaba en el juzgado, no podía contestar.

Maximus:

¡Buenos días!

Estaba ocupado.

Eglaia:

Me lo imaginé. ¿Está todo bien?

Maximus:

Nada fuera de lo común.

Eglaia:

Eso es bueno.

Maximus:

¿Algún plan para el fin de semana?

Eglaia:

Estaba esperando una invitación.

Maximus:

¿Puedes reunirte conmigo en el puerto deportivo?

Eglaia:

Sí.

Maximus:

Estupendo.

Me quedé mirando el móvil con el breve intercambio de mensajes, ansioso por volver a vernos.

Tal vez no tenía edad para ese tipo de relación, pero me emocionaba cada momento.


Eglaia

Capítulo 14

Acompañé a un grupo de turistas por la mañana y mastiqué un bocadillo antes de prepararme para ir al puerto deportivo a encontrarme con Maximus. La última vez había sido increíble y estaba deseando volver a hacerlo.

Aunque no se lo había contado a nadie, ni siquiera a mi madre. A ella no le parecía extraño que saliera, estaba acostumbrada a que quedara con Pandora y otros amigos. Probablemente pensó que seguía haciéndolo.

No sabía cuándo podría decírselo, pero pensé que era mejor esperar hasta que las cosas se pusieran más serias entre el juez y yo.

Fue más fácil encontrarlo esa vez, pues ya sabía adónde ir y Maximus estaba cerca del mismo yate.

—Hola —me puse de puntillas y él se inclinó para darme un beso.

El beso no se intensificó, pero pensé que sería porque alguien podría vernos. No me quejé, sabía que pronto estaríamos solos y podría disfrutar más de su compañía.

Nada más entrar, Maximus fue al timón y puso en marcha el barco, haciendo que se alejara del puerto deportivo.

—Siéntete como en casa —dijo.

—Gracias.

Me senté mientras observaba cómo el barco se alejaba cada vez más del puerto deportivo. Finalmente, me levanté y me acerqué a Maximus por detrás, abrazando su torso y oliendo su perfume amaderado.



Maximus

Capítulo 15

Sentí su cabeza en mi espalda y sus manos en mi pecho mientras yo me concentraba en dirigir el barco. Al principio parecía un simple abrazo, casi fraternal, pero un escalofrío me recorrió cuando su mano empezó a bajar hasta la cremallera de mi bermuda.

La miré con una sonrisa mientras Eglaia abría mi prenda y deslizaba su mano dentro de mis bragas. Sus delicados dedos me la pusieron dura de inmediato.

—¿Quieres que pare? —susurró en voz baja, sexy e increíblemente seductora.

—No —respondí con voz ronca—. Continúa.

Solté el timón para quitarme la camisa y sentí sus labios en mi espalda mientras su mano subía y bajaba por mi longitud con una presión moderada.

Me encantó que se atreviera a iniciar nuestro contacto sexual aquella vez. Me demostró que no era el único desesperado por más. En la última semana apenas había podido pensar en otra cosa. Solo quería volver a tenerla.

Aquella atracción era lo más intenso y loco que había sentido nunca. Quizá fuera el sabor de la inmoralidad y la prohibición.

Empujé mis calzoncillos y pantalones al suelo cuando estuvimos lo bastante lejos del puerto deportivo. Con una mano aún en el timón, cubrí sus dedos con los míos e hice que aumentara la presión y la velocidad con que me tocaba.

Unos minutos después, detuve el barco y me volví hacia ella. La agarré del cuello y la acerqué a mí, tomando sus labios en un intenso beso. Esta vez no me contuve, mostrándole toda mi hambre, expresada aún más en la forma en que palpitaba mi verga erecta.

Mi lengua dominó la suya mientras mis manos se deslizaban hasta su trasero, subiendo la falda de su vestido y deslizándose dentro de sus diminutas bragas. Mi boca se deslizó de la suya y se dirigió a su oído para ordenar:

—¡Arrodíllate!

Eglaia asintió brevemente y me obedeció, sabiendo ya lo que quería.

Froté mi glande en su boca suave y delicada, antes de que sus dedos envolvieran de nuevo mi miembro y ella abriera los labios para acogerme en su boca húmeda y caliente.

Me eché hacia atrás, apoyándome en el timón mientras ella empezaba su mamada. Verla arrodillada y chupándomela así, con gusto y satisfacción, era la mejor definición del placer.

No le daba vergüenza tenerme bajo su lengua para hacerme la mejor mamada que jamás había recibido. Elena se negaba a eso, y yo nunca había estado tan implicado con otra mujer como con Eglaia.

Volvía a ser un joven, disfrutando plenamente del sexo.

Me agarré a su suave pelo negro, moviendo las caderas hacia delante, y ella aumentó la presión con la que sus labios me envolvían.

—Eso es... —gemí.

Esa chica sería mi perdición de la mejor manera posible.

Volver a salir podría ser lo mejor que me he hecho en años.

Me incliné hacia delante y tiré hacia abajo del escote de su vestido, haciendo que sus pechos asomaran, realzando aún más la visión que tenía desde aquel ángulo. Tenía unos pechos perfectos, redondos y de tamaño medio que nunca me cansaría de chupar, apretar y morder.

Se detuvo un momento para respirar, dejando mi verga palpitante, llena de su saliva, pero antes de que pudiera quejarme, la punta de su lengua tocó mi glande, robándome una perla de mi líquido que se había formado en la fisura.

Me volví loco cuando empezó a chupármela de nuevo. El placer me recorría sin control y no podía contenerme. Cuando mi orgasmo rugía en mi interior, me agarré a su cabeza y la eyaculé.

Eglaia me miró fijamente hasta que terminé. Entonces le tendí la mano y la ayudé a levantarse.

—¿Puedo servirme un poco de agua?

—¡Claro que sí!

Después de acabarle en su boca, no pude negarlo.

Mientras Eglaia abría la nevera en busca de agua, yo dirigía el yate de nuevo hacia nuestro destino. Esta vez, mi intención era llegar a una de las muchas islas deshabitadas de Grecia. Pensé que sería un lugar perfecto para continuar lo que ya habíamos empezado.


Eglaia

Capítulo 16

Solo me di cuenta de que habíamos llegado a algún sitio cuando miré fuera y vi árboles y arena, pero no parecía haber ningún edificio alrededor.

—¿Dónde estamos? —le pregunté a Maximus.

—En una isla desierta.

Su respuesta me puso los pelos de punta de la emoción.

Aunque sabía que existían, nunca vi una.

Él siguió adelante, desnudo como una de las estatuas de los dioses. Su cuerpo era asombroso, perfectamente esculpido, mejor que el de muchos hombres más jóvenes. Me quedé mirándole el culo hasta que se detuvo.

—¿No vienes?

Asentí con la cabeza y me adelanté a él, saltando al agua poco profunda y corriendo hacia la playa. No me importó mojarme el vestido mientras vadeaba el agua.

En cuanto pisé la arena, sentí que los fuertes brazos de Maximus me rodeaban y me hicieron girar en el aire y empezar a reír.

—¡Te tengo!

Aparté sus brazos para quitarme la ropa y la arrojé sobre la arena, quedándome desnuda como él antes de volver a correr. Mis pasos fueron borrados por los suyos mientras Maximus venía detrás de mí. Me reí y él me devolvió la sonrisa, nunca había imaginado que esta travesura pudiera ser tan divertida.

Aunque corría con todo mi aliento, sus piernas eran más largas y su zancada más amplia. Fue imposible evitar que me alcanzara y volviera a rodearme la cintura con sus brazos. Esta vez, me hizo girar y me tumbó sobre la arena mojada, donde entraba la ola, mojándome el cuerpo y el pelo.

—¡Qué traviesa! —Me miró fijamente.

—Tú empezaste.

—¿Ah sí?

Afirmé con la cabeza.

—¡Ahora estás atrapada! —Me tomó los brazos y los levantó, sujetándolos contra la arena, mientras el peso de su cuerpo comprimía el mío.

—Creo que ya lo estaba desde antes. —Quizá mis palabras no tenían sentido, pero él se rió.

—Hermosa... —Frotó sus labios contra los míos y yo estiré el cuello, intentando besarle con más intensidad.

Sentí otro escalofrío cuando otra ola se abatió sobre nosotros, pero supuse que se debía al calor del beso mientras su lengua se hundía en mi boca. Maximus me rodeó con sus brazos y lo único en lo que podía pensar era en responderle.

Deslizando mis manos arenosas por su ancha espalda, lo quería más cerca, pegado a mí, dentro de mí. Abrí las piernas para que él cupiera entre ellas, arrodillado sobre la arena. Me mordisqueó los labios mientras frotaba su pene contra mí, pero sin penetrarme. Solté un rugido de protesta.

—¿Lo quieres?

Levanté las caderas, como si eso bastara para que me lo diera. Las pulsaciones en mi sexo eran frenéticas, intensas y desesperadas.

—Dilo —ordenó entre dientes apretados.

—Lo quiero... —murmuré suplicante.

—¿Qué quieres?

—Tú...

La sonrisa de Maximus se ensanchó mientras sacaba una mano de la arena para sostener

su miembro y empujarlo dentro de mí.

Detrás de sus hombros podía ver el sol de última hora de la tarde entre el cielo azul salpicado de algunas nubes blancas.

Nunca pensé que estaría con un hombre así, practicando sexo en la playa, tumbados en la arena mientras el agua del mar nos bañaba mientras él intensificaba sus movimientos. Puse los ojos en blanco, apretándole los hombros y tirándole del pelo, cruzando mis piernas alrededor de su cintura, solo podía pedir más.

Estábamos mojados y sucios de arena, pero a ninguno de los dos parecía importarle. El contacto, los besos y la unión de nuestros cuerpos eran lo mejor del mundo.

Cada momento con Maximus estaba resultando más inolvidable que el anterior.

Se puso de rodillas, sujetándome los muslos, manteniendo mis piernas abiertas y apuntando al cielo mientras empujaba. Su mirada se clavó en la mía mientras mis expresiones de placer me delataban.

Maximus puso una de mis piernas sobre su hombro para usar su mano para masturbarme. Mi grito de placer sobresaltó a los pájaros de un árbol cercano y me estremecí, llegando al clímax lo más rápido posible.

Maximus salió de dentro mío y, antes de que pudiera volver a pensar, me dio la vuelta boca abajo. La ola bañó mi cuerpo antes de que él se inclinara y comenzara a besarme. Primero sus labios tocaron mis hombros, bajando por la línea de mi espalda hasta que sentí que su boca alcanzaba mi cintura y mis nalgas.

—Maximus... —me estremecí, un poco asustada cuando me di cuenta de que estaba bajando.

—Tranquilízate.

Hundí las manos en la arena húmeda, nada tranquila, cuando su lengua recorrió la unión de mis nalgas.

—Yo nunca... —No pude terminar la frase.

—¿Has practicado sexo anal? —mantuvo la voz firme, como si el tema no fuera tabú para

él.

—No, nunca.

—Sería un placer ser el primero. —Su lengua estaba allí, su saliva lubricándome en medio de un beso griego.

Estaba tan metida en él y tan segura que no me eché atrás, aunque me costó un poco relajarme.

Sus manos estaban en mi culo, masajeando y apretando mis nalgas, mientras su boca seguía preparándome. Después de la siguiente oleada, Maximus volvió a arrodillarse sobre mí y sentí que algo mucho más grueso y rígido se apretaba contra mi estrecha abertura.

No creía que fuera a conseguirlo, pero poco a poco fue ganando espacio en mí. Cuando estuvo dentro del todo, tiró de mí hacia arriba para que me apoyara en la arena y el ángulo de entrada fuera más fácil. Una de sus manos empapadas de arena me sujetaba la cintura y con la otra se bañaba en la ola para estimularme el clítoris. Con la masturbación me hizo sentir placer antes de empezar a moverse. Empezó despacio, pero se intensificó, mostrándome una forma diferente de tener sexo y de satisfacerle.

Si aquello fue un sueño, fue el más loco, inolvidable e intenso de mi vida.

Además de tener sexo en una playa desierta, mi juez me estaba practicando mi primer sexo anal.



Maximus

Capítulo 17

Me iba a volver loco de excitación al hundirme en aquel culo apretado y redondo, sabiendo que era el primero en llegar. A pesar de su miedo, Eglaia confió en mí y me permitió llevar a cabo el acto.

Sus gemidos mientras presionaba mi dedo en su clítoris indicaban que ella también sentía placer, lo que la relajaba más y mejoraba la experiencia anal.

Me sentía como un salvaje hambriento, deseoso de devorar cada pedacito de aquel cuerpo joven, seductor y suave.

Su culo estaba tan apretado que no pude controlarme durante mucho tiempo y, por mucho que lo intenté, acabé. Pero me quedé en ella hasta que le di otro orgasmo.

Cuando nos agotamos, rodamos por la arena y ella se acomodó en mi pecho.

—Siempre me he preguntado cómo sería escaparse a uno de los islotes y disfrutar de la paz sin nadie que moleste.

—¿Así que quieres que me vaya? —Juguetonamente, eché el cuerpo hacia delante, amenazando con levantarme.

—¡No! —Me empujó de nuevo a la arena—. Es mucho mejor estar en buena compañía.

—Pensé que me estabas despidiendo.

—¡Tonto!

Hice una mueca y ella se rió.

Permanecimos allí largo rato, tumbados en la arena mientras el sol se ocultaba lentamente en el horizonte. Los delicados dedos de Eglaia acariciaban mi pecho, provocándome un ligero y agradable cosquilleo.

Yo no tenía prisa por irme y ella parecía compartir la misma sensación, así que nos quedamos hasta bien entrada la noche.


Eglaia

Capítulo 18

Perdí la noción del tiempo mientras permanecía con Maximus en la pequeña isla desierta. Cuando me trajo de vuelta al puerto deportivo, había amanecido y el número de personas en las calles había disminuido drásticamente.

Lo que no esperaba era llegar a casa con mi madre. Normalmente ella llegaba temprano por la mañana o tarde por la noche, nunca en mitad de la noche, pero probablemente algo la había retenido en el hospital durante horas.

—¡Eglaia!

—Mamá... —le dediqué una sonrisa forzada.

Tenía el pelo mojado y arena en lugares que preferiría ni describir.

—¿Dónde estabas?

—¿Yo?

—Sí, tú. —Entrecerró los ojos ante mi ridícula pregunta. Intentar esquivar así la situación no había sido una buena elección.

—Estaba en una fiesta.

—¿Otra vez fiestas? Pensé que habías decidido no ir.

—Esta fue más relajada.

Ni siquiera yo me creía esa mentira y me estaba hundiendo en arenas movedizas muy peligrosas.

Mi madre me miró, poco convencida, pero no insistió.

Incluso pensé que sería más fácil si decía que estaba con un novio, pero en algún momento mi madre querría conocerlo. Al principio, ni siquiera sabía si Maximus podía considerarse un novio. Me gustaba lo que estaba pasando, pero si le presionaba, podría cambiar

de opinión sobre salir conmigo. Además, aunque nuestra relación se convirtiera en un noviazgo, nuestra diferencia de edad podría causarnos problemas.

De momento era mejor dejarlo todo como estaba.

—¿Has preparado algo de comer? —Mi madre cambió de tema.

—No, pero...

—Ve a bañarte y yo prepararé algo —me cortó enérgicamente.

—¿Segura?

—Sí. He comprado un paquete de pan de pita y voy a cortar unas tiras de cerdo.

—¡Gracias, mamá! —Me incliné para darle un beso en la mejilla.

—De nada. —Su expresión aún estaba llena de miedo, pero era amable.

Aunque ya no era una niña, no podía compartir la carga de cuidarme con nadie más. Echaba de menos a mi padre, aunque rara vez hablábamos de ello.

Me duché y me lavé el pelo, quitándome toda la arena y algunos restos del sexo que había tenido hasta cansarme.

Después de ducharme, me senté a comer el bocadillo de pan de pita y carne de cerdo que me había dejado mi madre con un vaso de agua. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que me metí el primer trozo en la boca.

—¿Dónde está el pendiente de perla que te regalé?

—Oh, ¿mi pendiente? —Me llevé la mano a las orejas, dándome cuenta de que solo había uno.

—¿Lo has perdido?

—Debe haberse caído, pero lo encontraré.

Parecía profundamente disgustada. Sabía que aquellos pendientes tenían una historia familiar y, además de ser preciosos, eran de los pocos que tenía que no me daban ningún tipo de alergia.

Tras nuestra breve cena, me tumbé en la cama y tomé el móvil. Entré en la aplicación de mensajería y vi que Maximus estaba conectado a pesar de la hora.

Eglaia:

¿Todavía despierto?

Maximus:

Problemas para dormir.

Eglaia:

Espero que no sea por mí.

Maximus:

Sí, pero eso no significa que sea malo.

Eglaia:

¿Estás bien?...

Maximus:

Genial, de hecho.

Eglaia:

Ja ja ja.

Maximus:

Me pregunto cuándo volveré a verte.

Eglaia:

Sobre eso...

Maximus:

No me dirás que no has disfrutado del paseo de hoy.

Eglaia:

Me ha encantado.

Solo necesito tu ayuda para encontrar algo.

Se me ha caído el pendiente de perla y espero que haya sido en tu barco y no en la playa, porque si no mi madre me mata.

Maximus:

Puedo ir al puerto mañana temprano, antes de ir al juzgado, y comprobarlo por ti.

Eglaia:

Te lo agradecería mucho.

Maximus:

Si lo encuentro, ¿vendrás a buscarlo?

Eglaia:

¿Qué significa eso?

Maximus:

Una excusa para otra cita.

Eglaia:

Sabes que tengo que trabajar durante la semana.

Maximus:

No eres la única, pero podemos aprovechar el poco tiempo.

Eglaia:

Encuentra mi pendiente.

Maximus:

Voy a buscarlo como si mi vida dependiera de ello.

Eglaia:

Nos vemos cuando lo encuentres.

Maximus:

Ja ja ja.

¡Buenas noches!

Eglaia:

Para ti también.

Suspiré, mirando su foto en la aplicación.

Era un riesgo enamorarse en medio de una relación tan inestable, pero ya era demasiado tarde para intentar reprimir el sentimiento.



Maximus

Capítulo 19

No dormí, me pasé la noche dando vueltas en la cama, pensando en el rumbo que estaba tomando mi vida.

Parecía una locura y una temeridad por mi parte, pero hacía mucho tiempo que no me sentía así, vivo.

Empujando mi existencia día tras día, me di cuenta de que la situación se estaba descontrolando, perdiendo la relación con mi hijo y alienando a mi familia.

Apenas había salido el sol cuando salí de casa y me dirigí al puerto deportivo. Busqué por todos los rincones de mi yate el pendiente de Eglaia y ya me estaba planteando comprar otro y regalárselo como excusa para quedar cuando, por fin, la perla brilló bajo uno de los armarios de la pequeña cocina.

Desgraciadamente tuve que ir al juzgado, pero tenía una excusa para que viniera a verme.

Llegué a mi despacho con una solicitud de orden de registro e incautación de pruebas de un posible vehículo utilizado en un asesinato. El detective de policía encargado del caso me había enviado pruebas que demostraban sus sospechas y aprobé el registro.

Luego de firmar los papeles y encontrar un pequeño hueco, envié un mensaje a Eglaia.

Maximus:

Encontré tu pendiente.

Eglaia:

¿De verdad?

Maximus:

Admito que me planteé comprar uno similar y usarlo como excusa para verte,

pero en realidad lo encontré en la lancha motora.

Debe haberse caído mientras me la chupabas.

Eglaia:

Qué vergüenza.

Maximus:

Solo ten vergüenza de aquello de lo que te arrepientes.

Eglaia:

No me arrepiento.

Maximus:

Mejor así.

¿Qué vas a hacer para la hora del almuerzo?

Eglaia:

Comer mi comida habitual en las escaleras.

Es más barato que comer en un restaurante cerca de la acrópolis.

Maximus:

Olvida el precio del almuerzo. Serás mi invitada.

Eglaia:

¿Podemos posponer ese almuerzo para otro día? Tengo que acompañar a un grupo de turistas a la 1 de la tarde. Si estoy en la parte baja de la ciudad, probablemente no llegaré a tiempo y mi jefe me matará.

Maximus:

Me gustaría decir que no, pero ¿qué otra opción tengo?

Eglaia:

¿Todavía puedo conseguir mi pendiente hoy?

Maximus:

Estaré en el juzgado todo el día.

Eglaia:

¿Puedo pasar?

Solo si no te molesta.

Maximus:

No me molesta.

Eglaia:

Te avisaré cuando pueda salir de aquí.

Maximus:

Te esperaré.

Aunque no íbamos a almorzar juntos como yo esperaba, me alegré de poder verla más tarde.


Eglaia

Capítulo 20

Después de mi recorrida de la 1 de la tarde, el lugar turístico estaba desierto y no había señales de que llegaran otras personas. Como no era la única guía disponible, mi jefe no se quejó de que pidiera irme antes, aunque no entró en detalles sobre adónde iba.

Tomé el autobús hasta el juzgado donde trabajaba Maximus. Nunca había pasado por la puerta del lugar y no sabía cómo era por dentro.

Aunque sabía mucho sobre la historia, los edificios de la acrópolis y la base del derecho que se utilizaba en todo el Occidente moderno, sabía poco sobre el presente en el que vivíamos. En cierto modo, me alegraba de no haber tenido que pisar aquel edificio antes, porque habría sido debido a algún caso criminal.

Esta vez era diferente, estaba allí para conocer a Maximus, el juez con el que me estaba relacionando.

Tal vez eso fue lo que contribuyó a mi ligera angustia, después de todo, estábamos manteniendo esta relación en secreto.

Tuve que presentarme a uno de los guardias e informarle de que había venido a ver al juez Maximus Katsaros. Para mi sorpresa, no hubo ninguna recriminación. El tipo me dijo que el despacho del juez estaba en la quinta planta y que podía llegar en ascensor.

En cuanto se abrieron las puertas metálicas, caminé por el pasillo hasta encontrar una puerta con el nombre de Maximus colgado.

Llamé a la puerta y, para mi sorpresa, una mujer vino a abrirme.

—¿Hola? —Me sonrió—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Bueno... no lo sé. Tal vez estoy en el lugar equivocado.

—¿Eglaia? —La profunda voz de Maximus desde el interior de la habitación hizo que mi corazón se acelerara.

La mujer dio un paso a un lado, dejando ver que llevaba una larga túnica negra y una mirada firme.

—Maximus...

—Viniste. —La sonrisa que me dedicó me calentó el corazón.

—Si estorbo, podemos reunirnos en otro momento.

—Acabo de salir de una audiencia, así que estoy disponible para tratar nuestros asuntos ahora.

—¿Seguro?

—Absolutamente. —Giró la cabeza, mirando a la otra mujer—. Sophia, ve a comprarnos café. Lo quiero colado y sin azúcar.

—Sí, su Señoría. —La mujer asintió y pasó a mi lado, desapareciendo en el pasillo.

—No quiero entrometerme...

—¡Adelante! —Me interrumpió con una orden que me aceleró el corazón.

Di unos pasos hacia la habitación y Maximus cerró la puerta tras de mí, echando el pestillo.

—¿Y Sophia?

—Mi secretaria no tiene prisa por volver. —Me rodeó la cintura con el brazo, envolviéndome en su agarre mientras me arrastraba a otra habitación, donde había una gran mesa de madera oscura y una estantería del mismo color con varios libros encima.

Me sentó en el mueble, empujando algunos papeles y volcando algunas carpetas y sobres marrones. Bajé la tapa de su ordenador y la cerré.

—¿Y mi pendiente? —me aventuré a preguntar.

—Te lo devolveré después.

Su boca se apoderó de la mía con un hambre feroz que me volvió loca. Sus labios apretaron los míos con tanta fuerza que pensé que era posible que se juntaran. Su lengua azotaba

la mía mientras me quitaba rápidamente la blusa y la tiraba al suelo del salón.

No sabía si era correcto que tuviéramos sexo allí, pero como Maximus me estaba involucrando, ni siquiera me permitía pensarlo. De repente, sus manos estaban sobre mis pechos y me di cuenta de que mi sostén también había desaparecido. Gemí al sentir que me retorcía los pezones y me chupaba los labios.

Maximus me soltó, moviendo sus manos hacia mi cintura y yo me incliné hacia atrás, recostándome sobre la mesa encima de los papeles y el cuaderno. Miré fijamente sus ojos sedientos mientras me quitaba los zapatos y finalmente me bajaba el jeans.

Se quitó el traje de juez y se bajó los pantalones antes de tirar de mi cintura por encima del borde de la mesa. Aún llevaba unas bragas diminutas, pero eso no fue un impedimento. El juez la apartó y me metió la verga.

Puse los ojos en blanco y luché por contener un gemido agudo cuando sentí que me empujaba profunda y rápidamente.

Esperaba un intercambio de besos, tal vez algo más, pero nunca habría predicho que tendríamos sexo sobre su escritorio en la sala del tribunal.

Maximus me agarró los pechos mientras se inclinaba sobre la mesa y empezaba a moverse aún más rápido, haciendo crujir los muebles.

—Así... Así... —empecé a tartamudear—. Así no puedo...

—¿No puedes qué?

—No gemir —confesé y él se rió, dispuesto a provocarme.

El juez se deslizó lentamente, solo para arremeter con fuerza.

Se me llenó la boca de sabor a sangre mientras me mordía los labios con todas mis fuerzas para no gritar.

Maldito...

Ya casi estaba, a punto de acabar cuando detuvo bruscamente el acto, haciéndome rugir de rebeldía.

Mirando a Maximus, me di cuenta de que había fijado su mirada en un punto de la mesa.

—¿Qué vas a hacer?

Se limitó a sonreír, terminando de quitarme las bragas y poniéndome la piel de gallina.

Le vi tomar el mazo de madera y levantarlo, pero no comprendí lo que pretendía hacer con su martillo justiciero hasta que lo acercó a la unión de mis muslos.

Fue inesperado y una completa locura cuando empezó a martillearme ligeramente el montículo. No me dolía, sino que cada golpe despertaba oleadas de placer que irradiaban por todo mi cuerpo, como si no estuviera ya lo bastante caliente y deseosa de más.

—La sentencio a ser mía. —Golpeó tres veces más.

Me habría reído de eso si mi erección no hubiera sido más grande que nada.

—Por favor, continúa... —le pedí en voz baja.

—¿Golpeando el mazo?

Afirmé.

—Así...

No me di cuenta de los riesgos que corría hasta que lo vi girar el martillo, sujetando la parte más grande y pesada, dejando el mango de madera dentado hacia arriba. Maximus me introdujo el martillo, dejando que el mango entrara y saliera por donde acababa de estar su pene.

Eso fue una locura, nunca hubiera imaginado que pudiera usar su martillo como herramienta sexual.



Maximus

Capítulo 21

Le metí el mango de mi maza cada vez más rápido, excitándola y haciéndola estremecerse mientras su líquido empapaba el objeto de madera y lo dejaba meloso. Nunca volvería a ver mi objeto de trabajo de la misma manera al recordarlo en aquella hermosa vagina.

Sus labios estaban abiertos y su clítoris hinchado mientras movía el mango de madera dentro de ella como había hecho con mi verga varias veces antes. Verla retorcerse sobre mi escritorio, gimiendo y pidiendo más me puso tan caliente que ni siquiera pensé en lo inapropiado que era lo que estábamos haciendo.

Sus ojos se pusieron en blanco, sus uñas rasparon la superficie de la mesa y pronto perdió las fuerzas, reducida a gemidos de intenso goce.

Cuando saqué la maza, goteaba como si la hubieran sumergido en un cubo de líquido viscoso y llevaba el olor de su sexo.

Estaba tumbada sobre mi escritorio cuando me incliné para lamer su pezón respingón y volví a introducir mi pene. Eglaia estaba tan deliciosamente resbaladiza y húmeda que no tardé en unirme a ella en la cima del placer.

—Solo he venido a buscar mi pendiente —dijo, aún despatarrada sobre la mesa, completamente desnuda, mientras me subía la cremallera del pantalón y me recomponía.

—Sabías que te costaría mucho recuperar ese pendiente.

—¿Dónde está?

Me incliné, abrí el cajón y saqué una bolsita donde había guardado la joya para que no volviera a desaparecer.

—Toma.

—Gracias. —Se inclinó hacia delante para recogerlo—. Ahora tengo que irme antes de que vuelva su secretaria.

—El baño está por allí para que puedas asearte —le indiqué una pequeña puerta.

—Gracias. —Recogió su ropa del suelo y pasó unos minutos en el baño antes de salir completamente vestida.

—Tengo que irme.

—¡Espera! —La agarré del brazo y tiré de ella hacia mí. Agarré su mejilla y le di un beso más tranquilo pero prolongado—. Ahora puedes irte.

Eglaia se limitó a sonreír.

—Gracias por encontrar mi pendiente.

—He dicho que habrá un precio.

—Pensé que había pagado en su mesa hace unos minutos.

—No. Eso fue solo el comienzo, todavía me debes el almuerzo.

—Ya veremos... —bromeó, alejándose de mí y no pude detenerla antes de que abriera la puerta y se marchara.

Estaba recogiendo los objetos y papeles que se habían caído al suelo durante el sexo cuando Sophia regresó.

—Traje los cafés.

—Puedes dejar el mío allí. —Señalé un mueble en un rincón de mi salón.

—¿Dónde está la muchacha? —Sacudió la cabeza, mirando a un lado y a otro, y me di cuenta de que llevaba dos vasos en la mano.

—Se ha ido.

—¿Necesita algo más?

—No, puedes volver a tu mesa.

—Sí, su Señoría.

En cuanto se alejó, llevé la mano al mazo. Se había secado, pero aún tenía señales de

sexo. Nunca había hecho algo así con una mujer, pero descubrí lo excitante que era y lo mucho que me gustaba controlar esa situación.


Eglaia

Capítulo 22

—¡Eglaia!

Me sobresalté al acercarme a la escalera que conducía a mi casa, entre tantas otras de paredes blancas, tejado cian y ventanas.

—¿Pandora?

Mi antigua amiga estaba sentada en uno de los escalones, lo que indica que llevaba un rato esperando mi llegada.

—¡Eh! —Se levantó con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba pensando en la última vez que hablamos y... —Inquieta, cruzó las manos detrás del cuerpo.

—¿Qué pasa?

—Creo que tienes razón. León era un auténtico idiota y no te merecías que te pegara ni acabar en comisaría. Como amiga tuya, debería haberme dado cuenta de que necesitabas un poco de espacio.

—Todavía lo necesito.

—¡Está bien! Ya no necesitamos ir a fiestas ni quedar con esos imbéciles.

Abrí los ojos sorprendida por sus palabras. A Pandora le encantaban esas fiestas y nunca imaginé que renunciaría a ellas por nada del mundo.

—¿Segura?

—¡Claro que sí!

—Gracias. —Le dediqué una gran sonrisa mientras la abrazaba.

—Solo quiero recuperar a mi amiga.

—Yo también. ¿Por qué no entramos? Prepararé una limonada mientras pensamos qué vamos a cenar.

Pandora asintió.

Me alegraba de que siguiera siendo mi amiga a pesar de los últimos acontecimientos. No tenía mucha gente en quien confiar y Pandora siempre había sido una de las más cercanas. A pesar de ello, seguía guardando un secreto demasiado grande para contárselo, incluso a ella.



Maximus

Capítulo 23

Mi día había ido muy bien y mejoró aún más con la breve visita de Eglaia al juzgado. Lo que estábamos haciendo era temerario e irracional, pero la adrenalina que nos movía me enganchó rápidamente, más allá de lo que podía controlar.

Ese juego de lujuria y deseo por ambas partes hizo que todo fuera aún mejor.

Había amado a mi difunta esposa, aunque nos casamos cuando ella se enteró del embarazo de León. Sin embargo, podría describir nuestra relación como tradicional y ortodoxa. Ella procedía de una familia tan tradicional que resultaba extraño que mantuviéramos relaciones sexuales antes del matrimonio. Tras el nacimiento de León, se centró en su papel de madre, asumiendo todas las responsabilidades, pero esto nos distanció aún más.

Manteníamos relaciones sexuales con regularidad, pero ella no volvió a quedarse embarazada y yo me centré cada vez más en mi carrera, a pesar de haber nacido en una familia acomodada.

Con Eglaia fue completamente diferente, yo hacía todo lo que siempre había pensado, pero a lo que nunca me había abierto, y ella respondía con la misma intensidad, aprovechando al máximo cada momento.

El mazo había sido mi prueba de que podíamos llegar mucho más lejos.

Llegué a casa por la tarde y el personal ya se había marchado. Todo estaba muy tranquilo. Eso significaba que León tampoco estaba.

Tras su última detención, yo había intentado aplicar un toque de queda que él, desde luego, no respetaba.

Mi hijo seguía diciendo que era adulto y que podía controlar su vida. Yo lo aceptaría si consiguiera un trabajo y dejara de meterse en un lío tras otro. Pero lo único que conseguí fue una prueba interminable de su rebeldía e irresponsabilidad.

Cada vez que me iba a dormir y sonaba el móvil de madrugada, pensaba que podía haber

pasado lo peor y que sería una prueba más de lo mucho que le había fallado a Elena.

León tenía razón en una cosa, habría sido más fácil si su madre siguiera con nosotros, pero yo había dejado de actuar como si fuera a volver de algún modo milagroso y había decidido seguir con mi vida. Era hora de que mi hijo hiciera lo mismo.

Sentado en el sofá, bebiendo un vaso de vino, lo llamé.

La primera vez, llamé y nadie atendió.

Insistí, hasta que me contestó a la tercera llamada.

—¿Qué pasa viejo?—murmuró desde el otro lado.

Al otro lado había mucho ruido de gente charlando y música alta.

—¿Dónde estás?

—Disfrutando.

—Ya ha pasado tu hora.

—Ahora no volveré a casa.

—¡Sí, lo harás!

—No tengo edad para que me sigas diciendo lo que debo o no debo hacer.

—Entonces deberías pagar tus propias facturas y no meterte en líos.

—¡No me molestes!

Me colgó, lo que me enojó mucho.

Con un rugido, lancé la copa de vino contra una de las paredes de la habitación.

¡Mierda!

No sabía qué más hacer para arreglarlo.


Eglaia

Capítulo 24

Mi madre aún no había llegado cuando Pandora se fue.

Yo estaba sentada en el pequeño sofá de nuestro salón, viendo una serie americana en el único televisor, cuando oí que llamaban a la puerta. Puede que mi madre se hubiera olvidado las llaves o que, por alguna razón, mi amiga hubiera vuelto. Sin embargo, cuando me levanté para abrir, la sorpresa fue totalmente desagradable.

Inmediatamente intenté cerrar la puerta, pero León puso la pierna en medio y empujó con fuerza la madera, obligándome a retroceder y permitiéndole entrar como una bestia furiosa.

Tenía los ojos azules un poco rojos y el pelo completamente revuelto. Aparte del fuerte olor a alcohol, me pregunté si había estado bebiendo o había probado alguna otra cosa que le había descontrolado tanto.

—¿Qué haces aquí? —rugí, tratando de no parecer tan asustada como realmente estaba.

—Desapareciste.

—Estaba ocupada.

—Hace más de un mes que no te veo en ninguna fiesta. Pandora me dijo que no querías ir.

—Tiene razón, no quiero.

—¿Por qué?

—No es asunto tuyo.

—Sí que lo es. Especialmente cuando se trata de mi chica.

—No soy tu chica.

—¡Lo eres! Hasta que yo quiera que no lo seas. —Sus pupilas estaban dilatadas y su tono de voz era descontrolado y autoritario.

Cada vez me resultaba más imposible detener el miedo y la desesperación que me provocaba. León ya se había mostrado agresivo en otra ocasión y yo no podía predecir lo que podría hacer.

—Será mejor que te vayas a casa.

—¡No voy a ninguna parte, maldita sea! —León estaba definitivamente muy disgustado.

—¿Te metiste algo?

—No.

—Quizá bebiste demasiado...

—¡Cállate! —Su grito me hizo dar un respingo y mi corazón se aceleró aún más mientras una oleada de miedo y pavor me desgarraba las entrañas.

León ya me había golpeado intentando dar un puñetazo a otro hombre, ¿qué podía pasar con nosotros solos y sin nadie que me defendiera?

—¿Quién es él? —Me empujó contra la pared, haciéndome golpear la cabeza contra la dura superficie.

—¿Él?

—¿El bastardo con el que te acuestas?

—No hay nadie —mentí, sabiendo que confesar que estaba vinculada con otro hombre solo empeoraría las cosas.

—¡Crees que soy idiota!

—Claro que no, León. Ya no me va esta vida. He pensado en ir a la universidad. Me encanta lo que hago, pero con un trabajo mejor puedo ayudar a mi madre.

—¿Es dinero lo que quieres? ¡Te daré dinero, puta!

No pude controlarme ante la ofensa y mis dedos chasquearon en su cara en una bofetada.

—¡No me hables así! —rugí, sabiendo que era algo arriesgado.

—¡Puta de mierda!

Antes de que la situación se descontrolara aún más, tres de mis vecinos aparecieron en la puerta. Probablemente oyeron los gritos y todo el ruido.

—¿Va todo bien, Eglaia? —preguntó el señor Atlas.

—Yo... yo... —No podía decirlo por miedo a la reacción de León.

—Será mejor que salgas de aquí, muchacho —dijo Klaus. El más joven y fuerte de los hombres.

León miró fijamente a los tres y a mí. Puede que estuviera fuera de control, pero se dio cuenta de su desventaja y se largó.

—Gracias. —Agradecí a mis vecinos mientras mis piernas cedían y caía de rodillas al suelo, temblando.

—Eh... —El señor Atlas me ayudó a levantarme y me hizo sentarme de nuevo en el sofá y Hermes se fue a la cocina, mientras Klaus se quedaba en la puerta para asegurarse de que León no volviera—. ¿Quién era ese chico?

—Una mala elección del pasado —fue la mejor respuesta que se me ocurrió.

—Si no hubiéramos llegado, ese tipo podría haberte golpeado —comentó Klaus.

—Yo... no sé... —tartamudeé, para ser sincera, prefería no pensar en ello.

—Toma. —Hermes me dio un vaso de agua con azúcar—. Te ayudará a calmarte.

—Gracias.

—Tienes que llamar a la policía —insistió Klaus.

—Espera a que se calme —pidió Hermes.

—¿Policía? ¿Qué está pasando? —Me sobresalté aún más cuando mi madre irrumpió en la casa, pasó por delante de Klaus y se acercó a mí.

¡Ah, maldición!

—Mamá...

Los hombres se miraron y se dirigieron hacia la puerta.

—Si necesitas ayuda, llámame —dijo el señor Atlas y se marcharon de mi casa, dejándonos solos.

En cuanto pasaron por delante de la puerta, me levanté en un santiamén y me apresuré a cerrarla, con la esperanza de que León no volviera a entrar.

—Eglaia, ¿qué estaba pasando aquí? —mi madre exigió una explicación.

—Un tipo con el que he estado saliendo apareció aquí enfadado. No está muy contento.

—¿Terminaron? ¿Quién es este que no conozco?

—Nunca salimos.

—¿Y llega hasta el punto de que aparecen nuestros vecinos?

—Lo siento —Me encogí de hombros, muy avergonzada y todavía asustada por la situación.

—¿Crees que tengo que llamar a la policía?

—No sé... no...

—¡Eglaia!

—Lo siento, mamá —sollocé.

Se dio cuenta de lo asustada que estaba y me acercó más, envolviéndome en sus brazos, y las caricias hicieron que me calmara poco a poco.

Me había permitido creer que desaparecer de las fiestas bastaba para evitar que me metiera en problemas con León, pero que se presentara en mi casa era inesperado y aterrador, como si pudiera hacer algo para hacerme daño.



Maximus

Capítulo 25

Todavía estaba en el salón después de limpiar el desorden causado por el vaso de vino tinto cuando León entró pisando fuerte.

—Llegas tarde —gruñí.

—¡No me molestes!

—No quiero oír que llegas tan tarde.

—¡No me importa!

Molesto, me levanté y me acerqué a él, le agarré de los brazos y le zarandeé para que me mirara.

—¡Escucha, León! Eres mi hijo y tienes que empezar a obedecerme.

—¿O qué? —Se burló—. ¡Vete a la mierda, viejo!

Me fijé en sus ojos y en el olor a alcohol que emanaba de su boca. Estaba lejos de sus perfectas facultades mentales.

—¿Cuánto has bebido? —Le agarré del hombro, obligándole a mirarme.

—¡No es asunto tuyo!

—¡Claro que sí!

—¡Suéltame! —Dio un tirón, se tambaleó hacia atrás y, como estaba borracho, casi se cae sentado.

—¡Maldita sea, León! —He perdido mi tono pacífico—. Es imposible ayudarte así.

—¡¿Quién dice que quiero tu ayuda?!

—¿No te das cuenta de que estás tomando las peores decisiones posibles? —Respiré hondo, calculando cada palabra que diría a continuación—. Hijo, podrías llegar muy lejos.

—¡Deja de proyectar tus expectativas en mí!

—No estoy proyectando...

—¡Oh, no! —se rió sarcásticamente—. Quieres que estudie derecho como tú.

—Ve a la universidad que quieras, ¡pero elige una! Cualquier universidad... —Hice una breve pausa, midiendo de nuevo mis palabras—. Solo tienes que dejar de actuar como si el mundo fuera una gran fiesta.

—¿Y por qué no puede hacer eso? ¿Solo porque tú dices que no puede?

—La vida no funciona así.

—Funcionará como yo quiera —se encogió de hombros.

—¿Hasta cuándo? —Volví a levantar la voz—. ¿Hasta que te arresten de nuevo?

—Por supuesto, y como superpapá me vas a dejar tirado.

—¡No puedo seguir rompiendo la justicia por ti!

—Nunca haces nada por mí.

—León...

—Ya he tenido bastante. —Resoplando, subió las escaleras y le oí dar un portazo que supuse que era su dormitorio.

Era demasiado mayor para seguir comportándose como un adolescente y yo no sabía qué más hacer.


Eglaia

Capítulo 26

Admito que tengo miedo de salir de casa para ir a trabajar. Después de la forma tan brusca y repentina en que León llegó ayer a mi casa, no había ninguna garantía de que no intentara acecharme en otro sitio. Sería una auténtica pesadilla enfrentarme a él delante de turistas.

Tal vez mis vecinos tenían razón y necesitaba ir a la policía antes de que pasara algo aún peor. Prefería ni siquiera pensar en cómo podría reaccionar León si me veía con Maximus. Mi implicación actual era mucho mayor y diferente, pero nunca había experimentado tanta seguridad y madurez.

Sabía que los demás no verían con buenos ojos nuestra relación, pero no me preocupaba la opinión de nadie.

Maximus era la mejor persona que había entrado en mi vida en mucho tiempo y no estaba dispuesta a dejarlo. Ni siquiera por un ex loco que todavía creía que tenía algún tipo de derecho sobre mí.

Estaba fuera de la agencia, sorbiendo mi botella de agua, esperando a que apareciera un grupo de turistas cuando sentí vibrar mi teléfono móvil.

Maximus:

No he olvidado que me debes el almuerzo.

Eglaia:

¿Vas a seguir insistiendo en eso?

Maximus:

Hasta que aceptes.

Eglaia:

¡Qué obstinado!

Maximus:

Tenemos que ir por lo que queremos.

Eglaia:

¿Y me quieres a mí?

Maximus:

Pensé que ya era bastante obvio.

He estado pensando mucho en ti.

Quizá más de lo que debería.

Eglaia:

No lo veo como un problema.

Maximus:

Me siento aliviado.

Eglaia:

Eso está bien.

Maximus:

Será aún mejor cuando aceptes mi invitación.

Eglaia:

Muy bien. ¿Qué te parece mañana?

Maximus:

Perfecto.

Eglaia:

Espero la dirección.

Maximus:

Pensaré en un buen restaurante.

Eglaia:

Gracias.

—¡Eglaia!

Estaba riéndome como una tonta con el móvil mientras intercambiaba mensajes con Maximus cuando oí gritar a mi jefe, dándome un buen susto.

—¿Qué ocurre?

—¿Estás dormida?

—No, señor.

—¡Pues ponte en marcha! Los turistas están esperando.

—Lo siento. —Me levanté torpemente de la pared donde estaba sentada y me acerqué al grupo de siete turistas que se agolpaban en la esquina.

Les saludé en inglés y comencé nuestra visita.



Maximus

Capítulo 27

Ese día almorcé en el restaurante habitual, pero de regreso al juzgado, me fijé en un sex shop en una de las calles periféricas. Parecía estar parcialmente oculto por un olivo, casi como si fuera un oscuro secreto. Quizá siempre había estado allí, pero nunca me había fijado.

A mis cincuenta años, nunca me había adentrado en este tipo de comercio, pero puede que mi propio conservadurismo me haya frenado, porque hasta entonces ni siquiera me lo había planteado.

Consulté la hora en mi reloj de pulsera y me di cuenta de que aún faltaban cuarenta minutos para mi próxima cita y que al menos había tiempo para entrar a comprobarlo.

Rodeé el olivo y entré en el lugar. Al principio vi montones de lencerías, una más bonita que otra, y me fue imposible no imaginármelas en mi hermosa Eglaia.

La chica era tan hermosa que había contaminado mi imaginación más allá de lo que había supuesto que era posible. Me sentía excitado, incluso eufórico ante la idea de estar con ella, tocarla, besarla y disfrutar del sexo.

—Hola, señor. —Una vendedora se me acercó con expresión serena. No emitió ningún juicio sobre mi entrada en el establecimiento. Toda esa modalidad en mi mente quizá no existía en la de ella.

—Hola. Estoy echando un vistazo.

—Si busca algo específico, pregúnteme.

—No sé cuál de estos artilugios no asustaría a mi novia —comenté mientras miraba a mi alrededor, viendo penes de goma, látigos y varios objetos más, algunos de los cuales ni siquiera sabía para qué servían.

—¿Es del tipo más tradicional? ¿O tal vez es un poco aventurera?

Recordé el sexo en mi despacho y cómo había gemido al ser penetrada con mi maza, pero

nos habíamos dejado llevar por el calor del momento.

—Un poco aventurera, pero quizá no demasiado.

La vendedora soltó una risita.

—Tengo algunas sugerencias que pueden ser interesantes.

—Quiero ver. —Me sorprendí a mí mismo con mi propia emoción.

—Venga conmigo. —Señaló un mostrador y empezó a mostrarme algunas opciones y lo que podía hacer con ellas.

Para mi sorpresa, acabé saliendo de allí con una pequeña bolsa de compra.

Volví al tribunal unos minutos antes de la vista para fijar la fianza y, mientras la acusación y la defensa presentaban sus argumentos, no podía dejar de pensar en Eglaia y en lo mucho que deseaba estar con ella.

Después de la vista, volví a mi despacho y le envié un mensaje.

Maximus:

Estaba mirando algunos restaurantes cerca de la Acrópolis.

¿Hay alguno que te guste más?

Eglaia:

¿Podríamos almorzar mañana lejos de donde trabajo?

Maximus:

¿Por qué? Pensé que no querías llegar tarde.

Eglaia:

Y no quiero hacerlo.

Maximus:

No lo entiendo.

Eglaia:

Uno de los chicos con los que me relacionaba vino a molestarme, profiriendo unas amenazas que me dieron un susto de muerte.

Ya agredió a alguien solo por hablar conmigo. Por eso estuve ese día en comisaría. Prefiero ni imaginarme lo que podría pasar si nos viera juntos.

Maximus:

¡Eso es terrible!

Eglaia:

Sí.

Maximus:

Necesitas presentar una orden de protección contra este hombre.

Eglaia:

No creo que sea para tanto.

Maximus:

La situación podría complicarse y podría ser demasiado tarde. Si ya ha ido a por ti agresivamente, la orden de protección es una forma de evitar que vuelva a ocurrir.

Conseguiré un abogado que se encargue por ti.

Eglaia:

Gracias.

Maximus:

Todo para cuidar de mi chica.

Eglaia:

No tengo palabras para agradecértelo.

Maximus:

Me alegraré si aceptas sustituir nuestro almuerzo por una cena y pasar la noche conmigo.

Eglaia:

Tengo que pensar qué le voy a decir a mi madre.

Maximus:

Sé que eres lista y que se te ocurrirá algo.

Eglaia:

De acuerdo.

Maximus:

Nos vemos en el puerto deportivo mañana por la tarde.

Eglaia:

Allí estaré.

Cuando dejamos de mensajearnos, me puse en contacto con una buena abogada que conocía de otros casos de violencia contra las mujeres. Estaba comprometida con la causa y podía ayudar a Eglaia a garantizar su seguridad.

Desde la sala de vistas, habiendo visto hacerse realidad los peores escenarios, sabía que las víctimas no podían ignorar las señales o sufrirían terribles consecuencias. Afortunadamente, tuvimos un gran avance en términos de acogida y ayuda a las mujeres, pero la violencia en las relaciones seguía necesitando mucho para detenerse.

Eglaia no fue la primera persona que decidió dejarlo pasar, las mujeres se sentían demasiado amenazadas y asustadas para denunciarlo y los hombres demasiado avergonzados para admitir que habían sufrido violencia por parte de una mujer, por miedo a ser ridiculizados

por la sociedad. Hombre o mujer, la víctima sufría mucho.

La presión externa solo tendía a empeorar las cosas.


Eglaia

Capítulo 28

Más rápido de lo que podía imaginar, una abogada me llamó a petición de Maximus para saber más sobre mi caso y la amenaza que suponía León.

Le conté todo, desde el momento en que nos conocimos en una de las fiestas a las que iba con Pandora, nuestra relación y cuando había empezado a volverse impulsivo y muy descontrolado, actuando de forma agresiva y posesiva.

Dijo que Maximus tenía razón al ponerse en contacto con ella, que yo necesitaba una orden de protección para garantizar mi seguridad y la de los que me rodeaban. Sin embargo, una orden firmada por un juez no parecía suficiente para controlar a León.

De todos modos, valió la pena el esfuerzo y lo agradecí.

Ante la idea de que me hiciera daño a mí o a Maximus, mi corazón se aceleró y entré en pánico.

Por muy valiente que fuera mi juez, León estaba tan loco como para cometer una locura de consecuencias irreversibles.

Por suerte, no apareció en mi lugar de trabajo ni cuando llegué a casa.

Preparé la cena y esperé a que apareciera mi madre, pero me sorprendió recibir un mensaje suyo diciendo que esa noche tenía que doblar su turno. Les faltaba personal y un accidente de barco había mandado a mucha gente a urgencias.

Tenía la intención de hablar con ella para pasar la noche fuera. Todavía estaba pensando qué decir y la mejor idea que se me ocurrió fue decirle que pasaría la noche en casa de Pandora. A mi madre no le gustaba que durmiera fuera cuando tenía que trabajar al día siguiente, por miedo a que faltara al trabajo o llegara con resaca. Ya le había asegurado que no bebía, pero seguía repitiendo lo mismo.

Después de prometerle que no bebería y que estaría en el trabajo a la hora de siempre, finalmente cedió. No me gustaba mentir a mi madre y, en cierto modo, aún me molestaba no

compartirlo todo con ella. Sin embargo, lo único que veía era que se pondría histérica porque yo estaba con un hombre mayor que ella.

Si mi padre aún viviera, tendría la edad de Maximus. Sí, era una locura y un poco extraño, pero a pesar de eso, lo que sentía por el juez era tan increíble que la diferencia de edad no parecía importar.

Cuando estábamos juntos, no me importaba su fecha de nacimiento, me importaba lo bien que me hacía sentir. Sin embargo, la gente no lo vería y era mejor mantener ese secreto entre nosotros, al menos hasta que supiéramos cuánto estábamos dispuestos a luchar por estar juntos.

Aunque me estaba enamorando cada vez más de Maximus, no tenía una idea real de sus sentimientos hacia mí y no quería ponerlos a prueba en ese momento.

Solo quería permanecer en esa burbuja de felicidad y placer el mayor tiempo posible.



Maximus

Capítulo 29

Después de ocuparme de todos los detalles de nuestra velada, estaba fuera de mi yate, esperando a que apareciera.

La luna ya había salido y el cielo estaba ligeramente salpicado de estrellas. La noche era hermosa y lo sería aún más cuando llegara Eglaia. La expectación por verla me desbordaba el pecho y me dejaba en un sudor frío.

Una sonrisa me iluminó el rostro cuando la vi aparecer en el horizonte, caminando con su ondulado pelo negro alborotado por la brisa marina y luciendo un vestido blanco con delicadas flores naranjas. Dejaba los hombros al descubierto y las mangas abullonadas le llegaban hasta las muñecas.

Era imposible no quedarse boquiabierto y ansioso por besarla.

—Eglaia...

—Hola, Max.

—Ven aquí. —La tomé por la cintura y la acerqué a mi cuerpo, dándole un beso descarado.

Mis manos bajaron por su vestido, probando la suavidad de la tela hasta llegar a su trasero. Sin embargo, cuando le apreté las nalgas, ella me apartó.

—¡Un momento!

—¿Por qué? —Di un paso atrás, sorprendido.

—Alguien podría vernos aquí.

Antes de que pudiera decirle que no me importaba, recordé lo que había dicho sobre su ex novio y me di cuenta de que lo más prudente era mantenernos a salvo.

—Ven... —la conduje al interior de mi barco, donde podíamos intimar sin ser interrumpidos.

—¡Qué bonito! —Sus ojos se iluminaron cuando vio la mesa que había preparado para los dos.

Sobre un mantel blanco, había dos platos cubiertos, dos copas, una botella de vino blanco y un candelabro con velas parpadeantes.

—Me alegro de que te haya gustado.

—Es romántico.

Me incliné sobre ella y le di otro beso, esta vez más contenido, antes de darme la vuelta y dirigirme al timón, poniendo en marcha la embarcación para llevarnos mar adentro. Mientras dirigía el barco, sentí sus delicadas manos subir por mi espalda y rodearme el pecho.

—Me gusta mucho estar contigo —dijo en voz baja y socarrona.

—A mí también. —Giré hacia ella en cuanto pulsé el botón para soltar el ancla.

Esta vez volví a besarla y Eglaia no impidió que mis manos se dirigieran a su culo. Mis labios se apretaron contra los suyos, disfrutando de su suavidad, mientras mi lengua buscaba la suya con hambre creciente. Le subí el vestido, sintiendo sus finas bragas mientras ella frotaba su delicioso cuerpo contra el mío.

—¿No íbamos a cenar? —su boca se escapó de la mía cuando bajé los labios para besarle y mordisquearle el cuello.

—Ah, vamos...

—Tengo hambre. —Soltó una risita.

—De acuerdo. —Me alejé de ella hasta una mesada y tomé un objeto de la bolsa de cosas que había comprado en el sex shop.

Me detuve de nuevo frente a ella y Eglaia me miró sorprendida.

—¿Qué es eso?

Tomé el objeto rosa que parecía una ballena con una larga cola en forma de U y me lo metí en la boca. Lo chupé hasta que se humedeció con mi saliva.

—¿Una bala? —Se rió.

Negué con la cabeza.


Eglaia

Capítulo 30

—¡Quítate las bragas!

Me dio un vuelco el corazón al oír su orden.

No sabía qué era aquel objeto, pero no necesitaba ser muy lista para darme cuenta de que pretendía metérmelo.

—Maximus...

—¡Quítatelas!

Era imposible resistirse a ese tono de voz.

Me incliné, me subí la falda del vestido y metí la mano para bajarme las bragas de encaje, que ya estaban ligeramente mojadas.

—Dámela. —Le tendió la mano.

Esta vez ni siquiera dudé y, al entregárselas, Maximus lo olfateó antes de guardárselas en el bolsillo.

Su brazo volvió a rodear mi cintura y me acercó. Mientras me miraba con seriedad y firmeza, su mano bajó hasta detenerse entre mis piernas y colocó el objeto en mi entrada antes de empujarlo dentro de mí. Gemí, clavándole las uñas en los hombros mientras me penetraba el objeto de goma. Encajaba perfectamente, con una parte estratégicamente colocada sobre mi clítoris.

—¿Es un vibrador? —Me di cuenta antes de que se encendiera.

—Sí.

—¡Oh!

—Ahora vamos a cenar.

—¿Y me vas a dejar esto dentro de mí?

—Por el momento, sí.

Me estremecí antes incluso de saber lo que vendría a continuación. Con el objeto quieto, pero aumentando mi tensión, me senté frente a él en la mesa, fijándome en la forma en que las llamas de las velas parpadeaban en sus hermosos ojos azules.

—Espero que te guste el marisco.

—Me gusta.

Quité la tapa del plato y se me presentó un hermoso pescado a la plancha acompañado de una ensalada que parecía contener marisco.

Maximus sirvió vino mientras yo cortaba un trozo de pescado y lo probaba. Delicioso, se deshacía al contacto con mi lengua.

Me sorprendió que el juez diera un sorbo a su copa y tomara su móvil.

—¿Alguna emergencia?

Dijo que no antes de deslizar el dedo por la pantalla y sentí que el objeto vibraba dentro de mí, moviéndose en mi canal y sobre mi clítoris.

—¡Maximus! —grité al verme sorprendida.

Su sonrisa se ensanchó cuando me retorcí en la silla y me agarré al lateral de la mesa en pleno placer del objeto.

—Oh... ah... —Incluso con los labios cerrados, no podía contener mis gemidos.

El vibrador se movía intensamente, cambiando de intensidad y ritmo cada vez que Maximus pulsaba algo en su móvil que supuse que era una aplicación para controlar el objeto. De repente, se detuvo y rugí.

—Lo he disfrutado mucho. Controlar tu placer es maravilloso.

—No seas cruel conmigo —gimoteé, con mi canal palpitando alrededor del objeto inerte.

—¿Y si me gusta torturar?

—¡Ah! —volví a gritar cuando volvió a encenderlo—. Ma... Max... ¡Ahhhhh!

Fue intenso, enloquecedor y muy rápido.

Reconozco que aún no había probado un vibrador porque me daba un poco de vergüenza, pero fue genial. Maximus no solo controló mi placer, sino que también estimuló mi espera y mi urgencia.

La velocidad aumentó y caí hacia atrás, arrugándome contra la silla mientras me acababa. Mi pulsación interna fue tan intensa que acabó expulsando el objeto.

Me incliné sobre la mesa, aún jadeante y terriblemente sedienta. Tomé el vaso de vino y me lo bebí todo de un trago.

—¿Te gustó nuestro juguete? —Él quería saber.

—Sí... —admití, con la frente empapada de sudor y el corazón acelerado.



Maximus

Capítulo 31

Después de cenar, subimos a la terraza del yate y ayudé a Eglaia a quitarse el vestido y acomodarse en una de las reposeras.

Encendí otra vela, pero ésta era diferente y pronto un suave aroma llenó mis fosas nasales. Observando a mi chica desnuda bajo la luna, reflejando la luz nocturna en su piel bronceada, esperé a que la vela se derritiera un poco hasta formar un pequeño charco, entonces vertí el líquido por su espalda.

Se estremeció, se retorció y dejó escapar un gemido bajo.

—¿Te quema? —Estaba preocupado.

—No... está caliente, pero se siente bien.

Me moví hacia abajo, dejando que el líquido corriera hasta formar una línea desde la mitad de sus caderas hasta sus nalgas. Luego dejé la vela aún encendida a un lado y me incliné sobre ella, iniciando un masaje que seguía la línea desde sus omóplatos hasta los hombros. Me moví hacia abajo, masajeando, apretando y haciendo movimientos circulares que disolvían pequeños puntos de presión.

—Eso está muy bien —murmuró.

El hecho de que lo disfrutara me excitó aún más y me hizo desear tocar su cuerpo. Bajé por el costado, apretando hasta llegar a su culo, masajeando, apretando y una bofetada resonó en el océano cuando ella se revolvió en mis manos, demostrando lo mucho que lo estaba disfrutando.

No pude resistir las ganas de probarla y me incliné para darle un mordisco a sus nalgas.

—¡Maximus! —Su cuerpo se contrajo y volvió a gritar mi nombre.

Aproveché el momento para controlar y apretar su culo hasta quedar frente a ella. Vertí más aceite en su vientre y subí las manos hasta la curva de sus pechos, ascendiendo por ellos y

presionando los pezones antes de bajar. Llegué a su entrepierna y masajeé sus labios vaginales, excitándola aún más.

—¿Solo vas a darme un masaje? —refunfuñó.

—La paciencia es una virtud.

—¡Te deseo, Maximus! —suplicó, frotando sus muslos contra mis antebrazos—. Tú...

Simplemente no podía resistirme a verla así desnuda, suplicándome mientras su cuerpo mostraba su excitación. Empujé la vela mientras me quitaba la ropa y acabó cayendo al océano, pero no me importó.

Me incliné para besarla, dándome cuenta de lo secos que tenía los labios por la ansiedad y mi propia excitación creció.

La agarré de las caderas y la hice darse la vuelta, azotándole la espalda con el pelo suelto y colocándose a cuatro patas en la reposera. Me arrodillé detrás de ella y tiré de ella hacia mí, deslizándome en su canal deliciosamente húmedo y caliente.

Los dos gemimos a la vez mientras hundía las manos en su hermoso y redondo culo y apretaba los dedos mientras la atraía hacia mí para poder penetrarla aún más.

¡Espectacular!

No podía oír nada más que nuestros gemidos extendiéndose por mar abierto mientras el sexo se hacía cada vez más urgente y hambriento. Me agarré a su pelo, tirando de él como de una brida, mientras mi otra mano agarraba su cadera para mantenerme en mi sitio. Me sentía como una bestia hambrienta, cabalgando a la sirena más hermosa de Grecia mientras ella respondía frotando su culo contra mí e inclinándose en una silenciosa súplica de más.

Lo di todo, moviéndome rápido y con fuerza, estremeciéndome de placer cada vez que su apretado y caliente canal se contraía a mi alrededor.

Estaba admirando la luz de la luna sobre su piel cuando le derramé todo mi semen, aún aferrado a ella para largar hasta la última gota.

Ella rodó encima de mí y yo luché por volver a moverme hasta que explotó en su orgasmo y sus contracciones me desconcertaron.

Me tumbé en la reposera a su lado y ella se desplomó. Nos sentamos en silencio, la estreché entre mis brazos y le besé la frente sudorosa.


Eglaia

Capítulo 32

Me desperté cuando los rayos del sol empezaron a calentar mi piel y me sobresalté al darme cuenta de que seguía desnuda y en brazos de Maximus. No había regresado al puerto la noche anterior y seguíamos en mar abierto.

—¿Qué hora es? —Mi salto lo despertó.

—No lo sé. —Se frotó los ojos, intentando acostumbrarse a la luz.

—Tengo que trabajar.

—Qué te parece si nos quedamos aquí... —Intentó tirarme hacia atrás, pero lo esquivé.

—No puedo.

Por maravilloso que fuera cada momento con él, no podía olvidarme por completo de la realidad, o acabaría derrumbándome.

—Eglaia...

—Ni siquiera tus ojos tan hermosos como el mar me convencerán. No puedo perder mi trabajo, Maximus.

—De acuerdo... —Cedió a regañadientes.

—Necesito que me lleves de vuelta al continente.

—¿De cuánto tiempo dispones?

—No lo sé, pero no puedo llegar tarde.

—Solo tengo que ir a casa y cambiarme para ir al juzgado y te dejaré en la Acrópolis.

—No puedo llegar tarde, Maximus...

—Te prometo que no.

Lo miré fijamente. ¿Cómo podía ser tan difícil resistirse a una sonrisa?

—De acuerdo.

Había traído una pequeña bolsa con jeans y una camiseta, suponiendo que no tendría tiempo de ir a casa. Así que me cambié y Maximus se puso rápidamente sus pantalones cortos y su polo.

Tomamos el barco de vuelta a Atenas y subimos a su coche, que había quedado aparcado en el puerto deportivo. Como aún quedaba una hora para llegar con mi primer grupo de turistas, estaba relajada con los tiempos.

No sabía dónde vivía Maximus y estaba ansiosa por averiguarlo, a pesar del escalofrío en el estómago que me hacía sentir un poco de miedo.

Me di cuenta de que íbamos de camino a la Acrópolis y pronto aparcamos delante de una puerta azul con un muro blanco. A lo lejos se veían las ruinas en las que yo había estado trabajando durante mucho tiempo. Entramos y él aparcó en la puerta.

Sabía que en Atenas había mansiones lujosas, como en cualquier otra ciudad del mundo, pero nunca había estado en una. Delante había una hermosa fuente con una ninfa de mármol en un estilo que reproducía estatuas históricas. A pesar de ello, la construcción era moderna, de líneas perfectas y ángulos rectos.

La sala era enorme y estaba bien iluminada, con grandes ventanales de cristal que hacían brillar cada rincón del suelo como si estuviera hecho de perlas.

—¡Guau!

—Siéntete como en casa. —Se inclinó y me dio un beso rápido—. Voy a cambiarme y vuelvo enseguida.

Me limité a asentir.

Sabía que Maximus tenía dinero, pero nunca supuse que pudiera tener tanto.

¿Vive aquí solo?

Sabía que era viudo, pero no había entrado en más detalles sobre su vida personal.

Oí pasos que bajaban las escaleras y me sorprendió lo rápido que se había cambiado de

ropa, pero en cuanto mis ojos vieron a alguien, me quedé completamente helada, como si me hubieran puesto delante de un fantasma.

—León... —Mis labios se movieron en un susurro de profunda conmoción.

—¡Eglaia! —Terminó de bajar las escaleras y se detuvo frente a mí, alargando la mano para tocarme la cara, pero yo lo esquivé—. Viniste a verme.

Negué con la cabeza.

Antes de que tuviera tiempo de entender nada o siquiera de procesar lo que podía estar pasando, Maximus bajó las escaleras alisándose las mangas del traje y la corbata. Se detuvo a mi lado y me dedicó una sonrisa.

—¿Conoces a mi hijo?

¡Hijo!

Me temblaban las piernas y sentía que el mundo se desmoronaba bajo mis pies.

—¿Qué haces con ella? —León rugió a Maximus—. ¿Esto es algún tipo de plan para manipularme?

—¿Manipularte? —Maximus frunció el ceño—. ¿De dónde has sacado eso?

—¿Trajiste a mi novia aquí para tratar de convencerme de hacer lo que quieres?

—¡No soy tu novia! —grité demasiado deprisa, dándome cuenta después de cuánto podría empeorar todo.

—¿Novia? —Fue el turno de Maximus de parecer confundido.

Intenté encontrar las palabras adecuadas, pero no pude y cuando León me tiró del brazo, haciendo que me alejara de Maximus, empecé a llorar como una niña.

—Lo que te haya dicho mi padre, será mejor que lo olvides. No hace más que molestarme.

—¿Eglaia? —Maximus me miró, estupefacto.

—Yo... yo...

—Vámonos de aquí. —León me tiró hacia atrás, pero su padre lo detuvo.

—¡Suéltala!

—¡No te metas, viejo!

—¿Eglaia? —Maximus volvió a mirarme y yo lloré aún más.

—No sabía... Juro que no sabía...

—Mi hijo... —Las piezas parecían encajar en su cabeza y parecía aún más terrible.

Esa triste coincidencia me estrujó el pecho. La edad de Maximus parecía un obstáculo fácil de ignorar hasta que me enteré de que ya me había involucrado con su hijo.

Sentí que me faltaba el aire y mi angustia se hizo aún mayor, como si el pecho me fuera a estallar.

—¡Necesito salir de aquí! —Salí corriendo de la habitación, dejando a los dos, y me dirigí fuera de la casa. Usando la acrópolis como brújula, me dirigí hacia allí.



Maximus

Capítulo 33

—¿Has visto lo que le has hecho? —León me empujó con rabia el pecho, haciéndome tambalear hacia atrás—. ¿Por qué no dejas de meterte en mi vida?

—Ella ya ha dicho que no quiere saber nada más de ti.

—Es cuestión de tiempo que cambie de opinión, solo tengo que darle una lección al idiota con el que sale. Una vez que haya atrapado al tipo y lo haya echado, Eglaia volverá a mí.

—Soy yo... —Solté las palabras como si fueran una gran bomba, pero estaban tan atascadas en mi garganta que no pude evitarlo.

—¿Qué? —León frunció el ceño, completamente confuso.

—Ella vino aquí por mí. Estaba conmigo, ni siquiera sabía que estabas aquí, ya que pasas más tiempo fuera.

—¿Por qué iba a estar contigo?

Ante su pregunta, permanecí en silencio y León se puso a reflexionar.

—Ah... no... no... —Sacudió la cabeza, desorientado.

—Yo ni siquiera sabía que la conocías.

—¡Maldito pedófilo! —rugió con furia y su acusación acabó conmigo.

—Es mayor de edad...

—¡Tiene mi edad! ¡Mi edad! Qué asco. Podría ser tu hija.

—Pero no lo es.

—¡Mierda! No me lo creo... —Se masajeó las sienes—. ¡Esto es absurdo!

—Sé más maduro, León.

—¿Maduro? Actúas como si fueras el maestro de la justicia, pero eres un fraude.

—Tengo derecho a involucrarme con quien quiera.

—Pues no. —Pateó la mesa del salón, destrozando algunos de los adornos de cristal y agrietando la madera clara—. ¡Qué asco! Recuerda tu edad.

—León...

—Me dan ganas de vomitar. —Escupió en el suelo delante de mí.

—Basta...

—Me das asco. Me pregunto qué le dijiste para meterte en su cabeza. Fue dinero, ¿no? Le diste dinero, mucho dinero. Esa es la única manera de conseguir que esa puta acceda a acostarse con un viejo como tú...

No pude controlarme y le di un puñetazo.

—¡Cállate! ¡Respétala!

—¡Es una puta! Una puta que aceptó acostarse con un viejo.

Lo único que pude hacer fue darme la vuelta, ir hacia mi coche y salir de casa, o habría matado a mi propio hijo.

Creía que lo había visto todo en la vida y que estaba preparado para cualquier situación, pero nunca se me había pasado por la cabeza algo así. Todo este tiempo me estaba involucrando y enamorando de una mujer que una vez había estado con mi hijo. El ex novio que la acosaba, contra quien le había pedido que solicitara una orden de alejamiento.

La cabeza me estallaba y nunca me había sentido tan mal en mi vida. Sentía que tenía que llamarla, pero al mismo tiempo no sabía qué decirle.

La edad de Eglaia nunca fue una sorpresa para mí, nunca nos habíamos mentido sobre este detalle y nos parecía bien, pero su relación con León lo hacía todo aún más extraño e incómodo.

Debería haber aceptado desde el principio que no era la mujer para mí.

Demasiado joven...

Demasiado hermosa...

Yo era un viudo con medio siglo de vida que quería vivir y explorar el placer como un muchacho. Debería haber intuido que en algún momento la situación se me iría de las manos y me metería en problemas.

Me consideraba un hombre inteligente, pero nunca me había sentido tan tonto.

—¡Maldita sea! —rugí, mientras golpeaba el volante.


Eglaia

Capítulo 34

Llegué a la Acrópolis jadeando, sollozando y llorando. No podía parar ante la peor situación de mi vida.

¿Cómo podría haberlo imaginado?

León y Maximus eran hombres tan diferentes.

—¿Eglaia? —Me sorprendí cuando mi jefe se detuvo delante de mí—. ¿Va todo bien?

Asentí con la cabeza, frotándome los ojos con el dorso de la mano para contener las lágrimas.

—No parece... —Entrecerró los ojos, analizándome más de cerca.

—Estaré bien. —Prometí entre sollozos.

—¿Pasó algo en tu casa? ¿Con tu madre?

Negué con la cabeza.

—Acompañaré al grupo.

—No irás —dije enfáticamente—. En este estado solo oirán sollozos y jadeos. Italo está libre, irá con tu grupo.

—Pero... Pero...

—Cuando te hayas calmado, puedes quedarte con el siguiente grupo que venga.

—Gracias...

Me condujo al cubículo donde funcionaba la agencia y me sentó en una silla, entregándome un vaso de agua.

—Muchas gracias.

—En absoluto. Ahora dime, ¿qué está pasando? Nunca llegaste aquí así.

Tragué saliva, aunque sonaba fatal, sentía que necesitaba desahogarme y mi jefe era la persona más cercana.

—Descubrí que el hombre con el que salgo es el padre de mi ex.

—¿Qué? —gritó—. ¿Es una broma?

—No...

—¿Qué edad tiene este hombre, Eglaia?

—Cincuenta.

—¡Qué absurdo!

Me encogí, apretando el vaso desechable hasta aplastarlo. Debería haberme callado, pero ya era demasiado tarde.

—Este hombre no tiene edad para ti.

—¿No debería ser yo quien lo definiera? —Levanté la cabeza y le miré con ojos llorosos.

Mi jefe no podía responder.

Tenía que controlar mi desesperación, pero era muy difícil.



Maximus

Capítulo 35

—Su Señoría, ¿se encuentra bien? —preguntó mi secretaria, pero ni siquiera pude prestarle atención.

Me limité a asentir. Sentía que las sienes me iban a estallar.

Estaba muy disgustado.

Viejo pedófilo..., las maldiciones de mi hijo resonaban como tambores.

Sintiendo una culpa que me presionaba con el peso del propio mundo.

—¿Quiere que haga algo?

—Ayúdame a desaparecer.

—Pero... ¿qué? —Mi respuesta la dejó confusa.

—Tráeme un café.

—De acuerdo... —Se dio cuenta de que era mejor no insistir.

En cuanto salió de mi despacho, me incliné hacia delante y apoyé la frente en la mesa. Sin embargo, esto no ayudó; al contrario, lo único que pude sentir fue un peso aún mayor sobre mis hombros.

¿Qué diablos he hecho?

Había abandonado prejuicios y convenciones sociales para lanzarme a la aventura con Eglaia como si no hubiera consecuencias. Durante ese tiempo realmente no pensé que las hubiera. Estábamos en una burbuja en la que solo existíamos nosotros dos y nada más importaba.

El único problema era que había olvidado que en una hora estallaban todas las burbujas.

Rugí, dando un puñetazo en la mesa.

No sé cuánto tiempo pasé así antes de que Sofía volviera a la habitación.

—Su café, su Señoría.

—Gracias. —Extendí la mano para agarrarlo.

—Tiene un juicio...

—Lo sé, lo sé. —Ni siquiera la dejé terminar su frase.

—¿Necesita que haga otra cosa?

—No, no. —Tomé un sorbo de café—. Me recompongo y me pongo la bata.

—De acuerdo.

Mi mundo se había venido abajo con la muerte de Elena y no creía que nada volviera a dejarme tan destrozado.

Me equivoqué.


Eglaia

Capítulo 36

Juraba que él vendría tras de mí. Lo que habíamos vivido no podía borrarse así. Involucrarme con León había sido un error, pero Maximus era todo lo que yo quería. La gente podría decir que era demasiado mayor para mí, pero nunca me había sentido tan enamorada de alguien. Cuando estábamos juntos era mágico, inolvidable y muy intenso.

No quería que terminara, pero sucedió...

Pasaban los días y yo esperaba un mensaje, una llamada o cualquier señal de que seguía pensando en mí, pero no ocurría nada. Seguía haciéndome ilusiones con la posibilidad de que en algún momento apareciera con un ramo de rosas blancas —mis favoritas—y me pidiera perdón por haberse marchado. Todavía podría montar un poco de escándalo, pero me lanzaría a sus brazos y le besaría como si nada más importara.

A medida que pasaba el tiempo, este sueño se hacía cada vez más improbable. Abrí la aplicación de mensajería, pero el "en línea" nunca se transformaba en "escribiendo". Hasta que una noche, después de casi dos semanas sin hablarnos, no pude soportarlo y le envié un mensaje.

Eglaia:

Has desaparecido.

Maximus:

Eglaia...

Eglaia:

Te echo de menos.

Maximus:

Ya no podemos hacer esto.

Eglaia:

Nunca mentimos sobre nuestras edades y nos pareció bien.

Maximus:

La situación se complicó.

Eglaia:

Antes de conocerte, ya le había dicho a León que no teníamos nada.

Maximus:

Aún así, es mi hijo.

Eglaia:

No importa. Te amo.

Maximus:

Eso no es cierto, simplemente estábamos deslumbrados por el momento.

Eglaia:

Conozco muy bien mis sentimientos.

Maximus:

Eres joven, guapa y tienes toda la vida por delante.

Eglaia:

No puedes romper conmigo así.

Maximus:

Nunca dije que estuviéramos saliendo.

Eglaia:

Pero teníamos algo que nos gustaba mucho a los dos.

Maximus:

Incluso las cosas buenas llegan a su fin.

Fue bueno que nos diéramos cuenta de que era un error antes de que fuera demasiado lejos.

Eglaia:

No tiene nada de malo.

Maximus:

Sabes que no es verdad.

Eglaia:

¿No sientes nada por mí?

Maximus:

Solo me estaba divirtiendo.

Eglaia:

¡Cretino!

Maximus:

Te pido disculpas.

Con las lágrimas mojando la pantalla de mi móvil, no pude seguir enfrentándome a él. Le di la vuelta sobre el colchón y me entregué al llanto desesperado.

—No es justo —me grité con la cara pegada a la almohada.

Estaba frustrada, decepcionada y emocionalmente destrozada.

Maximus podría incluso decir que no fue una ruptura, pero sentí como si me hubieran dado una patada en mis zonas íntimas.



Maximus

Capítulo 37

—¡Todo es culpa tuya! —León lanzó algo en mi dirección que no pude identificar, simplemente lo esquivé antes de que chocara contra la pared de la habitación.

Mi hijo resoplaba, completamente alterado y eso no ayudó a mi momento.

—¿De qué estás hablando?

—¡Le llenaste la cabeza!

—No digas tonterías.

—Es culpa tuya que Eglaia me diera la espalda.

—Lo hizo sola.

—¿Cómo puedes ser tan repugnante? —Avanzó hacia mí, empujándome los hombros y le agarré las muñecas antes de que intentara golpearme y la situación empeorara aún más—. Robarle la novia a tu propio hijo.

—¡No lo sabía!

—Lo dudo.

—Lo juro.

—¡Sigue siendo asqueroso! —Luchó para que lo dejara ir—. Tiene veinte años. ¡Veinte!

—Ya es mayorcita para tomar sus propias decisiones.

—¡Me das asco!

—¡Deja de gritarme, chico! —Yo también alcé la voz, pues la situación se me iba completamente de las manos.

—Estoy seguro de que la idea de la orden de alejamiento fue tuya. Ahora ni siquiera puedo acercarme a ella sin que me arresten.

—Tú provocaste eso.

—No fue suficiente que me quitaras a mi madre. Ahora has hecho lo mismo con Eglaia.

—No te quité a Elena.

—Asesino...

Las acusaciones de León se hicieron cada vez más pesadas y me dejaron profundamente deprimido. No era culpa mía, pero era imposible no sentirse fatal ante las palabras de mi propio hijo.

Yo iba al volante, pero no pude evitar que un vehículo que circulaba en sentido contrario chocara contra nuestro coche. El conductor, un hombre de unos setenta años, había sufrido un infarto mientras conducía, perdió el control y nos golpeó de frente. Intenté desviarme para pasar el coche al arcén, pero aun así recibimos un fuerte golpe, sobre todo en el lado del carro, donde estaba Elena. Yo solo salí con algunos moratones, pero mi mujer murió en el acto.

León estaba en casa de mis padres y solo se enteró de la tragedia después. Sin embargo, nunca me perdonó lo ocurrido, actuando como si yo fuera la culpable de la muerte de su mamá. Decidió convertirme en un villano y nuestra relación no hizo más que empeorar. Todos mis intentos de reconciliación fueron infructuosos y él se distanció cada vez más.

Eglaia fue la gota que colmó el vaso...

Enamorarme de nuevo parecía haber destruido mis posibilidades de recuperar a mi hijo de una vez por todas. A pesar de sus duras palabras, no debería haberme planteado siquiera involucrarme con una mujer tan joven.

—Tienes que quitármela —me exigió, devolviéndome al presente y a nuestra discusión.

—¿Cómo?

—La orden de protección contra mí.

—No soy el juez a cargo, incluso si lo fuera, no puedo. Si sigues persiguiéndola así sin control, acabarás en la cárcel.

—Eso es todo lo que quieres.

—¡Claro que no! León, hijo mío, tienes que dejar de actuar así.

—¿Cuándo dejarás de quitarme todo?

—Solo quiero que estés bien...

—¡Mentiroso! —Me dio la espalda y salió de la casa, lo que hizo que se me oprimiera aún más el pecho, porque sabía que podía meterse en problemas en la calle.

Cada vez que discutíamos así, me sentía el peor padre del mundo, fracasando estrepitosamente en cada intento de acercarnos o de hacerle tomar mejores decisiones para su vida.

Era como si no supiera ser padre y éste fuera el proyecto más fallido de mi existencia.

Al darme cuenta de que no iba a volver, me tiré de nuevo en el sofá, masajeándome las sienes palpitantes.


Eglaia

Capítulo 38

3 meses después...

Dicen que lo mejor de tocar fondo es que la situación no puede empeorar. Pensé que había alcanzado ese fondo cuando Maximus rompió conmigo tras enterarse de que ya me había acostado con su hijo, pero me di cuenta de que había más margen para caer cuando mi retraso menstrual se sumó al malestar.

Hice caso omiso de la ausencia de la menstruación, pensando que podría tratarse solo de estrés y tristeza por lo ocurrido. Mi ciclo nunca había sido muy regular, pero meses después no podía seguir actuando como si fuera a llegar en algún momento y todo fuera a ir bien.

Aquella mañana me desperté como si el mundo me diera vueltas y con un terrible dolor de cabeza. Corrí al baño y me incliné sobre el retrete, vomitando lo que había cenado.

Oh, no...

La primera vez que me vino a la cabeza la palabra embarazo, intenté alejarla con todas mis fuerzas, pero evitar lo inevitable solo empeoraría la situación más adelante. Antes de ir al trabajo me hice un test y el resultado no fue diferente.

¡Embarazada!

Me sentí como una idiota por no haberme molestado en usar preservativo con Maximus. Era una ingenuidad que estaba siendo castigada en su totalidad.

Le envié un mensaje antes del trabajo que nunca fue contestado.

Eglaia:

Tenemos que hablar. Por favor, tenemos que hablar.

No sabía cómo iba a arreglármelas sola y mi sufrimiento era cada vez peor.

Me fui a trabajar y, cuando llegué, esperé a mi madre en nuestra pequeña mesa de comedor con espacio para cuatro personas. Sabía que se pondría furiosa cuando se enterara, pero no había forma de ocultarlo. Mi barriga no tardaría en crecer y la realidad quedaría al descubierto.

—¿Todavía estás despierta? —preguntó mi madre al entrar por la puerta del salón.

—Te estaba esperando.

—No tenías que hacerlo.

—Sí, tenía... —Acerqué una silla y se la indiqué—. Toma asiento.

—¿Qué te pasa? —Arqueó las cejas, confundida.

—Siéntate, mamá.

Dejó su bolso en el sofá y cumplió mi orden, acomodándose frente a mí.

—¿Está todo bien?

Asentí con la cabeza.

Había pensado en muchas maneras de decírselo, pero ninguna parecía lo bastante buena o suficiente para suavizar su reacción. Así que pensé que lo mejor sería ir directamente al grano.

—Mamá, estoy embarazada.

—¿Cómo? —Dio un salto que casi la hizo caer de la silla—. Esto es una broma, Eglaia.

—No, mamá.

—Eglaia, acabas de cumplir veintiún años. No tienes edad para ser madre.

—Me tuviste a los veintitrés, mamá.

—Pero eran otros tiempos y yo ya estaba casada. ¿Quién es el padre de este bebé? Uno de esos niños que solo quieren disfrutar de la vida que conociste en una fiesta.

Negué con la cabeza.

—¿Sabes siquiera quién es el padre de ese bebé? —Fue ofensivo, pero mi madre estaba enfadada y tenía razón.

—Lo sé...

—¿Quién es?

—Se llama Maximus.

—Si no lo conociste en una fiesta, ¿dónde lo conociste?

—Un día salía de la comisaría y me encontré con él. Me invitó a tomar un café, después acepté una invitación para salir y acabamos relacionándonos.

—¡¿Comisaría?! ¿Qué estabas haciendo en la comisaría?

—Fue otro lío, pero ya está todo arreglado.

—¿Este hombre tiene trabajo?

—Es juez.

—¡Oh! —Mi respuesta la sorprendió—. Al menos ha tomado un buen camino en la vida. Es una profesión difícil, sobre todo cuando eres joven.

—No es tan joven, mamá —dije temerosa. Su expresión ya no era buena, pero tendía a empeorar cuando se enteraba de todos los detalles.

—¿Cuántos años tienes? ¿Unos treinta?

Negué nuevamente.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Cincuenta.

—¡Es absurdo! Mi niña se involucró con un hombre de unos cincuenta años.

—Ya no soy una niña pequeña, mamá.

—Y sin embargo. ¡Es mayor que yo!

—Es un detalle menor.

—Todo es importante. No podría involucrarse contigo.

—Mamá, soy una persona adulta.

—No lo parece.

Respiró hondo y apoyó ambas manos en la mesa para recuperar el aliento mientras probablemente ponía en orden sus pensamientos para no perder la calma conmigo.

—¿Y qué van a hacer ahora?

—No lo sé.

—¿No hablaste con él de eso?

—Llevábamos unos meses sin hablarnos, cuando se enteró de que su hijo y yo teníamos una historia... ¡Mamá! —grité mientras ella caía de lado y se desplomaba.

No esperaba ese desmayo, así que me esforcé por levantarla del suelo y acomodarla en el pequeño sofá. Mi madre estaba moderadamente en forma, pero yo estaba débil y tuve que hacer un gran esfuerzo.

Después de conseguir que se incorporara, tomé un vaso de agua y le eché un poco en la cara con la mano hasta que se despertó.

—Mamá, sé que no era lo que esperabas, pero te prometo que todo irá bien.

—Esperaba que fuera un mal sueño —murmuró mientras tomaba su vaso de agua y bebía unos sorbos.

—Me las arreglaré.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé.

—Ah, hija, qué lío —murmuró, masajeándose las sienes.

—Lo siento. —Me encogí de hombros, me senté a su lado en el sofá y mi madre me abrazó.



Maximus

Capítulo 39

Petros, mi hermano, me había invitado a tomar un café y acepté.

En los últimos meses no había ido a ninguna parte. Volvía a casa del juzgado e intentaba evitar discusiones con León. Pero hiciera lo que hiciera, él seguía agresivo y enfadado.

Con la orden de protección de Eglaia a punto de expirar, me puse en contacto con la abogada que había contratado y le pedí que se encargara de renovarla. No podía permitir que León, alterado como estaba, volviera a acercarse a ella.

Seguía esperando que se olvidara de Eglaia y encontrara a otra mujer, con la esperanza de que pudiéramos dejar esto en el pasado y superarlo juntos. Sin embargo, no hacía más que alimentar una tonta ilusión.

Llegué al café un viernes por la tarde y el local estaba muy lleno, probablemente la hermosa vista de la playa atraía a muchas personas, pero pronto localicé a mi hermano y se levantó para darme un abrazo.

Volvimos a sentarnos y sonrió.

—A veces ni siquiera parece que vivamos en el mismo país —afirmó.

—La vida tiende a engullirnos.

—Dímelo a mí, pero nos veríamos más a menudo si no hubieras dejado el negocio familiar.

—Nikos y tú se han ocupado muy bien de todo.

—Hicimos un esfuerzo. —Se encogió de hombros.

—Apuesto a que sí, pero no me imagino que organizaras esta reunión para pedirme mi opinión sobre negocios. A menos que estuvieras involucrado en un asunto criminal. Lo que honestamente espero que no.

—No. —Se rió.

—Así está mejor. —Dejé escapar un suspiro de alivio.

Se acerca un camarero y pedimos nuestro café. Mientras tanto, Petros recuperó el aliento para continuar la conversación.

—Mi matrimonio se está desmoronando —dijo.

—No soy la mejor persona del mundo para hablar de relaciones.

—Estabas felizmente casado.

—Hasta que Elena murió, entonces mi vida fue cuesta abajo y descubrí lo mal padre que era.

—¿Sigues teniendo problemas con León?

—Los problemas se quedan cortos.

—Ya está grande para dar problemas.

—No consigo que lo entienda. Todo empeoró cuando se enteró de que salía con una mujer.

—Estupendo. Tienes todo el derecho a volver a salir e incluso a casarte.

—Pero empecé mal, muy mal...

—¿Qué quieres decir? ¿Descubriste que era una cazafortunas? —Se echó a reír.

—No, ella es fantástica. Hermosa, divertida...

—Estás describiendo a una mujer perfecta. No puedo entender el problema.

Nos sirvieron los cafés y me tomé un descanso para dar un sorbo a mi taza. Estábamos allí para hablar de los problemas de mi hermano, pero enseguida desvié el tema.

—El problema es que tiene veinte años y ya estuvo con mi hijo.

—¡Mierda! —Petros se atragantó con el café—. ¿Me tomas el pelo?

—Me gustaría, pero no lo hago.

—Es la cosa más loca que he oído nunca.

—León cree que yo tengo la culpa de que ella lo dejara.

—¿Y fue así?

—¡No! Al menos no debería serlo...

—¿Tienes idea de lo loco que es eso? Una mujer de veinte años te prefiere a ti antes que a tu hijo. ¿Quién lo diría? —Se inclinó para darme una palmada en el hombro—. Tu ego debe estar inflamado por esta noticia.

—León no está en su mejor momento. La acecha y la amenaza.

—¡Eso es terrible!

—Lo peor de todo esto es que no sé qué hacer para ayudar a mi hijo. Está cayendo por un precipicio y no puedo tirar de él hacia atrás.

—No tengo hijos, parece que por eso se va a acabar mi matrimonio, pero ¿no crees que ya es hora de que se ocupe de sí mismo? León es un adulto.

—Me culpa de todo...

—Culpar a la gente es una forma fácil de afrontar los problemas, pero sabes que no siempre los resuelve. Entiendo que quieras protegerlo, pero es hora de que lo dejes levantarse.

—Temo que se caiga desde muy alto.

—Aun así, ¿no crees que tiene que aprender que es su responsabilidad?

—No es fácil.

—No me lo imagino... —Se detuvo a beber su café—. Pero hablemos de algo mejor. Tu novia de hace veinte años.

—No es mi novia. —Sacudí la cabeza—. Hace unos meses que no la veo.

—¿Por qué no?

—Cuando descubrí que ella y León tenían una historia, me di cuenta de que no podía empeorar la relación con mi hijo por culpa de una mujer.

—¿Y estás mejor?

—Estoy fatal —admití, poniendo las manos sobre la mesa.

—Así que dejarla no era la solución.

—¿Cómo puedo estar con ella? Soy demasiado viejo para aventuras, Petros. Fue divertido, pero necesito darme cuenta de mi propia realidad. Además, nos conocimos en un momento en que ella era frágil y yo probablemente solo un apoyo.

—¿Te lo ha dicho?

—No.

—Son solo suposiciones.

—Sí.

—No soy el juez aquí, pero no creo que se pueda dar un veredicto sobre esto. ¿No se necesitarían pruebas?

—No estamos en los tribunales.

—Pero parece que te juzgas a ti mismo.

—Vinimos a hablar de tu matrimonio y lo que pasó con Eglaia ya no importa. Está en el pasado.

—Si así lo quieres. —Se encogió de hombros.

—Es lo mejor... Háblame de ti.

—Los tratamientos hormonales, la fertilización in vitro y todas las peleas me están arruinando. He intentado convencerla para que desista, pero cada vez me cuesta más.

—¿Y tú quieres un hijo?

—Quiero paz.

—Somos dos.

—¿Por qué decidimos casarnos?

—Las mujeres nos convencen.

—¡Ah, sí! —Esbozó una sonrisa forzada—. Creo que necesito otro café.

—Lo necesitamos.

—¡Camarero!

Pasé varias horas en aquel café charlando con mi hermano y me vino bien desahogarme, aunque mis desavenencias con León seguían sin resolverse. Dejar que mi hijo lidiara con su propia irresponsabilidad seguía pareciéndome muy cruel, pero quizá era necesario.


Eglaia

Capítulo 40

Desde que me enteré de mi embarazo, había intentado decírselo a Maximus, pero fue en vano. Me ignoraba. No respondía a mis llamadas ni a mis mensajes.

Una vez intenté ir al juzgado a reunirme con él, pero los de seguridad ni siquiera me dejaron pasar. No importaba lo que intentara decir, era como si Maximus les hubiera dicho que me prohibieran el paso.

Me sentía cada vez más abandonada y sola.

Mi madre quería ayudarme y lo intentaba, esforzándose aún más para comprar el ajuar del bebé, pero no dejaba de repetirme lo tonta que había sido al enamorarme de alguien que solo me había utilizado. Aunque me dolía mucho, no tenía argumentos para decirle que estaba equivocada.

A punto de cumplir los cinco meses de embarazo, ya no podía ocultar mi barriga. Las blusas holgadas no bastaban. Tuve que decírselo a mi jefe, que no estaba muy contento, pero no había nada más que hacer.

Todavía podía moverme bien y caminar como antes, así que me esforcé por seguir trabajando, tenía intención de hacerlo hasta el último día, porque necesitaría mucho el dinero y sabía que cuando naciera el bebé todo se complicaría.

Estaba embarazada de una niña y, a pesar de toda la locura, no podía dejar de pensar en cómo sería por fin tenerla en mis brazos.

Ese día, estaba sentada dentro de la agencia, disfrutando del aire acondicionado, cuando sentí que la bebe se movía dentro mío y puse la mano en el lugar donde se me había formado un bulto en la piel.

—Hola, Selene, ¿estás despierta?

Siempre me ha gustado la luna y pensé que ese nombre sería perfecto para mi pequeña, sobre todo si tenía los ojos azules de Maximus.

—Eglaia, tu grupo ya está fuera —dijo mi jefe mientras se acercaba a mí.

—Ah, voy para allá.

—¿Necesitas ayuda para levantarte?

—No, no la necesito. —Me apoyé en el brazo de la silla—. Estoy bien.

Ya no podía doblar el abdomen como antes, pero me estaba adaptando a una nueva forma de moverme.

El embarazo tenía sus retos, pero sentía que lo estaba llevando bien. Mis análisis mostraban que estaba sana y las terribles náuseas habían pasado, dejando solo un ardor de estómago que se intensificaba cada semana. Bebía agua con gas y limón para aliviarla, subiendo y bajando la botella.

El grupo de turistas esperaba fuera, diez personas que parecían hablar español y estaban muy emocionadas. Cuando me acerqué a ellos, los saludé en inglés y me sonrieron.

—Oh, ¡estás embarazada! —exclamó una mujer con ropa deportiva y gorra.

—Lo estoy. —Sonreí torpemente mientras me acariciaba el vientre.

—¡Felicidades!

—Gracias. —Inmediatamente, abrí el camino—. ¿Empezamos el recorrido?

—Admiro a quienes pueden trabajar así —prosiguió ella.

—Yo hice ejercicio hasta el último mes —dijo otro miembro del grupo.

Toda la conversación transcurrió en inglés, hasta que llamaron a mi nombre en acento griego y me produjo un escalofrío.

—¡Eglaia!

Respiré hondo e intenté no darme la vuelta. Había pasado tanto tiempo que no podía imaginarme volver a oír aquella voz.

Lo ignoré e hice que el grupo me siguiera.

—Eglaia, te estoy hablando. —León se acercó a mí, me agarró del brazo y me hizo

girarme hacia él—. ¿Pero qué demonios...? —Abrió mucho los ojos y me miró fijamente.

—¡Suéltame! —Intenté esquivar su agarre tirando de mi brazo.

—¿Desde cuándo estás embarazada?

—¡No es asunto tuyo! —rugi.

—¿De quién es?

—No tengo que hablar contigo de nada de esto. Además, hay una orden de protección que te dice que te alejes de mí. Ni siquiera deberías estar aquí.

—Debería haberse renovado por tercera vez, pero no fue así.

Tragué saliva.

—Jovencita... —Se acercó la mujer del grupo. Probablemente no entendió mi discusión en griego, solo el tono alterado de León y mi expresión de asombro—. ¿No nos vamos ya?

—Sí, lo haremos.

—No irás a ninguna parte. —León me agarró de nuevo—. ¡Puta! ¿Acostarte con mi padre no fue suficiente?

Molesta, le di una bofetada, pero esto no hizo más que empeorar la situación, porque León me empujó hacia atrás, haciéndome caer. Antes de que pudiera abalanzarse sobre mí y hacerme algo peor, los turistas y otras personas allí reunidas lo detuvieron.

Ni siquiera podía pensar con claridad, porque empecé a sentir un dolor tan intenso que me hacía gritar y retorcerme.

—Mi bebé...



Maximus

Capítulo 41

—¿Otra vez detenido? —Contesté al teléfono malhumorado cuando el ayudante del comisario me informó sobre mi hijo.

Había tenido tiempo suficiente para pensar en nuestra relación y aceptar que ya no podía intentar arreglar sus decisiones equivocadas y sus errores. León tendría que cuidar de sí mismo y yo no me involucraría.

—Desgraciadamente, sí. Agredió a una mujer embarazada que tenía una orden de protección.

—Embarazada... Orden de protección... ¿Eglaia?

—¿La conoce, su Señoría?

—Sí... creo que sí... ¿Cómo está?

—Fue ingresada en el hospital para recibir ayuda. Eso es todo lo que sé por el momento. Su hijo ha sido llevado a comisaría y será acusado de agresión.

—¡Siga con el proceso!

—¿Seguro?

—No usaré mi influencia para encubrir más errores de mi hijo. Si ha cometido un delito, tiene que pagar por ello.

—Así es, gracias.

—¡Un momento! —grité antes de que colgara—. ¿Dónde está Eglaia?

—La enviaron al servicio de urgencias del hospital general.

Estaba en el juzgado, demorado para irme a comer, pero me levanté en un santiamén, me quité la bata y abrí el cajón para tomar la llave de mi coche.

—¿Qué ha pasado, su Señoría? —preguntó Sofía mientras yo me dirigía hacia la puerta.

—Voy al hospital.

Ni siquiera tuvo tiempo de preguntarme por qué, antes de que me perdiera de vista. Me apresuré en ir hacia el coche y conduje hasta el hospital lo más rápido que pude.

Aparqué de cualquier manera y atravesé las puertas de urgencias, buscándola entre la gente que esperaba ser atendida en las sillas.

—¡Eglaia!

No había ni rastro de ella y no sabía si sentirme aliviado o aún más tenso.

—Señor —se me acercó una de las empleadas del hospital—. Este no es un lugar para gritar.

—Lo siento. Necesito encontrar a Eglaia, ella vino aquí.

—¿Seguro?

—Eso es lo que me dijo la policía.

—¿Conoce su apellido?

—¡Maldita sea! ¡No!

—Veré lo que puedo hacer.

—Gracias.

—En absoluto.

Esperé impaciente mientras ella se dirigía a un mostrador y comprobaba la información en su ordenador.

—Tenemos a una chica llamada Eglaia que ingresó hace poco más de una hora. Ha sufrido una caída y ha perdido sangre. Le están haciendo pruebas para comprobar su estado, pero eso es todo lo que puedo decir.

—¿Puedo verla?

—Todavía no.

Maldije en voz baja, impaciente y angustiado.


Eglaia

Capítulo 42

Tenía mucho miedo de lo que pudiera pasarle a mi Selene. Si no hubiera sido por el embarazo, no habría sentido nada con aquella caída, pero el dolor fue muy profundo, como si intentaran arrancarme la barriga.

Cuando llegué al hospital, estaba muy desesperada, llorando y gritando. El poco de sangre que vi en mis pantalones no hizo más que aumentar mi desesperación.

—Por favor... Por favor... —supliqué—. Salva a mi bebé.

—Vamos a hacerle unas pruebas para ver cómo está.

—¡Mi mamá! ¡Quiero ver a mi mamá!

Yo sabía que ella trabajaba en ese hospital y que probablemente estaba en su turno y en ese momento realmente necesitaba su apoyo.

—¿Quién es tu madre?

—Melina Galanis.

—La enfermera.

—Sí... ¡ah! —Sentí otra punzada de dolor, que no hizo sino estrujarme aún más el corazón y aumentar mi desesperación—. No es el momento, mi bebé no puede nacer ahora.

—Cuidaremos de ti.

—Por favor...

Mientras empujaban la camilla en la que estaba por el pasillo, yo solo podía angustiarme más. Solo mejoraría cuando me dijeran que todo iría bien con mi bebé.

Estaba en la sala de ecografías cuando mi madre apareció a mi lado y me tomó de la mano.

—¿Qué ha pasado?

—Me empujaron.

—¿Y el bebé?

—Aún no lo sé.

Las dos miramos al médico que me estaba haciendo la ecografía en el vientre para comprobar el estado de salud de mi hija. Ya me habían hecho esta prueba antes, pero la ocasión era muy diferente.

—Se ha producido un desprendimiento de placenta. El médico responsable debe recomendar reposo estricto en cama y medicación para prevenir las contracciones uterinas.

—Pero, ¿se pondrá bien mi bebé?

—Todo dependerá de las próximas horas.

—Tengamos fe, cariño. —Mi madre me apretó aún más la mano.



Maximus

Capítulo 43

Estaba sentado en una de las incómodas sillas de la recepción. Inquieto, golpeaba frenéticamente el suelo con el pie, pero nada podía vencer la sensación de malestar que me invadía.

Algo le había pasado a Eglaia por culpa de mi hijo y yo estaba allí sin noticias.

—Señor... —la misma mujer que me había recibido se me acercó de nuevo mucho tiempo después.

Levanté la cabeza para mirarla con ojos suplicantes.

—¿Dónde está?

—Acaban de llevarla a la enfermería y puede verla.

—Gracias. —Me levanté enfadado—. ¿Adónde voy?

—Ascensor en la quinta planta.

Seguí sus instrucciones y me dirigí a la habitación donde se suponía que estaba Eglaia. Mi corazón se aceleraba ante las posibilidades de lo que podría haberle ocurrido.

León estaba cada vez más irritable y fuera de control, y podía pasarse de la raya en cualquier momento. Aunque creía que lo correcto era alejarme de ella, no podía dejarla desprotegida y me culpaba por ello.

En cuanto salí del ascensor, miré a mi alrededor, buscando la sala donde estaba ella. Fue entonces cuando oí un susurro que podría haber sido su voz y me dirigí en esa dirección, entrando en la sala y viendo algunas camas de hospital.

Miré a mi alrededor hasta que la vi. Recostada, acompañada de una mujer mayor, parecía muy demacrada en comparación con la joven brillante y vivaz que yo recordaba.

—¡Eglaia! —la llamé, de pie a unos metros de distancia, y llamé su atención.


Eglaia

Capítulo 44

Pensé que mis ojos me estaban jugando una mala pasada cuando vi a Maximus allí de pie, mirando en mi dirección. Era un espejismo, o un producto de mi imaginación. De tanto intentar contactar con él en los últimos meses, me había convencido de que no volvería a verlo.

El juez caminó hacia mí, acercándose cada vez más, demostrando ser real cuando se detuvo junto a mi cama y me tocó la mano. Era el mismo pelo gris y los mismos vibrantes ojos azules que yo recordaba tan bien.

—¿Te encuentras bien? —preguntó en voz baja, como si intentara procesar algo.

—No —respondió mi madre—. No está nada bien. ¿Y tú quién eres?

—Yo... —Tragó saliva como si buscara las palabras adecuadas para responderle, pero no las encontró.

—Mamá... —Le llamé la atención—. Este es Maximus.

—El viejo pervertido que abusó de mi hija. —Apretó los dientes, adoptando una postura aún más ofensiva.

—¡Mamá! —le grité.

—Tal vez yo tenga la culpa de eso. —Bajó la cabeza, mirando al suelo.

—No es que no supiera su edad. Yo quería involucrarme y nadie me obligó. No puedes culparlo, mamá.

—¡Sí que puedo!

—¡Mamá! ¡Mamá! —grité mientras una oleada de dolor me recordaba que algo me pasaba.

—Eglaia, tienes que estar tranquila y descansar. —Me reprochó con mirada seria.

—Entonces deja de pelearte con él —le pedí en voz baja, poniendo las manos sobre mi

abultado estómago.

Pensaba que tenía razones para estar enfadada con Maximus, pero no eran las que esgrimía mi madre. Estaba triste porque había roto conmigo por mensaje de texto, nunca apareció y ni siquiera me dejó decirle que estaba embarazada.

—Tú... —Se quedó perplejo, mirándome el vientre mientras parecía atar cabos en su mente. —¿Es mío?

—¡Sí! —respondí monosilábicamente.

—¿Por qué no...? —se detuvo a mitad de la frase—. ¡Maldita sea!

—Intenté hablar contigo. Hice todo lo que pude, pero me bloqueaste y me ignoraste por completo después de aquel día en tu casa.

—No quería que fuera así...

—Tengo mis dudas. —Cerré los ojos y me puse seria.

Aunque mi corazón saltó al verle allí, estaba muy disgustada por la forma en que me había tratado y no sabía si lo perdonaría tan fácilmente.

—Fue después de oír hablar de ti y de León cuando me di cuenta del gran error que estaba cometiendo.

—Un poco tarde, ¿no crees? —refunfuñó mi madre.

—Eso parece. —Respiró hondo al admitirlo—. Mi intención nunca fue hacerte daño, Eglaia.

—Pero me dolió. —Apreté los dientes, intentando contener las lágrimas que sus palabras provocaban—. Me dolió mucho.

—Lo siento. —Agachó la cabeza, con un aire de culpabilidad que me convenció, pero no supe si fue suficiente para asegurarme de que todo iría bien.

—¿Crees que es suficiente con venir aquí y disculparse? —gritó mi madre—. Será mejor que se vaya y deje en paz a mi hija.

—¡Mamá!

—Te estoy cuidando. Deberías haberte dado cuenta antes de que te estabas involucrando con un...

—¡Mamá! —volví a gritar antes de que dijera una estupidez y ella retrocedió, dándose cuenta de que así podía empeorar aún más mi situación—. Vete y déjanos en paz un momento.

—Pero...

—Por favor —La miré suplicante.

Mi madre me miró unos instantes y luego asintió brevemente.

—Te traeré un vaso de agua.

—Gracias.



Maximus

Capítulo 45

Darme cuenta de que estaba embarazada me hizo sentir aún peor. Había creído, o me había esforzado en convencerme, de que alejarme era lo mejor para los dos. Era guapa y demasiado joven, se merecía un hombre a su altura, no alguien tan viejo y lleno de cicatrices como yo, incapaz de contener a su hijo y de minimizar sus propios problemas.

—Creía que estabas bien —dije, intentando sentirme menos culpable por la situación.

—¿Te parezco bien? —respondió con dureza.

Negué con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? ¿Se pondrá bien el bebé?

—No lo sé. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y me di cuenta de que había tocado un tema muy delicado—. Me dijeron que se me había desplazado la placenta y que tenía que guardar reposo absoluto, y me dieron medicación para que no naciera prematura.

—¿Ella? ¿Es una niña?

Eglaia movió la cabeza afirmativamente.

—¿Me permites? —Alargué la mano para tocar el bulto de su estómago, cubierto por la bata de hospital.

Me miró fijamente durante unos instantes antes de sacudir ligeramente la cabeza afirmativamente.

Le toqué ligeramente el estómago y sentí una breve patadita dentro que me hizo sonreír.

Pensaba que era demasiado viejo, que no podría volver a vivir momentos así, pero Eglaia fue como un soplo de vida, que me empujó hacia adelante y me mostró que aún quedaba mucho por experimentar.

—Hola, niña...

Al oír mi voz, el bebé volvió a moverse en la barriga de Eglaia.

—Creo que es mejor que se quede quieta.

—Discúlpame. —Me alejé torpemente.

Me quedé mirándola unos instantes hasta que me armé de valor para preguntar.

—¿Qué te hizo León?

—Me empujó y habría sido peor si los turistas no lo hubieran detenido antes de que llegara la policía.

—Lo siento.

—No creo que sea culpa tuya. No debería haberme involucrado con él.

—Es mi hijo y no lo he educado bien. Cada vez que pienso en ello me doy cuenta de lo mucho que he fallado como padre.

—No es como si León fuera todavía un niño. Es mayor y responsable de sus propias decisiones, igual que yo —me encaró, haciéndome tragar saliva.

Antes de que la conversación tomara otro cariz, un equipo médico vino a examinarla y le hizo algunas preguntas. También aprovecharon para medir sus constantes vitales y las del bebé.

Aproveché para preguntar por su estado. Estaba preocupado y quería hacer algo, aunque no supiera qué.

Eglaia era una mujer joven y sana, pero gracias a la caída, su embarazo se había vuelto de riesgo. Tendría que permanecer hospitalizada hasta el final del embarazo, recostada y bajo la supervisión de profesionales para garantizar su salud y la de su bebé.

La sanidad pública en Grecia no era mala, pero sentí que debía proporcionarles una atención más dedicada. Así como un lugar mejor donde alojarse que no fuera una cama dura e incómoda.


Eglaia

Capítulo 46

Pasé una semana en ese pabellón. Aunque me esforzaba por no quejarme, no podía soportarlo más. Como persona activa que soy, me gustaba caminar, sentirme útil y hacer algo que no fuera ver la televisión todos los días.

Maximus venía a visitarme y a veces pasaba la noche conmigo cuando mi madre tenía que estar de guardia. Aunque me sentía mal por lo que había pasado, estaba contenta de tenerlo cerca. Si hubiera sido por mí, él nunca se habría alejado.

León era un tema que evitábamos, aunque yo sabía que estaba preso por lo que me había hecho. De un momento a otro oía que llamaban a Maximus para hablar de él, tal vez parientes que yo no conocía.

Debido a sus otros antecedentes, León fue condenado hace un año. Aunque veía la cárcel como el peor destino posible, me alivió saber que no aparecería para amenazarme a mí o a mi bebé.

Aquella mañana, una enfermera me había ayudado a ir al baño y volví a la cama, viendo un programa matinal que me aburría. Sin embargo, me sorprendí cuando Maximus entró en la habitación llevando un ramo de rosas.

—Qué bonito, ¡gracias!

—Para nada. —Se acercó a la cama y me besó en la frente—. ¿Nos vamos de aquí?

—¿Irme? —Fruncí el ceño, confusa—. No puedo salir. Necesito descansar los próximos meses hasta que nazca Selene.

—Te llevo a mi casa. Durante la semana he equipado una de las habitaciones con todo el equipo que necesitan para monitorizarte y he contratado a una enfermera.

—Maximus, no necesitabas eso.

—Es lo menos que puedo hacer.

Me quedé atónita, sin palabras para expresar lo que sentía ante aquella sorpresa. A pesar de mis temores por quedarme en su casa, no veía la hora de salir de aquel hospital.

—Tengo que avisar a mi madre.

—Ella ya lo sabe. —Mi sorpresa no hizo más que aumentar—. Me ayudó con todos los detalles y pidió una licencia para cuidar de ti.

Apenas había terminado de hablar cuando apareció mi madre con un enfermero empujando una camilla.

—La ambulancia está lista —anunció.

Miré a mi madre y sonreí.

Me ayudaron a salir de la cama y a subirme a la camilla, que luego fue introducida en la ambulancia. Maximus y mi madre me acompañaron a la pequeña enfermería instalada en su mansión.

La sala estaba en el primer piso y podría haber sido un cine privado, pero aparte de la enorme pantalla que había en una de las paredes, el ambiente había cambiado por completo. Seguía teniendo la sensación de estar en un hospital, pero en una sala mucho más grande y cómoda.

—Pensando en lo que podrías hacer para pasar el tiempo, compré algunos libros y un cuaderno. Puedes usar Internet, jugar o incluso escribir un diario.

—¡Muchas gracias!

—Ahora tengo que ir al juzgado, pero si necesitas algo llámame.

Mi madre y yo nos miramos, pero ninguna de las dos dijo nada hasta que él le dio la espalda y se fue.

—Al menos está siendo lo suficientemente decente para hacer lo que tiene que hacer. Aunque haya tardado demasiado.

—¿Crees que lo correcto es montar un mini hospital para recibirme?

—¡No! Se trata de cuidar de ti y de la bebé. Cometió un error y ahora tiene que lidiar con

las consecuencias.

—Mamá, basta.

—¿Cómo? —Se hizo la tonta.

—Actúas como si fuera el único culpable de la situación.

—Es el mayor culpable.

—Pero yo sabía en lo que me estaba metiendo.

—Aún eres una niña.

—¡Mamá! No querrás ponerme nerviosa, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces basta.

Con los labios torcidos, no dijo nada más. Le parecía más fácil creer que me habían coaccionado que decir que yo era responsable de mis actos.

—¿Por qué no me ayudas a acostarme y me traes algo de comer?

—De acuerdo.

Después de que mi madre me acomodara en la cama y se alejara, respiré hondo. Ya sentía que la barriga me pesaba una tonelada y cuanto más tiempo pasaba sin hacer ejercicio, más empeoraba.

No veía el momento de tomar a mi hija en brazos y poner fin a todo ese reposo.



Maximus

Capítulo 47

Me gustaba saber que Eglaia estaba cerca y que podía cuidarla de la mejor manera posible.

Enterarme de su embarazo me dejó helado y me demostró lo equivocado que había estado al alejarme de ella sin pensármelo dos veces. Durante el tiempo que no me habló, me convencí de que estaba haciendo lo mejor para ella y para mí. Decidí por los dos y cometí un gran error.

Aún estaba demasiado frágil para hablar de nosotros dos, pero yo haría cualquier cosa para que ella y la bebé estuvieran bien.

Quería esa oportunidad para empezar de nuevo y ser mejor padre, ya que con León parecía haberlo hecho tan mal.

Ese día, a la hora de comer, aproveché para visitar a mi hijo. Hacía tiempo que no hablábamos y quería al menos mostrarle algo de apoyo, pero en cuanto recorrí el pasillo de la prisión y vi las cabinas de comunicación, no supe si era una buena idea.

Estaba detrás de una pared de cristal y me miraba con expresión poco amistosa.

—¿Qué haces aquí? —Me miró con expresión poco amistosa.

—Vine a ver cómo estabas.

—Como si yo te importara. —Se encogió de hombros.

—Sabes que me importas.

—Mira dónde me has dejado. —Apretó los dientes.

—Llegaste aquí por tu propia cuenta, hijo —intenté mantener un tono calmo y tranquilizador.

—¡Todo es culpa tuya y de esa puta!

—León...

—Ser traicionado por tu propio padre es absurdo.

—Ninguno de nosotros sabíamos sobre ti antes de empezar a salir.

—¿Crees que me voy a creer esa historia?

—Es la verdad.

—No pierdas el tiempo, viejo.

Sacudí la cabeza con frustración. Incluso en la cárcel, no perdía ocasión de sacarme de mis casillas. Era como si todo por lo que él estaba pasando fuera en vano.

—Espero que el tiempo que pases aquí te ayude a reflexionar más sobre tu vida y los rumbos que has tomado en ella. Quiero ayudarte, hijo mío, pero no puedo hacer nada si no empiezas a ayudarte a ti mismo.

—¿Quién dice que quiero tu ayuda? —replicó bruscamente.

—León...

—¡Fuera de aquí! Deja de perder el tiempo fingiendo que te importo. Ve a revolcarte con la mujer que me robaste.

—Yo no... —Me detuve a mitad de frase al darme cuenta de que esta conversación era una pérdida de tiempo.

Seguía convencido de que yo le había quitado a su novia, como si él no tuviera la culpa de haberla perdido.

Esperaba con todas mis fuerzas que este tiempo en prisión le ayudara a poner en orden sus pensamientos, pero cada vez parecía más imposible.

León se levantó y se fue sin despedirse siquiera de mí, y cuando desapareció tras el cristal, me levanté, me metí las manos en los bolsillos y caminé hacia la salida.

Por más que lo intentaba, la relación entre León y yo parecía totalmente perdida.


Eglaia

Capítulo 48

Yo estaba en una silla de ruedas fuera de la casa, mirando hacia la hermosa Acrópolis. La vista que tenía la casa de la ciudad alta era maravillosa. Aunque estaba descansando, podía seguir haciendo una de las cosas que más me gustaban y de las que nunca me cansaría, que era admirar el lugar.

Me sobresalté cuando oí abrirse la puerta y vi entrar el coche de Maximus.

Aparcó en la entrada y bajó cargado con unas bolsas.

—No deberías estar fuera de la cama. —Se acercó a mí con una mirada recriminatoria.

—Mi madre me está vigilando.

Levantó la cabeza, mirándola a ella, que asintió.

—Muy bien. ¿Cómo estás tú y la bebé?

—Lo mejor posible.

—Qué buena noticia. Voy a entrar y darme una ducha.

Asentí con la cabeza.

Nos quedamos fuera un rato más hasta que mi madre me llevó dentro cuando la empleada me dijo que la cena estaba servida.

El olor de la comida era maravilloso cuando colocaron mi silla junto a la mesa.

Mientras que yo había crecido en una casa pequeña, turnándome con mi madre en las tareas domésticas, esa casa tenía al menos cinco empleados que lo mantenían todo limpio y organizado.

Maximus no tardó en unirse a nosotros para cenar y me dedicó una sonrisa.

—¿Qué tal el día?

—El aburrimiento de siempre. —Hice una mueca y él se rió.

—No queda mucho tiempo.

—Parece una eternidad —me quejé.

—Es por el bien de nuestra hija.

Nuestra hija...

Cuando hablaba así, mi corazón se llenaba de buenos sentimientos que me hacían sonreír.

Durante ese tiempo en su casa, con todo su apoyo y atención, era difícil cultivar alguna pena por cómo me había dejado. Incluso mi madre estaba aprendiendo a vivir con él sin aprovechar cada oportunidad para ofenderle. Maximus tenía su encanto y sabía cómo encantar a la gente.

Aún no sabía cómo sería si León saliera de la cárcel, pero esperaba que ese momento no llegara nunca y pudiera seguir viviendo como si este problema ya no existiera.

Después de cenar, volví a mi habitación y mi madre me ayudó cuidadosamente a meterme en la cama. Mi barriga no dejaba de crecer y se hacía más grande de lo que podía imaginar. Los médicos que venían a visitarme todos los días me hacían pruebas a mí y a mi hija, asegurándome que todo iba bien con ella siempre que mantuviera el reposo y los cuidados.

Cuando Maximus entró en la habitación, mi madre aprovechó para darse una ducha y nos dejó solos.

Se acercó a la cama y me miró fijamente antes de alargar la mano y acariciarme la mejilla. No dije ni hice nada, me quedé mirándole.

—No queda mucho tiempo.

—Lo dice la persona que no está inflándose como un globo. —Torcí los labios y él se echó a reír.

—Si pudiera, estaría en tu lugar, pero por desgracia no puedo.

—Estaré bien.

—Seguro que sí.

—Gracias.

Me tocó el vientre una vez más, pero nuestra hija no se movió. Ese día había estado más tranquila.

—¿Sabes lo que he descubierto hoy?

—¿Qué cosa?

—Que la bebé ya puede oír la voz del padre. Así que compré algunos libros infantiles y pensé en leérselos.

—Sería estupendo. —Sonreí.

—Entonces los traeré.

Se perdió de vista unos instantes y luego regresó con las bolsas que había traído. Maximus sacó un libro de ellas y arrastró una silla hasta colocarse a mi lado en la cama.

Su voz gruesa sonó cuando empezó a leer la historia y sentí que Selene se removía, como si se hubiera despertado para escuchar.

—En un reino tan lejano, donde las mariposas cambiaban de color, había una princesa...

Disfruté escuchando la historia y estoy segura de que nuestra hija también.



Maximus

Capítulo 49

Se suponía que iba a ser un domingo tranquilo como cualquier otro. Había planeado llevar a Eglaia al jardín y había encargado nuestro almuerzo en un restaurante que me gustaba, ya que el personal no estaba de servicio.

Aunque echaba de menos su vivacidad y energía, me estaba acostumbrando a su presencia tranquila. Incluso a la de su madre. La enfermera, que antes me miraba como si fuera el mayor criminal de la historia, parecía estar agarrándome cariño y no me veía como un gran villano para su hija.

Estábamos reunidos alrededor de la mesa de café y acababa de preguntarle a Eglaia cómo pensaba decorar la habitación de nuestra bebé cuando oí un ruido procedente del salón y mi cuerpo se puso rígido. Por un momento pensé que sería León. Aunque no me habían informado de que hubiera salido en libertad condicional.

Eglaia estaba bien y me di cuenta de que la presencia de mi hijo allí podía complicarlo todo.

Después de nuestro último encuentro, cuando fui a visitarle a la cárcel, León parecía el mismo rebelde, culpándome de todo, y yo dudaba de que hubiera cambiado de opinión sobre lo que había hecho y dicho.

—¿Quién podría ser? —Eglaia miró a un lado y a otro.

—Quédate aquí. —Dejé la servilleta sobre la mesa y me levanté enfadado.

Quería proteger a Eglaia y a mi hija de cualquier estrés innecesario. Con todo el reposo y los cuidados, el embarazo avanzaba bien y, si seguía así durante algo más de un mes, Selene no vendría al mundo prematuramente.

Me acerqué a la puerta del salón justo a tiempo para ver entrar a mi madre con mi hermana pequeña, que ni siquiera sabía que estaba en el país.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —Fruncí el ceño sorprendido por la inesperada visita.

—He venido a visitar a mi hijo, ya que hace siglos que no aparece. —Mi madre se quitó el sombrero y lo puso en un aparador en un rincón de la habitación, con su bolso, como si estuviera en su propia casa.

—No es el mejor momento.

—¿Por qué no? Sé que mi nieto, mi único nieto, está en la cárcel y su padre, un juez, no ha hecho nada para sacarlo.

—Mamá... —Torcí los labios, irritado—. León merece estar allí.

—¿Cómo puedes decir eso de tu propio hijo? —Indignada, levantó la voz.

—Mamá, ya sabes cómo es León —dijo mi hermana, analizando la situación de forma un poco más racional.

—Es solo un niño —argumentó mi madre.

—No lo es, pero si has venido a verle puedo enviarte la dirección de la penitenciaría o pedirle a un conductor de app que te lleve.

—¿Estás escuchando a tu hermano, Amelia? —Torció los labios y yo resoplé.

Mi madre era demasiado mayor para entender cómo funcionaba el mundo, y quizá por eso me daba tanto miedo que conociera a Eglaia, sobre todo en el delicado estado en que se encontraba.

Esperaba convencerla de que se diera la vuelta, pero oyeron un ruido, probablemente un cubierto que se había caído, que hizo que mi madre arquease las cejas como orejas en alerta.

—¿Qué fue eso? ¿Estás con alguien?

—¡Mamá!

Intenté detenerla, pero se fue por el pasillo hasta el comedor, donde Eglaia y su madre estaban desayunando.

—Ah, no sabías hacer compañía, hijo. —Sonrió mientras las miraba a ambas.

Sí, mi madre lo sabía, pero quiso comprobarlo por sí misma y tuvo el descaro de actuar

como si fuera una feliz coincidencia.

—Maximus no me había dicho que estaba saliendo con alguien.

—Estaremos aquí poco tiempo —responde la madre de Eglaia.

—No tienen que preocuparse por mí. —Se acercó, tendiéndole la mano a la mujer—. Hacía mucho tiempo que mi hijo no salía con nadie. Realmente necesitaba una nueva novia. Se llama...

—Melina, pero yo no soy la novia de su hijo, señora —la mujer esbozó una sonrisa aún más incómoda.

—¿Entonces se están conociendo? A esta edad es mejor tomarse las cosas con calma, ¿no?

Quería cavar un hoyo en la tierra y arrojar a mi madre dentro. Cada vez que abría la boca, sentía que la situación iba a empeorar.

Melina negó con la cabeza y Eglaia se retorció en su silla de ruedas. Imaginaba que su malestar no se debía al tamaño de su barriga.

—Yo soy —contestó finalmente, y no supe si fue la mejor elección, ya que no estaba en el mejor momento para tratar con mi madre—. Soy la novia de Maximus, en realidad, lo era, o no sé... —Sacudió la cabeza confundida—. Estuvimos juntos en algún momento, pero ya no.

—¿Qué? —gritó mi madre, asustándome incluso a mí.

Antes de que la situación empeorara, agarré a mi madre del brazo y la arrastré lejos, de vuelta al salón. Perdida, Amelia acabó perdida en el camino.

—Mamá, será mejor que te vayas.

—No iré a ninguna parte hasta que me expliques qué está pasando aquí... ¿Esa niña? ¿No tienes decencia?

—Es mayor de edad.

—León dijo que le habías robado a su novia y yo no le creí. Tú siempre fuiste tan responsable, mientras que mi nieto era un poco dramático, pero él tenía razón. ¡Esto es absurdo!

—No le robé la novia a mi hijo. Ellos ya no estaban juntos.

—¿Crees que eso es un argumento contra esta inmoralidad? ¡Qué tontería, Maximus! Eres un hombre adulto, viudo y padre. ¿Cómo puedes hacer algo así?

—No te pases, mamá —resoplé, irritado por todas sus ofensas.

—Conozco chicas como ella, se aprovechan de viejos ricos solo para sacar ventaja.

—¡Mamá, cállate!

—Apuesto a que...

—¡Shhh! —No la dejé terminar su frase—. Para, para, por favor...

—Quien debería parar eres tú antes de que sea demasiado tarde.

—Es demasiado tarde, voy a ser padre.

—No puedo creer que cayeras en esta estafa.

—¡Mamá! —Amelia la agarró del brazo y se la llevó a rastras—. Creo que será mejor que nos vayamos y hablemos con Maximus en otro momento.

—Necesito abrir los ojos de tu hermano...

—Creo que ya es mayorcito para tomar sus propias decisiones.

Fruncí los labios en señal de agradecimiento mientras mi hermana pequeña arrastraba a mi madre fuera de casa.


Eglaia

Capítulo 50

No supe realmente lo que estaba pasando hasta que Maximus volvió a entrar en la habitación donde estaba con mi mamá. Yo había interrumpido el almuerzo, ya que la comida parecía indigesta desde que su mamá había llegado hablando en voz alta y haciendo preguntas que sin duda lo habían desconcertado.

—Pido disculpas por esto. —Volvió con los hombros caídos y se sentó a mi lado—. Lo juro, si hubiera sabido que mi madre iba a aparecer, la habría detenido. No tienes que pasar por algo así, especialmente en esta situación.

—Todo está bien. —Me esforcé por sonreír, no necesitaba hacer la situación más incómoda de lo que ya era.

Vi a mi madre abrir la boca varias veces e imaginé que estaba guardando sus palabras. Sin duda estaba de acuerdo con la mamá de Maximus, pero debió decidir no decir nada por miedo a aumentar mi malestar.

Cuando acepté aquel café con un hombre amable y muy guapo, no imaginaba que nuestra relación evolucionaría hasta el punto de complicarse, y con tanta gente echándonos la bronca.

—Tienes que comer. —Cambiando de tema, me acercó un pequeño plato con tiras de fruta.

—Gracias.

El resto del día reinó un silencio casi claustrofóbico y una atmósfera pesada. Era evidente que ninguno de nosotros se sentía cómodo con la situación, pero ninguno tenía el valor de expresarse.

Me acostaba en la cama, jugueteando con el portátil y viendo vídeos de maternidad u otros que no tenían el menor sentido, solo pretendían ser graciosos.

Cuando mi madre fue a ducharse, vi a Maximus entrar por mi puerta y colocarse junto a la cama del hospital.

—Te pido disculpas por lo que ha pasado hoy.

—No es culpa tuya.

—Aun así, mi madre habla mucho más de lo que debería.

—Todo el mundo sigue actuando como si yo no supiera exactamente a dónde iba cuando empezamos a involucrarnos, pero eso no es cierto. Elegí estar contigo.

—Siento haberlo estropeado todo. —Bajó la cabeza, mirando al suelo.

—Sí... —murmuré con un sabor amargo en la boca.

El problema no era el discurso de su madre, lo que más me molestaba era no saber a qué atenernos los dos. Cuando se tomaba el tiempo de estar conmigo y con nuestra hija, me imaginaba que podíamos volver a ser como antes, pero a él le afectaba igual cada vez que se daba cuenta de que nos habíamos acercado.

Puede que fuera una tontería por mi parte esperar que quisiera tener una relación seria conmigo. Enfrentarme a la opinión de todos los que pensaban que era absurdo por nuestra diferencia de edad no fue nada fácil.

Me angustiaba pensar en ello, pero eran sentimientos que intentaba mantener a raya, más aún al final de mi complicado embarazo.



Maximus

Capítulo 51

Semanas después...

—Estoy de acuerdo con los argumentos de la fiscalía y fijo la fianza en un millón de euros. El sospechoso supone un riesgo para la sociedad y tiene recursos para huir. También pido que se entregue su pasaporte a la justicia hasta nuevo aviso.

—Pero, su Señoría... —empezó a argumentar el abogado defensor, pero le detuve.

—Hemos terminado aquí.

Él tragó saliva, asintiendo, mientras el sospechoso a su lado murmuraba palabras de desaprobación.

El acusado estaba acusado de matar a su novia. Tenía una situación económica desahogada que le permitiría huir de Grecia, pero era mi deber impedir que eso ocurriera antes de que fuera juzgado debidamente. Aunque las pruebas seguían siendo un batiburrillo sin sentido, yo debía asegurarme de todos los detalles antes de permitirle salir en libertad bajo fianza.

Después del juicio, volví a mi despacho y encontré a mi secretaria paseándose de un lado a otro con expresión asustada y los ojos muy abiertos, como si se hubiera sobresaltado.

—¿Qué pasa, Sofía?

—Una mujer llamó para decir que iba a nacer su hija, pero yo ni siquiera sabía que ibas a tener una hija.

Era algo que había intentado mantener en secreto, sobre todo después del escándalo de mi madre.

—¿Cuándo llamaron? —pregunté preocupado.

Aún era pronto y la esperanza era mantener el embarazo un tiempo más para que Selene naciera a las cuarenta semanas. Los médicos eran optimistas e indicaban que madre e hija estaban bien, así que aquella llamada telefónica fue un shock y me agarró desprevenido.

—Pospone mis citas de la tarde. Diles que tenía una emergencia familiar. —Me quité la bata y le arranqué el móvil de la mano.

—Pero...

—Hablaré contigo más tarde, Sofía. —No dejé lugar a la conversación. Necesitaba estar al lado de Eglaia en ese momento.

Mientras caminaba hacia donde había dejado aparcado el coche, llamé a la madre de Eglaia, que tardó un rato en contestar.

—¿Cómo está? —pregunté en cuanto respondió.

—De parto.

—Pero no es el momento.

—Empezó a sentir contracciones muy fuertes y el médico decidió que sería mejor dejar nacer al bebé que inyectarle una dosis aún mayor de medicación y acabar provocándole algún tipo de sufrimiento fetal.

—¿Están en casa?

—No. Vinimos al hospital de maternidad.

—Voy para allá.

—De acuerdo.

Era la segunda vez que acudía desesperado al hospital. Contrariamente a lo esperado, mi corazón ya no estaba tranquilo, pero mi desesperación parecía aún mayor. Había pasado los últimos meses cerca de Eglaia, temiendo cada posible complicación que pudiera ocurrir.

Quería que ella y mi hija estuvieran bien.

Conduje hasta el hospital de maternidad y aparqué delante del edificio, entregando la llave del coche a un aparcacoches mientras me dirigía a urgencias.

Eglaia había creado un plan de parto que incluía una bañera en la zona de bienestar de mi casa, pero que la llevaran al hospital significaba que había complicaciones que atender y que

necesitaban todo un equipo médico que les prestara más apoyo del que disponían en la pequeña clínica casera que había montado.

Pregunté por ella, diciendo que era el padre de la bebé, y me dijeron que la habían llevado al quirófano para practicarle una cesárea de urgencia.

¡Ah, maldición!

Antes de que me dejaran verla, tuve que cambiarme de ropa, vestirme algo desinfectado del hospital, ponerme un gorro en el pelo, protección en los zapatos y una mascarilla. Cada momento que pasaba con aquellos profesionales sin saber nada de ellas, mi corazón latía más deprisa.

—¿Cuándo podré verla? —Agarré a una mujer por la muñeca y la obligué a mirarme.

—¿Se ha cambiado?

—Sí.

—Te llevaré con ella.

—Gracias...

Finalmente seguí a la mujer por unos cuantos pasillos más hasta que me acerqué a un quirófano. En cuanto se abrieron las puertas, oí un llanto y vi al médico sacar a una bebé pequeña, de pelo negro e hinchada.

Hija...

Eglaia estaba acostada en la camilla, con su madre al lado y una sábana verde extendida que le tapaba la vista por donde le habían abierto el vientre.

—Hijita —murmuró, estirando los brazos, que parecían un poco débiles.

Colocaron a la bebé sobre el pecho de su madre cuando me acerqué para verlas a las dos. Melina se hizo a un lado y me dejó más espacio.


Eglaia

Capítulo 52

Dejé escapar un profundo suspiro con los ojos llorosos al ver a mi hija en mis brazos, descansando sobre mi pecho. Mi vientre era tan grande que no tenía ni idea de que nacería tan pequeñita y delicada. Tenía unas manitas más pequeñas que mis dedos y su cabecita apenas tenía el tamaño de una naranja, pero estaba llena de pelitos negros.

Abrió un poco los ojos y me miró, pero pronto volvió a dormirse. Parecía tranquila, sin ninguna señal del sufrimiento de las últimas horas.

Había creído que todo iría como había planeado, un parto normal y tranquilo en una bañera de hidromasaje, pero más de una semana antes de lo previsto empecé a sentir muchos dolores y la doctora estaba conmigo porque había ido a su cita diaria. Se dio cuenta de que los latidos de Selene no eran los esperados y decidió practicar una cesárea. Aunque no era lo que yo quería, acepté lo que era mejor y más seguro para mi bebé en ese momento.

—Eh... —Oí la voz de Maximus y me di cuenta de que estaba junto a mi cabeza.

No me había dado cuenta de que entró, ni siquiera sabía que venía, pero me alegré de verle.

—Es tan guapa como tú. —Sonrió mientras acariciaba ligeramente la cabecita de nuestra hija.

—Gracias.

Me la quitaron para hacerle más pruebas y esos pocos minutos fueron agonizantes hasta que me la devolvieron.

Me pusieron en otra camilla, una con menos sangre y más cómoda, y me sacaron del quirófano y me llevaron a otra sala, donde pude recuperarme de la anestesia y amamantar a mi hija por primera vez.



Maximus

Capítulo 53

Veintidós años eran demasiados para que recordara la sensación de tomar en brazos a mi bebé recién nacido por primera vez. La energía y vitalidad que me daba era indescriptible, como si pudiera enfrentarme al mundo entero para garantizar su seguridad.

Selene ya se había desinflado y había perdido el tono morado de su piel, adquiriendo una tonalidad más clara, y sus ojos parecían una mezcla de verde y azul que había adquirido un tinte gris. Se tapó la boca, aún más pequeña, con la manita mientras me miraba.

—Mi pequeña, mi pequeña hija...

Podría pasarme el resto de mi vida mirándola, aunque sabía que eso no sería posible.

Pronto volvió a dormirse, todavía no tenía energía para estar despierta mucho tiempo, pero no la metí en la cuna, me quedé con la niña en brazos, vigilándola mientras Eglaia y su mamá descansaban un rato.

La madre de mi hija necesitaría algún tiempo para recuperarse, pero yo creía que lo peor ya había pasado y que pronto podría volver a ser la mujer enérgica y vivaz de la que me había enamorado.

Enamorado...

Aunque había estado viviendo con ella todos los días durante los últimos meses, seguía pareciéndome incorrecto albergar tales sentimientos hacia ella. Mi madre no era la única persona que me miraba como si estuviera cometiendo un crimen, a pesar de que Eglaia era lo mejor que me había pasado en la vida desde la tragedia que me hizo perder a Elena.

Ninguna otra mujer me ha hecho sentir tan bien ni tan vivo.

Ahora teníamos una hija juntos, un vínculo para toda la vida, y mi deseo de hacerla mía no hacía más que crecer.

No podía, pero quería...

Oí que alguien se revolvía y me giré, pensando que era Eglaia, pero era su madre, que se frotaba los ojos mientras se levantaba.

—¿Está mal el sofá? —pregunté.

—No. He dormido en sitios mucho peores. No tienes ni idea de lo que es un turno de dieciocho horas.

—Realmente no lo sé.

—Qué guapa. —Se acercó a mí para mirar a su nieta.

—Sí. —Sonreí—. Se parece a Eglaia.

—Mucho.

Hubo silencio durante unos minutos hasta que Melina decidió romperlo.

—¿Qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres? —Me ha sorprendido su pregunta.

—Con mi hija y mi nieta.

—Yo las cuidaré.

—¿Como si mi hija fuera tu amante?

—¡Claro que no!

—Durante ese tiempo en tu casa, no te he visto siquiera plantearte proponerle matrimonio. Me pregunto si vas a echarla ahora que ha nacido la bebé y que mi hija no necesita tantos cuidados.

—No voy a echarla.

—¿Seguro? —Me miró incrédula.

—Sí.

—¿Y qué piensas decir cuando aparezca tu madre o alguien insulte a mi hija?

—Protegerla.

—¿No es la mejor manera de hacerlo casándote con ella?

Me sorprendió la pregunta de la mujer, casi como si me hubiera leído el pensamiento.

—No pensé que aprobarías nuestra relación.

—Y no la apruebo, pero ¿no has ido demasiado lejos?

Permanecí en silencio bajo el peso de sus palabras.

Sin duda había ido demasiado lejos. Había cruzado una línea de la que sería imposible volver. Mi relación con Eglaia no era algo que pudiera esconderse bajo la alfombra. Ni siquiera deseaba eso. Ella era tan hermosa que me habría gustado exhibirla como una joya, pero me parecía imposible no tener miedo cuando mi propia familia me apedreaba.

Podía intentar convencerme de que protegía a Eglaia, pero en realidad solo intentaba protegerme de los pensamientos y juicios de la gente.

Decir que mi familia estaba en mi contra era una exageración por mi parte, porque Amelia y Petros me habían defendido. Es más, mi padre y Nikos no habían expresado ninguna opinión al respecto.

Y en cuanto a mi hijo... León seguía siendo un problema y lo seguiría siendo con o sin Eglaia. Su forma rebelde y egoísta de ver la vida solo seguiría perjudicándole.

Mi hija se despertó en mi regazo y empezó a llorar, lo que despertó a su madre.

—Dámela —pidió Eglaia.

—Debe tener hambre. —Fue lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Sí, voy a darle el pecho.

Me acerqué a la cama y acomodé al bebé en brazos de su madre.

Los observaba desde lejos, como si fueran un soplo de aire fresco, una nueva llama de esperanza en mi vida y una razón por la que valía la pena luchar.


Eglaia

Capítulo 54

Estuvimos tres días en el hospital hasta que nos dieron el alta y pude irme a casa. A pesar de la cesárea, me costaba menos caminar que en las últimas fases del embarazo. Ya no había riesgo de que mi bebé naciera prematuramente, pero tenía que recordar que tenía un corte profundo en la línea de las bragas que necesitaría tiempo para cicatrizar.

—Sin hacer locuras —me dijo mi madre varias veces cuando la obstetra me dio el alta.

—No pasa nada —le aseguré.

El tiempo rodeada de cuidados había sido demasiado largo y no quería que volviera.

A pesar del susto, Selene no era una bebé prematura y pudo volver a casa con nosotros. Las pruebas indicaron que estaba sana y no había nada de qué preocuparse, aparte de los cuidados que requiere cualquier recién nacido.

Mi madre no vino a casa con nosotros, su licencia había terminado y tenía que volver a su trabajo. También creí que mi estancia en casa de Maximus llegaba a su fin, después de todo, ya no necesitaría todos aquellos artilugios y pronto podría volver a mi vida.

Siempre supe que estaba allí de forma temporal. Aunque él había reconocido a su hija, nuestra relación había sido mucho más amistosa que cariñosa en los últimos meses. A pesar de todo su cariño y amabilidad hacia mí, Maximus no mostraba ninguna intención de volver a estar juntos.

Mentiría si dijera que no me decepcionó.

Me había enamorado de él y verlo todos los días no hacía desaparecer ese sentimiento. Al contrario, deseaba más sus cuidados, su afecto y su protección. Por no hablar de las ganas que tenía de besos, afecto, contacto y sexo.

Los momentos que pasé con Maximus antes de que rompiera conmigo fueron recuerdos que nunca borraría. Tenerlo tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos provocaba un vacío difícil de sobrellevar.

Todo el mundo podía decir que no era correcto que estuviéramos juntos. *Es demasiado mayor para ti*. Sin embargo, yo seguía creyendo que era una decisión que tenía que tomar yo y que no le correspondía a nadie más tomarla por mí. Aceptaría que Maximus dijera que no me quería, pero no me parecía justo que me dejara por miedo a la opinión de los demás. Solo nosotros dos sabíamos por lo que estábamos pasando y cada minuto de lo que vivimos juntos...

Dejé de pensar cuando el coche aparcó por fin en su entrada. Maximus fue el primero en bajarse y dio la vuelta, recogiendo el portabebés con Selene dentro. La niña dormía, como casi siempre. Sujetando la asa con una mano, utilizó la otra para abrir mi puerta y me ayudó a bajar.

—Gracias.

—Por nada. —Me sonrió.

Entramos codo con codo en la casa. No esperaba nada más que tirarme en el mullido sofá y descansar un poco, pero me sorprendió ver un camino de pétalos de rosas rojas y velas que conducía al centro de la habitación, donde había un corazón también de pétalos y velas, con un ramo en el centro.

—¿Qué es esto, Maximus?

Colocó el portabebés con nuestra hija sobre la mesita y se apresuró a situarse en el centro de la chimenea. Se arrodilló frente a mí y sacó del bolsillo una caja que contenía un anillo de compromiso.

—Eglaia... —Inspiró profundamente, tomando aire—. ¿Quieres casarte conmigo?

Abrí los ojos de par en par, estupefacta. No me esperaba nada así y me encontró completamente por sorpresa. Permanecí inmóvil, sin reaccionar. Mi boca se abrió varias veces, pero ningún sonido salió de entre mis labios.

Maximus me dedicó una sonrisa nerviosa y siguió mirándome mientras esperaba mi respuesta.

—¿Eglaia?

—¿Hablas en serio?

—¿Crees que soy un bromista?

Negué con la cabeza.

—Nunca había hablado tan en serio. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí! —me lancé a sus brazos y él se levantó rápidamente para sostenerme—. ¡Sí!

—Ten cuidado, aún te estás recuperando.

Pensé que estaba soñando, porque era todo lo que quería, pero asumí que nunca ocurriría.

Puse mis manos en su cara, sujetando cada lado de su rostro mientras miraba fijamente sus hermosos ojos azules.

Atraje su cara hacia mí y junté nuestros labios. Llevaba mucho tiempo deseando besarle y el momento fue mágico. Cuando su lengua encontró la mía, dejé escapar un largo y profundo suspiro de éxtasis. Maximus me sujetó por la cintura y mi cuerpo se acercó aún más al suyo. La necesidad de frotar mi piel contra la suya era tan intensa que apenas podía controlarme. Intensifiqué el beso, buscando su boca y deseándolo todo de él, pero antes de que nada pudiera suceder, Maximus me apartó.

—¡Cálmate!

Resoplé, torciendo los labios, y él se echó a reír.

—Acabas de dar a luz, te estás recuperando.

—Pero... —Estaba jadeando.

—Hemos esperado todo este tiempo y podemos esperar un poco más.

No me parecía justo, pero al mismo tiempo sabía que tenía razón. Seguía sangrando por el parto y no quería volver al hospital por irresponsabilidad.

Saber que estábamos juntos y que me había pedido que me casara con él tendría que ser suficiente al menos durante un mes más.

Maximus me puso el anillo en el dedo y yo le eché los brazos al cuello. Me envolvió en un cariñoso abrazo y disfruté del momento.



Maximus

Capítulo 55

Invité a Petros y Nikos a tomar un café esa tarde después de salir del juzgado.

Cuando tomé la decisión de casarme con Eglaia, sabía que necesitaría a mi familia a mi lado, al menos a aquellos a los que entendía que podía ganarme. Amelia ya no estaba en el país, así que nuestra conversación tendría que tener lugar más tarde. Mis padres también eran un tema para otro momento que prefería evitar por el momento.

Acerqué una silla y me senté en la mesa para cuatro personas donde ya estaban sentados mis hermanos.

—Me sorprendió tu invitación —dijo Nikos mientras levantaba la vista para mirarme.

—Quería hablar con ustedes antes de que se difundiera la noticia.

—¿Qué noticia? —La conversación le pareció extraña. A pesar de trabajar juntos a diario, parecía que Petros no le había dicho nada a nuestro otro hermano sobre mi relación con Eglaia.

—Me voy a casar —anuncié.

—¿Quieres que te felicite o que te dé mis condolencias? —Se rió.

Nikos seguía soltero y había elegido vivir su vida así. No creía en las relaciones largas y duraderas. Después de perder a mi mujer y de que el matrimonio de Petros se desmoronara a diario, creyó tener razones de peso para defender su punto de vista.

—Felicítame...

—Si tú lo dices. —Se encogió de hombros.

—Ella y yo acabamos de tener una hija...

—¡Eso lo explica todo! —me interrumpió—. Fue un golpe bajo.

—¡Nikos! —Petros y yo gritamos juntos.

—Fue astuta. —Nos miró a los dos, como si no entendiera nuestra exaltada reacción—.

Como si el primer hijo no fuera lección suficiente para inducirte a hacerte una vasectomía.

—¡Tranquilízate, Nikos! —Torcí los labios.

—¿Has firmado los papeles?

—Todavía no.

—Entonces, lárgate mientras puedas.

—No puedo negar que me parece la mejor idea —comentó Petros.

—Estoy aquí buscando tu apoyo y no que actúes como nuestra madre. No es fácil con otras personas en mi contra.

—Intentan hacerte entrar en razón —continuó Nikos, y yo lo ignoré, volviendo la mirada hacia Petros.

El hermano mediano bajó los hombros y dejó escapar un suspiro.

—He presentado los papeles del divorcio. No soy la mejor persona para darte consejos ahora, pero si quieres ahorcarte de nuevo, hazlo. Al menos es atractiva.

—¿Es atractiva? —Nikos estaba interesado.

—Tiene veinte años —dijo Petros.

—Veintiuno —corregí.

—¡Cuidado! —dijo Nikos, confiado—. Ahora estoy seguro. Hermano, no me malinterpretes, pero tú tienes medio siglo y ella acaba de salir de los pañales.

—Gracias por tu apoyo —dije en tono sarcástico.

—Siempre.

—Cara. —Petros extendió la mano y me tocó el brazo—. Si eso es lo que quieres, hazlo.

—Si al menos está buena, puede que merezca la pena. —Nikos se rió.

La conversación no era en absoluto lo que yo esperaba, pero si estaba decidido a seguir adelante con la relación, tenía que estar preparado para reacciones como aquella o incluso

peores. Quería casarme con Eglaia, estaba enamorado de ella y nadie me haría cambiar de opinión.


Eglaia

Capítulo 56

No estaba preparada para los retos de una recién nacida. Cuando Maximus sugirió contratar a una niñera, le dije que no era necesario, después de todo, yo no trabajaba y podía cuidar de mi hija. *Todas las mujeres han nacido para eso*, pensé. Mi madre se las había arreglado para cuidar de mí y yo también podía hacerlo. Sin embargo, la falta de práctica y el hecho de que mi bebé fuera tan pequeña y delicada me aterrorizaban.

Durante el primer mes no dormí, ni siquiera cuando ella dormía. Me pasaba la mayor parte del tiempo de pie junto a su cuna o comprobando con el vigilabebés que respiraba. Cuidarle el ombligo fue otro reto, tenía miedo de hacerle daño y, en cuanto se le cayó, fue un gran alivio.

Al final, Hera dejó de lado sus tareas domésticas durante un tiempo para ayudarme. La señora, que había trabajado allí como ama de llaves desde los tiempos de la difunta esposa de Maximus, hacía honor a su nombre y era una gran guardiana del hogar. No sé qué habría hecho sin su ayuda.

Cuando pasó el primer mes, me tranquilicé y aprendí más sobre mí misma y sobre mi hija. Al final, la mayor parte de mi drama no era más que miedo injustificado y mucha inseguridad.

Maximus siempre estaba cerca, intentando darme toda la ayuda que podía y era un buen padre. Era más hábil que yo, quizá porque ya había pasado por eso antes.

Cambié el pañal de Selene y la tomé en mi regazo, apoyando su delicada cabecita. Mi pequeña tenía el mejor olor del mundo y a veces me pasaba un buen rato olisqueándola.

Mi madre aparecía siempre que podía, aprovechando sus días libres para vernos a mí y a su nieta.

Estaba distraída, sosteniendo a Selene en mi regazo y observando la Acrópolis a través de la ventana del dormitorio. Solo me di cuenta de que Maximus se había acercado cuando rodeó mi cintura con sus brazos y me abrazó por detrás.

—Le pedí a Hera que se quedara con Selene esta noche. —Su encantadora voz en mi oído me provocó escalofríos.

—¿Necesitas dormir y no quieres lidiar con una bebé llorona?

—No. Solo quiero secuestrarte. Dormir es lo último que espero hacer.

Sentí que me ardían las mejillas y estaba segura de haberme ruborizado. Desde que me había pedido que me casara con él al llegar a casa del hospital de maternidad, habíamos intercambiado besos y caricias, pero todo había sido muy moderado y cuidadoso. A pesar de mis deseos, Maximus parecía decidido a cumplir el plazo fijado por mi médico.

Aunque ya me estaba acostumbrando a su modestia, sus palabras acabaron motivándome y haciendo que me llenara de deseo de nuevo.

Tomó a Selene de mi regazo y se dio la vuelta, señalando una caja blanca con un lazo rojo que había sobre la cama. Seguramente la había puesto él, porque yo no recordaba haberla visto antes.

—¿Es para mí?

—Espero que lo disfrutes.

Curiosa, no me lo pensé dos veces antes de abrir el paquete. Dentro había un delicado vestido azul claro con sutiles bordados que parecían hechos a mano. Dentro había también un par de bragas blancas de encaje y un joyero que contenía un conjunto en forma de punto de luz, con pendientes y un collar. Dentro había una pequeña nota escrita a mano.

Es lo único que no pienso quitarte esta noche.

Sentí una palpitación aún más intensa entre mis muslos. Una excitación que había intentado sofocar.

Maximus se quedó con nuestra hija y yo fui a ducharme y prepararme. En cuanto estuve lista, apareció Hera para cuidar de Selene el resto de la noche.

Mi prometido me llevó hasta su coche en el garaje y no hice ninguna pregunta. Todas las sorpresas que me había deparado eran increíbles y no podía imaginar nada diferente.

Reconocí el puerto deportivo cuando empezamos a acercarnos, a pesar de que la noche era cada vez más intensa.

—¿Daremos un paseo en barco?

—Sí y no.

—No entiendo.

—Pronto lo sabrás. —Salió del coche cuando lo aparqué y se dio la vuelta, ofreciéndome la mano para ayudarme a bajar.

Como ya había estado allí, conocía su barco y sabía dónde estaba. Subimos y Maximus tomó el timón, alejándonos de la orilla.

Me acerqué a él por detrás y le rodeé el pecho con los brazos, oliendo su perfume mientras él permanecía concentrado.

Contrariamente a lo que esperaba, no se detuvo en medio del océano, sino que continuó unos minutos más hasta un islote. Anclando, antes de ayudarme a bajar.

Mientras caminábamos por la playa y el dobladillo de mi vestido largo se mojaba un poco, me sorprendió lo que nos había preparado. En la arena había antorchas que parpadeaban con una luz cálida y acogedora. Rodeaban una mesa puesta para dos y decorada con velas y flores. Al lado había un pequeño bungalow de madera con un colchón sobre una plataforma en el suelo. Un lugar que nos permitiría sentirnos como en casa. Me hacía mucha ilusión.

—¡Qué hermoso, Maximus! —Se me aguaron los ojos.

—No más que tú. —Me tiró de la muñeca y mi pecho se apoyó en el suyo antes de que nuestras bocas se encontraran.

Estaba completamente recuperada y no veía la hora de enseñárselo.

Le rodeé el cuello con los brazos y hundí mi lengua en la suya mientras sus manos bajaban hasta mi trasero, apretando la fina tela de mi vestido. Solté un suave gemido contra su

boca, pasé los dedos por su nuca y los enredé en su suave pelo.

Deslizó sus labios de los míos y los acercó a mi oreja, despertando un reguero de escalofríos.

—Creo que deberíamos ir a comer.

—Ahora no me preocupa comer —dije con voz ebria y él soltó una carcajada baja antes de volver a besarme.

Mis dedos rodearon el cuello de su camisa y nuestro contacto se hizo aún más intenso. Mi cuerpo ya ardía por el roce, a pesar de que ambos llevábamos la ropa puesta.

Cuando rompió conmigo sufrí imaginando que nunca tendría sus besos, sus brazos y toda esa absurda necesidad de más.

Sentí las yemas de sus dedos subir por mi muslo y tomar con ellas la falda de mi vestido. Interrumpimos el beso solo para que yo levantara los brazos y él tirara de la prenda hacia abajo, dejándome solo en bragas. Todo mi cuerpo se alegró. Era exactamente lo que quería.

Me levantó y me llevó en sus firmes brazos hasta que me tumbé sobre la suave sábana. Maximus pasó unos largos instantes mirándome fijamente mientras yo veía el resplandor de las antorchas en sus pupilas dilatadas.

—Te amo, Eglaia.

—Yo también te amo, Maximus.

Sonrió hasta que tiré de él por el cuello y reanudamos nuestros besos. Quería mucho más que palabras, quería su cuerpo sobre el mío y que hiciéramos el amor toda la noche.



Maximus

Capítulo 57

Eglaia era como mi sol y yo me sentía como un planeta orbitando a su alrededor.

Me tumbé encima de ella en la cama que había improvisado en la playa y nuestras bocas se encontraron en un beso cada vez más intenso. Le mordisqueé el labio inferior, noté que arqueaba el cuerpo y levantaba aún más sus pechos turgentes.

Hermosa...

Era imposible no sentirse caliente ante aquel cuerpo. Aunque ella se quejaba de los cambios provocados por el embarazo, a mí no me importaban unas cuantas estrías.

Metí mi lengua en su boca mientras mis manos se deslizaban por sus muslos hasta llegar a su cintura, donde estaban las finas bragas que había comprado pensando en ese momento.

Tenía sed, como si hubiera pasado días en el desierto y ella fuera un oasis. Había pasado casi un año desde nuestra separación y de aquel momento. Demasiados meses sin su contacto, demasiados días sin poder sentir la suavidad de su piel o embriagarme con su perfume.

Había contenido toda mi desesperación y necesidad hasta ese momento y, a pesar de tenerla allí, lista para mí, sabía que tenía que ir despacio. Eglaia había tenido un embarazo complicado y un parto difícil. Su cuerpo aún no se había recuperado del todo de la cesárea. No quería hacerle daño ni que se cuestionara el hecho de estar conmigo.

Había dejado una pequeña cesta a un lado de la cama, donde tomé una botella de aceite.

Tumbada en la cama, con el pelo negro como una noche sin luna, me miró con picardía.

—¿Qué estás haciendo?

—Agarrando algo de aceite.

—¿Aceite?

—Sí. Date la vuelta. —La ayudé a ponerse boca abajo y le tomé el pelo, poniéndolo a un lado para que no se ensuciara.

Abrí la botella y tracé una fina línea por su columna hasta la cadera. Se estremeció como si la temperatura del líquido le hubiera provocado un escalofrío, pero se relajó cuando mis pesadas manos se deslizaron desde la mitad de su espalda hasta sus hombros.

—Hum... —Suspiró, con un gemido—. Así está bien.

—¡Oh, sí! —Mi sonrisa se ensanchó cuando bajé las manos hacia su perfecto y redondo culo.

No pude contenerme, hundí mis dedos en sus suaves nalgas y ella se revolvió, aumentando aún más mi excitación. Solo verla sin ropa ya me ponía caliente, pero pasar mis manos por sus curvas me volvía cada vez más loco.

Dejó escapar otro gemido, sacó más el culo y rodó sobre mis manos.

Las ganas de quitarle aquellas bragas y su ropa se hicieron aún más intensas. Respiré hondo y volví a pasarle las manos por la espalda. Luego subí de nuevo, quitándole las bragas.

Me incliné y le mordí una nalga.

—¡Ah! —gritó.

—Eres tan hermosa.

—¡Ah, Maximus!

La agarré por la cintura e hice que se diera la vuelta, de cara a mí.

Eglaia se frotó los muslos y luego abrió las piernas, atrayendo aún más mi atención hacia su sexo.

—Así no puedo continuar el masaje.

—A lo mejor no hace falta que sigas —dijo con un aire descarado que no hizo más que provocarme aún más.

—Planeaba ir despacio.

—Vas despacio... quizá demasiado despacio... —Se mordió el labio, haciéndose un encanto.

Estaba decidido a continuar, así que volví a tomar la botella y vertí el líquido entre sus pechos y hasta la ingle.

—Max… —llamó suavemente.

La miré fijamente mientras mis manos recorrían el contorno de sus pechos hasta acariciar sus pezones. Se estremeció cuando jugué con la zona erógena de su cuerpo, excitándola y haciéndola desear más.

Bajé hasta su vientre, me detuve justo antes de su montículo y me incliné hacia ella, extendiendo el aceite sobre él con la lengua, pero sin tocar sus labios mayores. Se giró, gimió y me agarró del pelo.

—¡Máximus!

—Voy despacio.

—Por favor, no tan despacio. —Me agarró del pelo, empujándome la cabeza hacia abajo y yo sujeté sus muslos con mis dedos resbaladizos mientras me colocaba mejor para besarla, chuparla y lamerla.

Mi boca se llenó de su sabor mientras recorría lentamente su clítoris con la lengua hasta llegar a su canal. Sujeté sus piernas con más fuerza, manteniéndola como rehén mientras mis labios se encontraban con los de su sexo. Los chupé y lamí, explorando con mi lengua cada rincón de su feminidad.

Los gemidos de Eglaia eran cada vez más fuertes, indicando que le gustaba lo que estaba haciendo.

Introduje un dedo, luego el otro, untando su vagina con el aceite. No era virgen, pero con el tiempo que habíamos pasado sin sexo, podría encontrar alguna incomodidad cuando la penetrara y quería minimizarla en la medida de lo posible. Ya estaba deliciosamente mojada y mis dedos entraban y salían con facilidad.

Estaba disfrutando, mi erección no hacía más que crecer y mi boca salivaba mientras ella se retorcía en la cama, gimiendo de placer y tirándome del pelo para que continuara. En algunos momentos de su período de recuperación, había pensado en hacerle un oral, pero temía que no

aguantáramos y llegáramos más lejos de lo debido, así que decidí esperar.

Su grito de placer llenó el islote desierto donde nos encontrábamos, mientras sus gemidos se hacían cada vez más intensos y las contracciones musculares de mis dedos se intensificaban. Detuve el oral y me coloqué encima de ella, sosteniendo el peso de mi cuerpo con las manos mientras la observaba. Con los ojos en blanco y la boca entreabierta, Eglaia seguía recuperándose de su orgasmo.

Me quedé mirándola un rato, hasta que estiró el cuello, buscando mis labios con los suyos.

Todavía jadeaba cuando el beso se convirtió en otro intenso beso con lengua. Era su turno de tocarme, con sus uñas cuidadas recorriendo el costado de mi cuerpo, haciéndome ligeras cosquillas mientras me quitaba la camisa. La ayudé a quitarme los calzoncillos y los pantalones y pronto estuve tan desnudo como ella.

Mi cuerpo se deslizó por el suyo empapado de aceite y me dispuse a penetrarla. Mi dura verga palpitaba, ansiosa por este momento, pero antes de que pudiera hacerlo, ella me hizo girar y se puso encima de mí.

—Mi turno. —Echó la cabeza hacia atrás, azotándose la espalda con su pelo ondulado y pareciendo salvaje y aún más sexy.

—Voy a disfrutar esto. —Sonreí mientras ella se inclinaba para besarme el cuello y bajaba poco a poco la boca, dejando un delicioso rastro de mordiscos y chupadas que me excitaban más allá de lo que podía soportar.

El ansia no hizo más que crecer en mí cuando sus caderas se deslizaron sobre las mías, rebotando y resbalando debido al aceite. Estaba sentada sobre mi verga y podía sentir el calor de su vagina, sin embargo, ella no se la metía.

Su boca siguió descendiendo, los mechones de su pelo me hacían cosquillas al deslizarse por mi piel.

—Eglaia... —gemí suplicante.

Soltó una risita mientras se arrodillaba entre mis piernas y sus manos rodeaban mi

miembro rígido, lleno de venas asentadas y con la punta palpitante. Las pajas que me había hecho durante ese tiempo sin ella no habían sido suficientes.

Me fijé en su preciosa cara, en su boca regordeta, mientras apartaba lentamente los labios para dar cabida a mi lengua. Gemí, apartando la sábana mientras ella empezaba a chupármela. Ella aceleró el ritmo y yo me fundí en el placer de aquella mamada.

¡Terrible!

Delicadamente, y a veces con más ritmo, parecía estar jugando con mi miembro. Aunque no lo chupaba con fruición, lo lamía como una piruleta y yo me retorcía de placer aún más. Tener su delicada y sensual boca envolviéndome así era como una nueva visión del paraíso.

Mi prometida...

Mi hermosa novia.

Podrían decir que era demasiado viejo, pero no podrían quitarme el derecho a ser feliz.

La agarré del pelo cuando me sentí al límite y me miró con los ojos muy abiertos, como si temiera haber hecho algo malo.

—¿Qué te pasa? —preguntó en voz baja.

—Estoy a punto de acabarte.

—Déjame continuar...

—Sí... —le solté el pelo y dejé que me la chupara otra vez.

Cada parte de mí se endureció con una excitación que se convirtió en una intensa oleada de placer. Su boca seguía sobre mí cuando terminé, desplomándome exhausto pero muy satisfecho.

Nuestra velada no había hecho más que empezar.


Eglaia

Capítulo 58

Todavía tenía su sabor en la boca cuando me estiré para recostarme sobre su pecho. El corazón de Maximus latía deprisa y el mío acabó siguiéndole.

Ninguno de los dos nos atrevimos a decir nada para romper aquel silencio placentero, mientras nos recuperábamos de nuestros orales. Me acarició cariñosamente el pelo, pasando los dedos por los mechones y apartándolos de mi cara, donde se habían pegado a mi sudor.

Estábamos en una isla desierta, tumbados en una pequeña playa y bajo la luz de las estrellas. No se me ocurría un escenario más romántico que aquel, ni ningún otro lugar en el que quisiera estar.

Cuando nuestras respiraciones comenzaron a normalizarse, Maximus puso su mano en mi mejilla y me acercó más, reanudando el beso. Comenzó delicado, con apenas un sutil roce de labios, pero se fue intensificando hasta que su lengua invadió mi boca y comenzó a recorrer cada rincón, tomando a la mía como rehén.

Mientras nos besábamos con creciente deseo y hambre, volvió a tumbarse sobre mí, con sus pesadas manos apretándome los pechos. Abrí las piernas y rodeé su cintura con los brazos, permitiéndole colocarse para penetrarme.

Gemimos juntos, nuestros gritos amortiguados por nuestras bocas mientras nos convertíamos en uno. Me sentí un poco incómoda por haber pasado tanto tiempo sin tener sexo, pero pronto la excitación y el momento perfecto me envolvieron, dejando solo el placer de tenerlo moviéndose dentro de mí.

Maximus empezó despacio, cumpliendo su promesa de ir despacio, pero eso no significaba que fuera menos intenso. Cada vez que empujaba cada centímetro dentro de mí, todo mi cuerpo se regocijaba.

Le tiré del pelo, deslizando mis manos por sus hombros mientras mi cuerpo resbalaba contra el suyo por el aceite y el sudor. No había forma de que aquel momento hubiera sido más perfecto o me hubiera hecho más feliz.

Maximus deslizó sus manos por debajo de mí, cruzó sus brazos detrás de mi espalda y me levantó, manteniéndose apretado contra mí mientras yo me sentaba en su regazo. Le sujeté el cuello con una mano y apoyé la otra en el colchón. Nos miramos fijamente a la luz de las antorchas y lo atraje hacia mí para besarlo más, jadeando y gimiendo contra sus labios.

Me estaba revolcando sobre él, disfrutando de cada centímetro suyo, cuando levantó una mano y me agarró un pecho. Mi gemido se hizo aún más fuerte a medida que aumentaba el placer. Mordí su boca, estremeciéndome mientras me retorcía el pezón con las yemas de los dedos.

Apoyamos nuestras frentes sudorosas una contra la otra, nuestras respiraciones jadeantes se fundieron. No podía pensar en otra cosa que en disfrutar cada instante de aquel maravilloso momento.

—¡Ahhh!

Eché la cabeza hacia atrás mientras el placer se acercaba. Maximus me agarró el culo con ambas manos y me hizo rebotar aún más rápido sobre su regazo. A ese ritmo, mi cuerpo pronto estalló en fragmentos de un orgasmo adictivo. Pronto se unió a mí y yo permanecí sentada.

Le agarré el hombro con ambas manos y le miré.

—Te he extrañado mucho —admití con la respiración entrecortada.

—Yo también, mi amor. —Me agarró del mentón y tiró de mí para darme un beso suave.

Inspiré y espiré varias veces, recuperando el control de mi cuerpo.

—Se nos va a enfriar la cena —advirtió.

—Que se enfríe. —Le agarré la cara y tiré de él para darle otro beso más intenso.

—Como quieras. —Me agarró del pelo, devolviéndome el beso con la misma intensidad, mientras yo volvía a revolcarme con su pene dentro de mí, sin darle tiempo a frenarse.



Maximus

Capítulo 59

Sonreí mientras ponía una foto de Selene sobre mi escritorio. Mi hija se parecía cada día más a su madre. Los mismos ojos verdes y el mismo pelo negro. Me sentía un hombre completamente distinto, como si por fin los fantasmas del pasado hubieran dejado de perseguirme. Sin embargo, sabía que, en la práctica, no funcionaba así, porque aunque me desentendiera de todo el mundo, cuando mi hijo saliera de la cárcel tendría que enfrentarme a él y resolver la situación. Algo que sabía que no sería fácil, sobre todo después del nacimiento de Selene y de mi matrimonio con Eglaia.

León ya era un hombre y mi esperanza era que despertara y aceptara que no todo era como él quería. Ya era hora de que dejara de ser ese mocoso malcriado que alborotaba y peleaba.

Se me ocurrieron varias soluciones y esperaba que alguna fuera de su agrado cuando por fin despertara a la vida.

Como padre, haría cualquier cosa por ayudarle, pero León tenía que querer ayudarse a sí mismo primero.

Respiré hondo y vi parpadear la pantalla de mi móvil con la llegada de un nuevo mensaje.

Eglaia:

¿Estás muy ocupado?

Maximus:

Tengo unos minutos antes de la próxima audiencia.

Eglaia:

Mi madre me pregunta si necesito ayuda con los preparativos de la boda, pero no sé qué decir.

Maximus:

¿Quieres su ayuda?

Eglaia:

Sí.

Maximus:

Así que ya tienes tu respuesta.

Eglaia:

Como no hemos discutido nada al respecto, no sé lo que quieres.

Maximus:

Quiero lo que tú quieres.

Eglaia:

Lo digo en serio.

Maximus:

Yo también.

Eglaia:

Ja ja ja. ¡Tonto!

Maximus:

Te amo.

Quiero que sea un momento que te haga feliz, así que está bien que te encargues de los detalles.

Eglaia:

Yo también te amo.

Como aún no hemos fijado una fecha, pensé que podrías esperar a que León saliera de la cárcel.

Sé que es tu hijo, pero tengo miedo de lo que pueda hacer.

Maximus:

Aún le faltan seis meses para salir de la cárcel. Creo que es más seguro no esperar.

Eglaia:

¡Qué bien!

Maximus:

¿Tienes una fecha en mente?

Eglaia:

Ojalá fuera en domingo.

Maximus:

¿Qué tienen de especial los domingos?

Eglaia:

Es un día más tranquilo para todos los que conozco y puedo hacerlo coincidir con uno de los días libres de mi madre.

Maximus:

Entendido.

Eglaia:

Ojalá fuera en una playa, aquí mismo, en Atenas. Hay una iglesia muy bella cerca de un lugar menos frecuentado por turistas que podría ser el sitio perfecto.

A menos que tengas muchos invitados.

Maximus:

Lo único que me importa somos tú y yo.

Eglaia:

Tu familia, amigos...

Maximus:

Dime cuántas personas caben en el salón y hablaremos de la lista de invitados.

Eglaia:

¡Perfecto!

Maximus:

¿Cómo está nuestra princesa?

Eglaia:

Ha terminado de comer y está durmiendo. ¡Solo duerme!

Maximus:

Cuando empiece a gatear y a manejarlo todo, echarás de menos esta fase.

Eglaia:

Estoy deseando que llegue este momento.

Maximus:

Ahora tengo que ir al juzgado.

Eglaia:

De acuerdo, te veré esta noche.

Guardé el móvil en un cajón y me levanté para ponerme la bata cuando me di cuenta de que mi secretaria me miraba fijamente a la mesa.

—¿Qué pasa, Sofía?

—Tu pequeña, tan hermosa.

—Sí, así es. —Un sentimiento de felicidad aún más intenso me invadió, algo que no recordaba haber sentido en mucho tiempo.

Mi vida había cobrado un nuevo sentido y me sentía mejor que nunca.


Eglaia

Capítulo 60

Meses después...

—¡Te vas a casar! —Pandora gritó fuerte cuando llegó a mi casa esa mañana.

Aunque llevábamos mucho tiempo separadas, seguía considerándola una amiga y le había pedido que fuera mi madrina.

A pesar de la insistencia de Maximus en que me quedara, había partido temprano hacia la casa de mi madre, en compañía de Hera y mi bebé. Quería que mi madre me ayudara a prepararme y me acompañara al altar. Después de la muerte de mi padre, ella era toda la familia que tenía y se había esforzado por cubrir todas las carencias y hacer siempre lo mejor por mí, aunque a veces no estuviéramos de acuerdo.

—Gracias por venir. —Sonreí mientras devolvía el abrazo a Pandora.

—¡Qué locura! No puedo creer todo lo que te ha pasado en el último año. Has tenido un bebé y ahora te vas a casar con el padre de León. ¡El padre!

—No hace falta que grites eso, por favor —dije torpemente.

—Es una locura.

—Lo sé, pero Maximus y yo nos enamoramos incluso antes de saber lo que había pasado entre León y yo.

—Dicen que es más guapo que su hijo. —Se rió.

—¡Pandora! —Moví la cabeza negativamente.

—Ya sabemos que es bueno en la cama, ya que quedaste embarazada.

—Ni siquiera voy a contestar eso. —Torcí los labios.

Se rió aún más.

Antes de que la conversación se volviera aún más incómoda y empezara a acribillarme a

preguntas sobre mi intimidad con Maximus, mi madre vino para interrumpir.

—¿Empezamos?

Le dije que sí. Estaba deseando que llegara este momento.

Ya había pensado varias veces en cómo sería mi boda, pero en ninguna de ellas me lo había planteado. Una profunda montaña rusa de sentimientos, un escalofrío en el estómago y la respiración entrecortada, pero el sentimiento que superaba a todos los demás era el de una profunda alegría. Estaba tan feliz de casarme con Maximus. Todas las personas que me habían cuestionado esta decisión solo me hacían sentir aún más segura de mí misma.

Sentía que mi amor por él se hacía más fuerte cada día que pasaba. Era como si estuviera viviendo mi propio cuento de hadas.

Revisé a Selene y le di el pecho antes de ducharme.

Lo había preparado todo como yo quería. Una iglesia junto a la playa con los invitados más especiales.

Quería que fuera un momento perfecto y que no apareciera nadie para estorbar, por eso tenía tanto interés en que la boda se celebrara antes de que León saliera de la cárcel. Por lo que Maximus me había contado, él y su hijo seguían teniendo una mala relación y todos sus intentos de acercamiento se veían frustrados. Quizás nunca entendería por qué León se comportaba así, solo esperaba que se diera cuenta y encontrara otro camino antes de que fuera demasiado tarde.

Dejé de pensar en mi futuro hijastro cuando mi madre tomó una vieja caja y sacó el vestido de mi abuela. Me sentí muy feliz de honrar la tradición de mi familia y ponerme aquel vestido. Esperaba que Selene también pudiera ponérselo cuando llegara el momento.

Después de ponerme el vestido, me senté en una silla y mi madre me peinó, transformando las ondas en rizos como hacía cuando era niña. Mi maquillaje, realizado por Pandora, fue ligero y delicado, sin elementos exagerados, solo disimulando algunas manchas causadas por el sol y el embarazo y dándole a mi rostro un poco de brillo y colorete.

Por último, mi madre me colocó la corona de flores en la cabeza, hermosa y tan delicada como el vestido de mi familia.

—Estás perfecta —dijo con los ojos brillantes y llenos de orgullo.

—Gracias, mamá.



Maximus

Capítulo 61

Mentiría si dijera que no soy muy impaciente.

En la iglesia, miraba a un lado y a otro, observando cada detalle y preguntándome qué podría salir mal para estropear aquel momento perfecto. No quería que mi hijo ni ningún otro miembro de mi familia estropeara aquel día.

Estaba seguro de mi decisión y así se lo había dicho a todos los que me interrogaron durante mi despedida de soltero, especialmente a mi hermano Nikos.

Mi madre seguía torciendo los labios, pero había aceptado que era mi decisión y no había nada que cuestionar.

Tras la muerte de Elena, pensé que nunca volvería a casarme. Lidiar con su pérdida fue lo peor por lo que he pasado. Mi propio dolor y lo que su ausencia causó a León. Ver a mi hijo perdido sin que yo pudiera hacer nada al respecto fue enloquecedor.

Aunque ya había sufrido bastante cuando conocí a Eglaia, me di cuenta de que estaba dispuesto a volver a pasar por todo aquello con tal de vivir juntos cada minuto que pudiera. A pesar de suplicar que no ocurriera nada terrible, ya no me reprimía por miedo, ni siquiera de los que me juzgaban por estar con una mujer tan joven, pero no eran más que críticos, ya que no estaba cometiendo ningún delito.

La pequeña iglesia que Eglaia había elegido estaba abarrotada. Amigos y familiares habían llegado de todas partes para presenciar la boda. Aunque queríamos una ceremonia pequeña, acabamos engullidos por el tradicionalismo y las costumbres.

Una amplia sonrisa se formó en mis labios cuando las puertas de la iglesia se abrieron y por fin la vi entrar. Hermosa, con un vestido tan delicado como sus facciones, sostenía un ramo de rosas blancas y hierbas que a lo lejos parecían albahaca. La corona armonizaba perfectamente con el conjunto. Junto a ella venía su madre, que la conducía hacia mí.

Agradecí que Melina me hubiera hecho comprender que el matrimonio era lo correcto y

que nada me haría más feliz. Vivir ese momento expresaba que tenía derecho a vivir lo que quisiera.

En cuanto Eglaia se detuvo frente a mí, la tomé de las manos y la miré fijamente a los ojos, su sonrisa me llenó de nuevo aliento y alegría.

Puede que tuviera medio siglo, pero podía sentir que aún me esperaba mucha vida.

—Estás preciosa —le murmuré.

—Tú también.

Nos volvimos hacia el celebrante y comenzó los ritos cuando me colocaron una corona en la cabeza, con una cinta que la unía a la de Eglaia.

Sosteníamos velas encendidas mientras escuchábamos el sermón. Cuando me preguntaron si quería esa boda, no lo dudé.

Después de compartir una copa de vino, el sacerdote nos condujo, sosteniendo la cinta de las coronas, alrededor del altar tres veces para ser declarados casados.

Toda la iglesia estalló en celebración cuando la besé y nos fuimos bajo una lluvia de arroz.


Eglaia

Capítulo 62

La fiesta de la boda fue alegre, con mucha música y baile. Me lo pasé muy bien celebrando mi amor con Maximus.

A pesar de mi tensión por la posibilidad de que ocurriera algo malo, todo salió según lo previsto y nos habíamos convertido en marido y mujer.

Apenas podía creer lo que había pasado.

Maximus, mi marido.

La felicidad me desbordaba el pecho. Ni en mis sueños más salvajes había previsto que me sentiría así algún día de mi vida, pero ese momento había llegado.

—Por fin se ha dormido —dije mientras acomodaba a Selene en una habitación contigua a la nuestra en la suite donde nos alojábamos en un hotel de una de las islas privadas.

Habíamos pensado mucho en nuestra luna de miel y, como nuestra hija era aún pequeña, no quería estar tan lejos de casa. Optamos por pasar unos días en un lugar más cercano, ya que Maximus tampoco podía estar demasiado tiempo lejos de sus compromisos en la corte.

El hotel era precioso, lujoso y un lugar que probablemente nunca habría visitado de no haber sido por Maximus. Aunque Grecia destaca por ser un lugar paradisíaco, con varios hoteles como ése, las tarifas diarias eran extremadamente caras e incompatibles con los sueldos de los griegos de a pie.

Mi marido, además de su cargo de juez, procedía de una familia acomodada con muchos recursos, aunque nunca me molesté en entrar en detalles.

—Oye... —Me abrazó por detrás, tirando de mí hacia nuestro dormitorio.

—Selene...

—Hera la vigilará. Ahora eres mía, esposa.

Me volví hacia él con una sonrisa, echándole los brazos por encima de los hombros.

—¿Esposa? Hum, me gusta como suena eso.

—Bien, porque tendrás que lidiar con ello para siempre.

—¿Es eso una amenaza? —me reí burlonamente.

Asintió con la cabeza.

—Es una frase.

—¿Debería sentirme amenazada?

—Solo si no cumples tu condena.

—Me comportaré, Su Señoría.

—Bien hecho.

Me puse de puntillas, estirando el cuello y él se inclinó, poniendo fin a la distancia entre nuestras bocas. Su lengua se encontró con la mía y mis dedos recorrieron su nuca, tirando de los suaves mechones de su pelo. El beso se hizo más intenso y no me di cuenta de que me estaba haciendo retroceder hasta que mi espalda chocó contra un mueble.

Maximus me agarró de los muslos y me levantó en el aire, haciéndome sentar sobre la superficie de madera. Me había quitado el vestido de novia antes de llegar al hotel y llevaba uno más ligero, que me permitía rodearle la cintura con las piernas.

Seguimos besándonos mientras él se inclinaba sobre mí, subiendo las manos por la falda de mi vestido y acariciándome los muslos. Tirando de su pelo, moví la cabeza de un lado a otro, buscando el mejor encaje para nuestras bocas mientras me rendía a la necesidad irrefrenable de seguir tocándonos.

Su boca se separó de la mía, bajó por mi cuello y me provocó una oleada de escalofríos mientras sus manos tiraban de mi vestido, quitándomelo. Me froté contra el bulto de sus pantalones, sintiendo cómo la fina tela de mis bragas se humedecía cada vez más con mi necesidad de él.

Maximus respondió a mi deseo, besándome, tocándome y apretándome en igual medida.

Jadeé cuando volvió a acercar su boca a la mía, mordisqueó su labio inferior y tiró de él

hasta que se resquebrajó, arrancándole un delicioso gemido.

Mi marido me miró fijamente, sujetándome el cuello mientras tiraba de mis bragas con la otra mano, quitándomelas descuidadamente. Su pulgar presionó mis labios y lo chupé ligeramente, haciendo que Maximus gimiera ante la imagen que probablemente se había formado en sus pensamientos.

Me miraba fijamente, apretándome los pechos turgentes con ambas manos, estrujándome y retorciéndome los pezones mientras me miraba fijamente cuando su bulto, aún cubierto por su ropa, se frotaba contra mi sexo palpitante. Estaba tan desesperada por más que no podía dejar de gemir.

Miré hacia abajo y me di cuenta de la cantidad de mi propio líquido que ya había empapado su ropa.

—No podré resistirme.

—¿Quién dice que necesitas resistir? —Volví a agarrarle la nuca, tirando de su cara hacia la mía, mientras sus manos iban a mi cintura y apretaban dolorosamente.

Maximus apretó aún más su miembro contra mí y pude sentirlo palpitar en sus pantalones. Mi ansia estaba aún más descontrolada y lo demostré en el feroz beso que me dejó la boca seca y entumecida.

Empecé a abrirle la camisa de vestir, pero no pude terminar de quitársela porque él se inclinó y su boca se apoderó de mi pezón erecto, chupándolo. Maximus se aferró al borde del mueble con una mano y la otra bajó por mi vientre, acariciando mi montículo antes de que dos de sus dedos me invadieran.

Gemí salvajemente, inclinando el cuerpo hacia atrás y cerrando los ojos. Sentí cómo sus dedos entraban en mí cada vez más deprisa mientras me chupaba y mordía el pecho. Mi impulso fue darme la vuelta, haciendo crujir los muebles.

—¡Ah, Maximus!

—Qué rico —susurró con mi pecho en la boca mientras sus dedos sacaban cada vez más líquido de mí—. ¿Te gusta? —Me presionó el clítoris con el pulgar.

—Oh, sí... —me revolví en una creciente necesidad de más. —Te... te amo.

—Yo también te amo. —Se rió mientras me estimulaba de nuevo.

Clavé las uñas en la madera, retorciéndome mientras el placer se hacía cada vez más intenso y cada parte de mi ser clamaba por el clímax.



Maximus

Capítulo 63

Me di cuenta de que había acabado mientras mis dedos seguían jugando con su sexo. Sus fuertes gemidos dieron paso a una respiración pesada y entrecortada. Dejé de chuparle el pecho y volví a besarla en la boca, captando los suspiros de su placer.

Fue muy bueno para mi ego darme cuenta de que podía satisfacerla.

Seguíamos besándonos cuando Eglaia se recuperó y empezó a desnudarme. Me tiró la camisa al suelo y me bajó la cremallera de los pantalones.

Tiré los zapatos a un rincón de la habitación mientras me deshacía de la ropa interior, desnudándome por fin como ella.

Agarré los suaves muslos de Eglaia y tiré de ella hacia el borde del mueble. Me rodeó la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Me coloqué en su entrada e introduje el glande antes de llegar hasta el fondo. Estaba tan mojada que me deslicé con facilidad. El estrecho y cálido canal me hizo gemir mientras empezaba a mover mis caderas hacia las suyas, provocando impactos que reverberaban en nuestros cuerpos.

Eglaia soltaba grititos con el impacto de cada una de mis embestidas y yo lo disfrutaba.

—¡Maximus! —gritó mi nombre.

Tomé sus piernas y las puse sobre mis hombros, haciendo que Eglaia se agarrara al mueble y esa posición me permitió penetrarla aún más profundamente. Estaba muy dentro de ella y era la mejor sensación del mundo.

La forma en que expresaba su placer con gemidos, deliciosos grititos y ojos en blanco indicaba que ella también lo estaba disfrutando.

Fue tan caliente que, en medio de una de las contracciones de su canal, no pude contenerme, eyaculando mi semen en ella mientras buscaba sus labios. Nos besamos en la cima de mi placer mientras ella frotaba su suave cuerpo contra el mío.

Me apoyé en el mueble para recuperarme y ella apoyó su frente en la mía.

—Si pudiéramos quedarnos todo el tiempo en esta habitación… —dijo con voz temblorosa.

—No tengo intención de ir a ningún otro sitio.


Eglaia

Capítulo 64

Me sorprendí cuando Maximus me levantó del mueble y me llevó hasta la cama. Me tumbó boca abajo y, mientras nos recuperábamos, tomó las almohadas y las puso bajo mi vientre, haciendo que mi cuerpo quedara erguido y mi culo completamente expuesto.

Luego se inclinó sobre mí y empezó a besarme. Primero empezó por la nuca y los hombros, bajando lentamente por mi espalda, mientras sus manos seguían el ritmo de su boca.

Lo había hecho antes y yo sabía exactamente lo que quería. Esta vez, me sentía preparada. Apoyé las manos en la cama y estiré más el culo cuando mi marido me lo agarró. Maximus me mordió las nalgas y rodé sobre sus manos antes de que su beso empezara a prepararme.

Giré la cabeza hacia un lado, rindiéndome a su erección mientras su lengua daba paso a dos dedos. Los movió dentro de mí, haciendo que la zona apretada cediera un poco para dar cabida a algo mucho más grueso.

Pronto Maximus estaba arrodillado detrás de mí, sujetándome el culo con ambas manos y penetrándome. Me tensé un poco y él se inclinó para besarme la espalda.

Me relajé cuando empezó a moverse, muy lentamente. Era la segunda vez que teníamos sexo así, pero me di cuenta de que Maximus podía convertirlo en un hábito.

Me dominaba por completo y eso me gustaba mucho.

Sus dedos se hundieron en mis nalgas mientras aumentaba el ritmo a medida que me acostumbraba.

Pronto me puso a cuatro patas, separó las almohadas, me agarró uno de los pechos y me masturbó con la otra mano. Volví a revolcarme mientras el placer crecía y, aunque él iba despacio, era muy profundo e intenso, como si sus embestidas fueran capaces de unirnos.

Sentí su aliento contra mi nuca y mis orejas, los gemidos de su placer mientras vertía su líquido en mi interior y me llevaba a otro orgasmo más.

Me desplomé sobre la cama y sentí todo su peso presionándome contra el colchón mientras ambos nos recuperábamos.

—Te amo. —Me mordisqueó la oreja y el cuello.

—Yo también te amo, Maximus.



Maximus

Capítulo 65

Empezaba de nuevo. Pensar en ello me llenó de aliento y esperanza de reescribir mi historia y darle un rumbo mejor y más feliz.

Después del sexo, Eglaia y yo nos habíamos quedado prácticamente dormidos en la cama, agotados por la boda y todo lo que había ocurrido después. Solo nos despertamos al día siguiente, cuando los primeros rayos de sol iluminaron la habitación.

Mi joven esposa se puso una bata y fue a la habitación de al lado a dar el pecho a nuestra hija, que estaba al cuidado de Hera. La mujer llevaba años trabajando en mi casa, había visto crecer a León y no me fiaría de nadie más. Sabía que Selene estaba en buenas manos.

Selene...

Mi pequeña.

Volver a ser padre estaba fuera de mis planes. Mi relación con León fue un desastre, así que ¿para qué intentarlo de nuevo? Pero había sido una agradable sorpresa que había puesto mi vida patas arriba y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para no cometer los mismos errores.

Quería ser bueno con ella y con su madre.

Después de holgazanear, rodé de un lado a otro de la cama. Me levanté y fui al baño. Me di una ducha rápida y me puse ropa ligera antes de ir a ver cómo estaba mi hija.

La puerta estaba entreabierta y la empujé despacio para encontrar a Eglaia sentada en un sillón, amamantando a la bebé mientras Hera organizaba algunas cosas en las maletas.

—Hola... —murmuré mientras me acercaba.

Eglaia me sonrió.

—Buenos días, hijita. —Me incliné para darle un beso en la cabeza.

Abrió sus ojitos y se volvió hacia mí al oír el sonido de mi voz, y mi corazón se llenó de una inmensa alegría.

Le acaricié la carita y levantó la manita para agarrarme el dedo. Era tan pequeña que apenas podía rodearlo con el dedo.

—¿Ha pasado buena noche? —le pregunté a Hera.

—Es una bebé muy dulce.

—Como mamá.

Eglaia volvió a sonreírme.

—¿Qué tal un baño en el mar? —dijo Eglaia.

—Me parece una idea estupenda.

—Creo que a Selene le encantará el mar.

Fruncí el ceño con expresión seria.

—¿No es demasiado pequeña?

—Selene tiene ahora cuatro meses. Mi madre me contó que me llevó al mar cuando tenía pocos días.

—Aún así...

—Le gustará —dijo Eglaia.

—¿Me permites? —Estiré los brazos para agarrarla y Eglaia acunó a mi bebé en mis brazos.

Me quedé mirando su carita mientras me acercaba al pequeño balcón con vistas al océano.

Mi princesa...

No dejaba de mirarme mientras la abrazaba con cariño.


Eglaia

Capítulo 66

Acostada en la reposera, contemplaba el hermoso mar azul que se extendía ante mis ojos mientras mi hija dormía tranquilamente en un cochecito a mi lado y la niñera hojeaba las páginas de un libro.

Mi teléfono móvil empezó a vibrar en mi bolso y lo tomé para encontrar mensajes de Pandora.

Pandora:

¡Amiga!

¿Qué tal la luna de miel?

Hice una foto de mi vista y se la envié.

Pandora:

¡Qué bonito!

Imaginé que seguían en la cama.

Eglaia:

Convencí a Maximus para disfrutar un rato de la playa.

Pandora:

También es bueno.

Eglaia:

Estoy feliz.

Pandora:

¡Menos mal! Porque fuiste una loca al casarte.

Eglaia:

¿Loca?

Pandora:

Las bodas están pasadas de moda.

Eglaia:

Nunca pasarán de moda.

Pandora:

Si tú lo dices.

Eglaia:

Estoy segura de ello.

Dejé de contestarle, tirando el móvil a un lado, cuando vi a Maximus salir del océano. Caminando entre las olas, solo llevaba puesto un bañador negro, con el agua corriendo por su cuerpo bronceado y reflejándose en los mechones de su pelo gris. Sin duda, era mucho más guapo y encantador que muchos de los hombres más jóvenes que conocía.

Mi marido se detuvo delante de la reposera donde yo estaba y me miró bien.

—¿Has venido a la playa a tumbarte ahí?

—¿Estás pensando en algo mejor? —Me revolví, inclinándome hacia él.

—¡Ven conmigo! —Me tendió la mano, esperando a que la agarrara.

Maximus tiró de mí y salté un poco cuando mis pies tocaron la arena caliente, pero pronto me acostumbré.

Todavía de mi mano, mi marido me llevó hacia el mar. Sentí un escalofrío cuando la

primera ola rompió en mi espinilla, pero pronto me acostumbré a la sensación y el cálido sol hizo que la temperatura fuera agradable.

Nos alejamos cada vez más hacia el horizonte, hasta que la gente de la playa, incluidos Hera y mi bebé, no eran más que puntos informes.

El agua me llegaba al cuello y a veces tenía que levantarme cuando me pasaba una ola por encima para no tragármela.

Me agarré a los hombros de Maximus, que era más alto que yo, y me mantuve estable mientras él mantenía los pies firmes en el suelo.

Al principio, ninguno de los dos dijo nada, solo nos mirábamos fijamente mientras el agua era lo único que nos rodeaba.

Salté con la ola y mi cuerpo se acercó aún más a Maximus, momento en el que él rodeó mi cintura con sus brazos e inclinó su cabeza hacia la mía, ladeándola para que nuestras bocas encajaran. Su beso comenzó salado como el mar, pero se volvió más dulce a medida que se intensificaba.

Sus manos abandonaron mi cintura y se dirigieron a mi culo sin ningún freno. Por suerte, no había nadie cerca que me viera frotándome contra su cuerpo bajo el agua.

—¡Maximus!

—¿Qué ocurre?

—¿Estás loco?

—No hay nadie mirando. —Su boca seguía pegada a la mía mientras soltaba una carcajada.

—Tú… ¡ah! —Me estremecí al sentir su bulto mientras seguía frotándome contra su cuerpo—. No podemos hacer nada aquí.

—¿Quién ha dicho que no? —Con sus manos firmemente apoyadas en mi trasero, tiró de mí hacia arriba y mi único reflejo fue rodearle la cintura con las piernas.

Maximus me sostenía con un brazo mientras me apartaba la braguita del bikini. Me

sorprendió completamente que me penetrara en esa posición. De lejos, podríamos habernos estado besando, pero el océano ocultaba su verga en mí.

Aún llevaba puesto el bañador, pero él solo tuvo que empujar el elástico para acceder a lo que quería. Mi vergüenza no era mayor que mi excitación, ya que el propio vaivén del mar me hacía moverme arriba y abajo en él.

Volví a besarlo mientras Maximus dirigía el sexo con la ayuda de la ligereza del agua. Era inapropiado, sin duda, pero dejé de pensar en ello a medida que se volvía más y más delicioso.

Mordisqueé su cuello, evitando un gemido más intenso cuando tiró de mí con fuerza, penetrándome hasta el último centímetro que la posición permitía.

Apoyé la cabeza en su hombro, abrazándole y entregándome por completo al ritmo.

—¡Ah! Maximus...

Volvió a besarme mientras cogíamos en medio del océano. Nadie me había hecho sentir tan increíble como él.

Le sujeté la cara y le miré fijamente mientras me daba cuenta de que mi clímax estaba cada vez más cerca. Me devolvió la mirada y me di cuenta del momento en que tuvimos el orgasmo juntos.

¡Increíble!

Cada vez estaba más segura de que pasaría el mejor momento de mi vida con Maximus.



Maximus

Capítulo 67

Desgraciadamente, mi luna de miel con Eglaia duró poco y pronto volví a mis compromisos. Aquel día, tras los alegatos iniciales en el caso de los hermanos acusados de robar en una tienda del centro, salí del tribunal en dirección a la penitenciaría.

Necesitaba ver a mi hijo, aunque temía lo que pudiera ocurrir en este enfrentamiento, sabía que ya no podía evitarse. La condena de León estaba llegando a su fin y pronto sería puesto en libertad. No quería que ocurriera otro lío, poniendo en peligro las vidas de Selene y Eglaia, al igual que no quería ver a mi hijo castigado una vez más.

Aunque León no me creyera, realmente me preocupaba por él y quería que estuviera bien.

Sentada frente a la cabina de cristal, esperé hasta que un carcelero del otro lado lo sacó esposado y lo soltó mientras se acomodaba en la cabina frente a mí. Mi hijo parecía distinto, más delgado y con el pelo más corto. Su expresión, que nunca había sido la mejor, era aún más rígida.

—Hola, hijo. ¿Qué tal estás?

Me miró fijamente y soltó una carcajada que me agarró desprevenido.

—¿Cómo crees que estoy, viejo? ¿Crees que me dejaste de vacaciones en Disney?

—Por supuesto que no.

—Así que no hagas preguntas estúpidas.

—Solo quería saber si estabas bien.

—¿Te parezco en buen estado?

—Has estado mejor.

—Imagino que sí, pero lo que no entiendo es por qué estás aquí, ya que has encontrado una nueva familia con la que jugar.

—¿Lo sabías? —Tal vez no debería haberme sorprendido, pero lo hice.

—¿Que la dejaste embarazada y te casaste con ella? La abuela me lo dijo.

Resoplé, molesta con mi madre, pero al mismo tiempo sabía que no podría huir de la verdad durante mucho tiempo. León tendría que enfrentarse a ella y aceptarla.

—Estoy casado con Eglaia y tú tienes una hermana.

Hizo una mueca y escupió al suelo.

—¿Quieres que te felicite? —dijo sarcásticamente.

—Solo quiero que te acostumbres a la nueva realidad cuando salgas de aquí.

—¿Quieres que seamos una familia feliz y que no piense en cuántas veces he cogido a mi nueva mamá*?*

Como él dijo, hizo rugir algo dentro de mí, pero tuve que controlarme para no acercarme al cristal. Mi objetivo era estar en paz con mi hijo y no agravar más nuestros desacuerdos.

—Todavía tienes tiempo para mentalizarte y pensar en cómo será cuando te vayas de aquí.

—¿De verdad crees que podemos ser la familia feliz?

—Eso espero.

—Entonces estás perdiendo el tiempo. —León se levantó, haciendo un gesto al carcelero, que se lo llevó antes de que mi hijo pudiera siquiera despedirse.

No pensaba que la conversación fuera a ser fácil, pero resultó peor de lo que había previsto.


Eglaia

Capítulo 68

—Shhh... —susurré a mi hija, meciéndola en mi regazo e intentando que se durmiera.

Era tarde en la noche y Hera se había ido a casa, dejándome sola con mi bebé mientras Maximus aún no había regresado del trabajo. No me molestaba estar con mi bebé, al contrario, había algo especial en su presencia que me calentaba el corazón y me hacía sentir capaz de cualquier cosa.

Era frágil y delicada, dependía de mí para absolutamente todo y yo seguía teniendo miedo de que le pasara algo. A pesar de que nos acercábamos al quinto mes, seguía despertándome en mitad de la noche para comprobar si estaba dormida o para asegurarme de que no había pasado nada. Cuando me di cuenta de que estaba desarrollando habilidades como darse la vuelta, tumbarse boca abajo e intentar sentarse, empecé a sentirme más tranquila.

En cuanto me di cuenta de que estaba dormida, la acomodé suavemente en su cuna, le puse una manta fina, me incliné para darle un beso en la frente y me aseguré de que la ventana estuviera cerrada. No quería que entrara una brisa durante la noche y le diera frío.

La quería tanto, más de lo que creía que cabía en mi pecho y de lo que podía sentir por nadie más. Aunque fue un embarazo accidental, después de que naciera Selene fue como si mi vida cobrara más brillo y color.

Cuidadosamente, cerré la puerta de su cuarto y me dirigí al pasillo. Estaba bajando las escaleras hacia el primer piso cuando escuché un auto en el garaje y supuse que Maximus había llegado. No solía demorarse tanto, pero imaginé que podría haber ocurrido algo en el tribunal que requiriera su atención.

Estaba sentada en el sofá del salón cuando entró con la cabeza gacha y expresión de no haber tenido un buen día.

—¿Problemas en los tribunales? —me aventuré a preguntar.

—Eglaia. —Sonrió al verme. Como si yo fuera una flor floreciendo ante un rayo de sol.

Me acerqué más y le besé más rápido, pero me agarró de la cintura antes de que pudiera apartarme.

—Ojalá fuera el tribunal.

—¿Qué ha pasado? —Le sostuve la cara, fijando su mirada en la mía.

—Fui a la penitenciaría a encontrarme con León.

Tragué saliva cuando mencionó el nombre de su hijo, había evitado pensar en ello, pero sabía que no era algo que pudiéramos esconder bajo la alfombra y fingir que no había pasado nada.

—¿Y cómo te fue? —me atreví a preguntar.

—¡Terrible! —Dejó escapar una bocanada.

—Lo siento.

—Parece que soy incapaz de convencer a León de que siga el camino correcto.

—Sé que te culpas por lo que le pasó, pero León es un adulto y tiene que enfrentarse a sus propias decisiones.

—No quiero perderlo... —Sacudió la cabeza, acentuando aún más su malestar.

—Las relaciones son una calle de doble sentido.

—Tienes razón. —Se esforzó por sonreír—. ¿Cómo está nuestra princesa?

—Durmiendo. Creo que tenemos tres... o con suerte cuatro horas antes de que se despierte.

—¿Y los empleados?

—Ya se han ido.

—¿De verdad?

Asentí y una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios.

Me agarró de la cintura y su boca volvió a la mía, pero esta vez no hubo delicadeza. El

suave beso dio paso a una lengua llena de posesión y deseo, mientras sus manos recorrían la curva de mi cuerpo, trenzando mis líneas y crestas. Ronroneé, echando la cabeza hacia atrás cuando me agarró del cuello y me empujó hacia atrás hasta que caí de espaldas sobre el sofá.

Vi cómo Maximus se quitaba la corbata y tiraba la chaqueta al suelo. Se inclinó hacia mí, besándome de nuevo y yo empecé a abrirle la camisa de vestir, quitándole cada botón por turno mientras nuestras lenguas bailaban.

Se levantó y le besé el abdomen mientras le desabrochaba el cinturón y le quitaba los pantalones de sastre. Sus pantalones blancos revelaron el bulto de su pene y tiré de ellos hacia abajo, haciéndolo saltar ante mis ojos.

Maximus me acarició el pelo, peinándolo hacia atrás con sus dedos mientras yo me inclinaba para chupárselo. Mi marido gimió cuando mi boca se llenó de su sabor. Impaciente, me agarró la cabeza y se movió sobre mi lengua. Concentré mis esfuerzos en contener la respiración y chuparle.

Pensé que seguiría hasta acabarme, pero para mi sorpresa, me soltó y se apartó para quitarme el vestido, despojándome de la lencería mientras nos besábamos de nuevo.

Me agarró por la cintura y me hizo girar en el aire, cambiando de sitio conmigo y sentándome en su regazo. Me lamí los labios, soltando una risita traviesa justo antes de que me agarrara del pelo con una mano y de la cintura con la otra, guiándome hasta sentarme sobre su verga.

—¡Ah! —Un gemido agudo escapó de mi garganta al sentirlo plenamente, profundo y delicioso.

Sus manos se dirigieron a mi culo y me agarró uno de mis pechos cuando empecé a moverme.

Nuestra química y compatibilidad eran tan intensas que no había nada mejor que el contacto directo de nuestras pieles y lo perfectamente que encajaban nuestras anatomías.

Era más que sexo, con Maximus trascendí.

—Ah, mi amor... —gemí mientras me revolvía cada vez más intensamente.

Mis manos recorrieron sus hombros, su cuello y su cuero cabelludo.

Me gustaba tener su lengua en mis pezones, pero era aún mejor sentirla en mi boca. Así que volví a acercarme a él para besarle.

Sujeté sus manos contra el respaldo del sofá y entrelazamos nuestros dedos mientras nos mirábamos fijamente. Me moví arriba y abajo, frotándome con él apretado contra mí hasta que se acercó el clímax.

Me apretó los dedos aún más fuerte y pude ver cómo su cuerpo se ponía rígido mientras llegábamos juntos a nuestro punto álgido.

Jadeando, me desplomé sobre su pecho mientras Maximus me acariciaba el pelo.

Solo quería que fuéramos felices así para siempre.



Maximus

Capítulo 69

Petros se acomodó en la silla frente a mí cuando el camarero vino a servirnos el café.

—¿Cómo va el matrimonio?

—Maravilloso. —Intenté no exagerar demasiado en mi comentario, pero no fue suficiente para evitar que mi hermano se riera.

—Estás en la mejor fase, cuando tu verga está siempre dura y tus huevos vacíos. Echo de menos cuando solía llegar a casa con una vagina caliente y húmeda esperándome para tener sexo toda la noche. No dormía, pero valía la pena.

—¿Y qué pasó? —Parecía mejor no preguntar, pero al mismo tiempo sabía que Petros estaba allí para hablar de ello.

—Matrimonio, rutina, malditos deseos que se van. Tal vez un poco de mi impaciencia...

—¿Has renunciado al divorcio?

—No.

—¿Seguro?

—Sí. ¡Estoy jodidamente cansado! —gritó—. Ya estoy harto de ella, de la puta inseminación artificial, de los cambios de humor. ¡Ni siquiera quiero un puto hijo!

—¿No crees que es una decisión precipitada? Llevas casado cinco años.

—Lo he pensado mucho y me he dado cuenta de que es lo mejor que puedo hacer por mí.

—¿Y ella?

—A la mierda.

—Pero Petros...

—Déjala estar con otro tipo, alguien dispuesto. Yo no, ya no.

—Esa es tu decisión.

—Sí...

Me di cuenta de que mi hermano y yo estábamos en momentos muy diferentes de nuestras vidas y solo esperaba que fuera feliz.

Petros dio unos sorbos a su café y cerró la cara.

—Creo que necesito algo más fuerte —resopló.

—Quizá sea demasiado pronto para eso.

—Vamos a un pub.

—Lo siento, pero quiero volver a casa y ver a mi mujer y a mi hija.

—Hija... algo que nunca tendré.

Pasé unos minutos más con mi hermano quejándome de su matrimonio y de su mujer hasta que por fin me despedí y me levanté para marcharme.


Eglaia

Capítulo 70

Un mes después...

No sabía exactamente qué esperar ese día y Maximus parecía más tenso que yo.

Estábamos en el coche delante de la penitenciaría, esperando a que se abrieran las puertas y León saliera por ellas.

—No sé cómo estará —dijo Maximus, tenso.

—¡Cálmate! —Le tomé de la mano, mientras con la otra sostenía a nuestra bebé—. Todo va a ir bien.

—No estoy tan seguro.

—León estuvo atrapado aquí mucho tiempo, tal vez aprendió algo. Esperemos lo mejor.

—Sí... —Dejó escapar un largo y profundo suspiro.

Maximus se cruzó de brazos y adoptó una postura más defensiva cuando las puertas se abrieron y León salió por ellas.

Hacía mucho tiempo que no lo veía. Tenía un aspecto extremadamente delgado y demacrado. Tenía la cabeza rapada y los ojos muy hundidos. Parecía salido de una película postapocalíptica.

Cuando nos vio, esperaba gritos, asco y revuelta. Esperaba al mismo chico rebelde que tanto me había amenazado, culpando a todo y a todos cuando la situación no era exactamente como él esperaba.

De cara a su hijo, Maximus dio un paso adelante, interponiéndose entre León y yo, como si fuera una barrera para protegerme a mí y a su hija menor.

No se pronunciaron palabras y la tensión del momento se hizo cada vez mayor y más agónica. Era como si una masa invisible nos empujara hacia abajo con una fuerza cada vez más opresiva.

León dio un paso hacia nosotros y Maximus se puso aún más a la defensiva.

Padre e hijo se miraron fijamente durante lo que pareció una eternidad hasta que León simplemente se dio la vuelta, en lugar de venir con nosotros o unirse a nosotros, nos dio la espalda y se alejó, siguiendo la calle hasta una parada de autobús y se sentó en ella, sin decir nada más.

Maximus se volvió hacia mí y le acaricié el hombro.

—No quiere venir con nosotros —me dijo tristemente.

—Quizá necesite un descanso.

—No sé...

—Démosle un poco de espacio.

—Podría ser...

Maximus estaba decepcionado y admito que no esperaba esta situación, pero que León no hubiera actuado con violencia y furia ya me parecía algo bueno.

Pasó un autobús y se subió a él, imagino que ni siquiera sabía adónde iba, pero se alejó de nosotros.

—Vámonos de aquí —dijo Maximus al fin.

Asentí con la cabeza y acomodamos a Selene en el cochecito antes de subir al coche y volver a casa.



Maximus

Epílogo

Meses después...

León no volvió a casa, y me sorprendió, pero mi instinto me decía que eso no pasaría. Aunque me sentí molesto por mi fracaso. Quizás León había decidido por fin madurar y trazar su propio camino.

Aunque no nos hablábamos, me enteré de que se había alistado en la marina. Fue una gran sorpresa, porque nunca lo había imaginado en un entorno tan rígido e institucional, pero podía ser justo lo que necesitaba.

León podría no estar de acuerdo, pero seguía siendo mi hijo y yo le quería. Esperaba que algún día, en un futuro no muy lejano, pudiéramos reunirnos. Aunque no fuera así, me alegraba saber que estaba bien.

—¿Ya te has despertado? —Eglaia pasó sus delicados dedos por mi pecho y yo me giré para mirarla.

—Sí.

—Tengo pereza... —Se estiró, toda mimosa. —Selene por fin empezó a dormir toda la noche y yo también.

—¿Sí? —Sonreí, dándonos la vuelta en la cama y poniéndome encima—. ¿Eso significa que has descansado?

—Tal vez... —murmuró sensualmente.

—¡Qué bien! —Le sujeté la cara con una mano y la otra bajó por el costado de su cuerpo hasta su muslo, acomodándola mejor debajo de mí.

—Mmm...

Mordisqueé su labio inferior mientras acariciaba su muslo y deslizaba la mano hasta sus bragas. Metí la lengua en su boca, aparté el encaje y deslicé las yemas de los dedos por sus labios

mayores.

Dejó escapar un gemido ronco y su cuerpo se arqueó contra el mío mientras la penetraba con un dedo, impulsándola una y otra vez a un ritmo que empezó lento pero fue subiendo de ritmo.

Nuestro beso se hizo más intenso, con mis labios apretándose contra los suyos mientras nuestras lenguas bailaban, entrelazándose mientras mis dedos seguían moviéndose dentro de ella.

Estaba a punto de quitarle las bragas cuando oímos un llanto que llenó toda la habitación a través del vigilabebés.

—Oh, no, hijita... —murmuré.

Eglaia se rió.

—No creo que Hera esté aquí todavía. Tengo que ir allí. —Intentó levantarse de la cama, pero la detuve, rodeando su cuerpo con mi brazo.

—Déjame ir a mí.

—¿Seguro?

Afirmé notoriamente.

Se tumbó en la cama y yo me levanté.

Me puse unos pantalones cortos y salí de nuestra habitación, dirigiéndome a la de mi hija. Selene estaba sentada en su cuna, mordisqueando un juguete y dejó de llorar cuando me vio.

—Hola, hija.

Me tendió los brazos y la tomé en mis brazos.

—¿Qué ocurre?

Ella murmuró, apoyando su cabecita en mi hombro.

Fui a uno de los cajones, saqué un mordedor blando y se lo di. Esto pareció aliviar su malestar y me hizo suponer que le picaban las encías por la dentición.

—¿Así estás mejor?

Me miró fijamente y sonreí.

Selene era aún pequeña y era mi oportunidad de marcar la diferencia, de construir una mejor relación con ella. Sin embargo, no podía olvidar que cualquier relación era cosa de dos y que también dependería de ella.

La volví a poner en su cuna y mi niña se tumbó en su almohada, mordisqueando su mordedor.

Me aseguré de que no había nada cerca con lo que pudiera hacerse daño y volví a mi habitación.

—¿Qué le pasaba? —preguntó Eglaia al verme.

—Son los dientes.

—Oh, pobrecita.

Me arrodillé en el borde de la cama y me acerqué a ella.

—¿Dónde estábamos?

Eglaia sonrió justo antes de que la alcanzara y le rodeé el cuello con los brazos, acercando de nuevo su boca a la mía mientras le quitaba la blusa. Tiré la prenda al suelo y le agarré los pechos.

Ella gimió cuando deslicé mis labios por su cuello, dejando un rastro de mordiscos y chupetones hasta llegar a uno de sus pezones. Chupándole el pecho, le quité las bragas y los shorts, colocándolos en el centro de la cama para poder meterme entre sus muslos.

La penetré de un empujón firme, profundo y delicioso que hizo que mi mujer echara la cabeza hacia atrás. Empecé a moverme despacio, pero pronto quisimos más y la salvaje necesidad habló más alto.

Volví a besarla, mordisqueando y lamiendo sus labios mientras sus piernas me rodeaban la cintura, permitiéndome penetrar aún más.

Decidí no cambiar de posición, continuar a ese ritmo más lento, casi perezoso, pero muy bueno como nos habíamos levantado aquella mañana. Continué dentro de ella, sintiendo el

delicioso apretón de su cuerpo contra el mío hasta que el placer se hizo tan intenso que me derramé dentro de ella.

Eglaia se frotó contra mí, pidiendo más, y en cuanto recuperé el control de mi cuerpo, metí la mano entre nosotros y la guié hasta que Eglaia también tuvo su orgasmo.

Me eché a un lado, tirando de ella hacia mis brazos, y Eglaia se acurrucó en mi pecho.

—Maximus...

—Sí.

—Necesito decirte algo.

—¿Qué pasa? —Me subí a la cama para ponerme en una posición en la que pudiera mirarla.

—Estoy embarazada otra vez. —Se mordió el labio inferior, haciendo una mueca de cierto temor.

—¿De verdad? —Me sorprendió.

—Sí...

—¡Qué gran noticia! —La abracé y le di unos besos.

—¿Eres feliz? —Todavía estaba llena de miedos.

—Por supuesto. —Me arrodillé para besar su vientre.

Dejó escapar un suspiro de alivio y me abrazó.

—Te amo, Maximus.

—Yo también te amo, Eglaia.

Estaba muy contento de tenerla conmigo y de formar una familia juntos.

Yo sabía una cosa con seguridad: no dejaría que nadie se interpusiera entre nosotros.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, 28 años, es brasileña y forma parte de Forbes Brasil's Under 30, una lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, un verdadero fenómeno editorial entre las lectoras.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa, y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro, «Vale das Sombras». Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas, «Eternamente Minha», en un largometraje emitido en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.

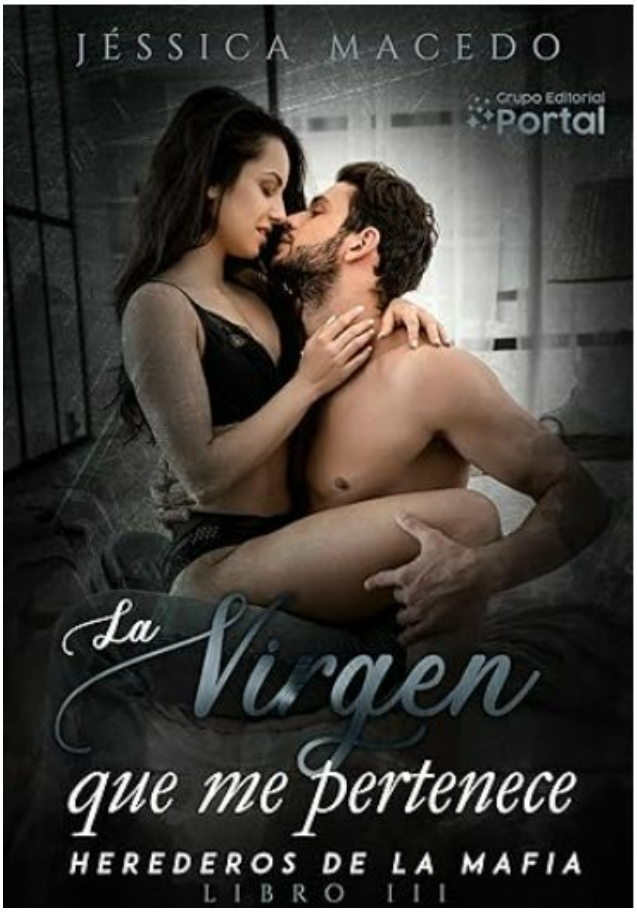


Link=> https://amzn.eu/d/9TEtXju

Hace cinco años, el multimillonario y hotelero griego Klaus Demetriou sufrió un terrible accidente que le costó la vida a su mujer y le dejó entre la vida y la muerte. Rescatado por una familia de pescadores, sobrevivió milagrosamente, pero regresó a casa con una enorme deuda.

Pedro Katsaros era un tipo sencillo que estaba orgulloso de la vida que llevaba y nunca le pediría ningún favor al hombre que rescató en la playa, pero algo terrible le ocurrió a su única hija y no tuvo más remedio que recurrir al magnate más poderoso que conocía.

Klaus no quería involucrarse, atrapado con sus propios fantasmas, no necesitaba complicarse la vida, pero no tenía elección. Deudas como la que tenía con el pescador debían ser pagadas, sobre todo cuando el pobre hombre fue asesinado por los mismos criminales que se llevaron a su hija. Rhea se convirtió en su responsabilidad y para traerla de vuelta sana y salva tuvo que comprarla.

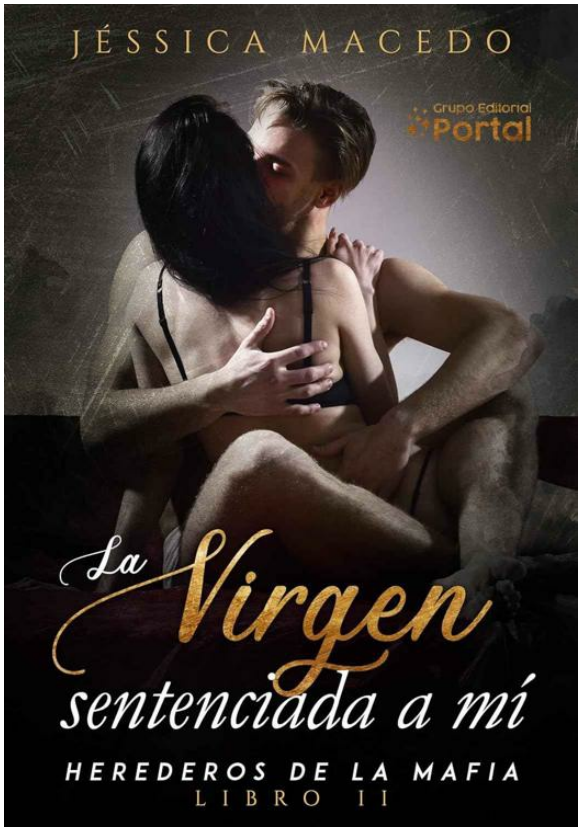


Link=> https://amzn.eu/d/ciJFEaz

Luca Mancini es el capo de Palermo, cabeza de Sicilia, cuna de la mafia italiana. De joven, su vida estuvo marcada por el asesinato de su padre y aprendió muy pronto que la mafia exige sacrificios. Para mantenerse en el poder y controlar una disputa con Roma, aceptó un matrimonio arreglado que sellaría el acuerdo y traería la paz.

Perla es la hija de Marco Bellucci, el jefe de la mafia italiana, y siempre supo que en algún momento su padre elegiría un marido para ella. Solo que no imaginó que el desafío podría ser aún mayor de lo que creía. Creció entre monstruos, pero no estaba preparada para uno aún más aterrador.

Se derramó mucha sangre entre sicilianos y romanos en la lucha por el poder en Italia, y la unión de la pareja no fue bien recibida por todos. Luca tuvo que estar dispuesto a enfrentarse a la alianza y proteger a Perla a cualquier precio, sobre todo cuando había un bebé en camino.

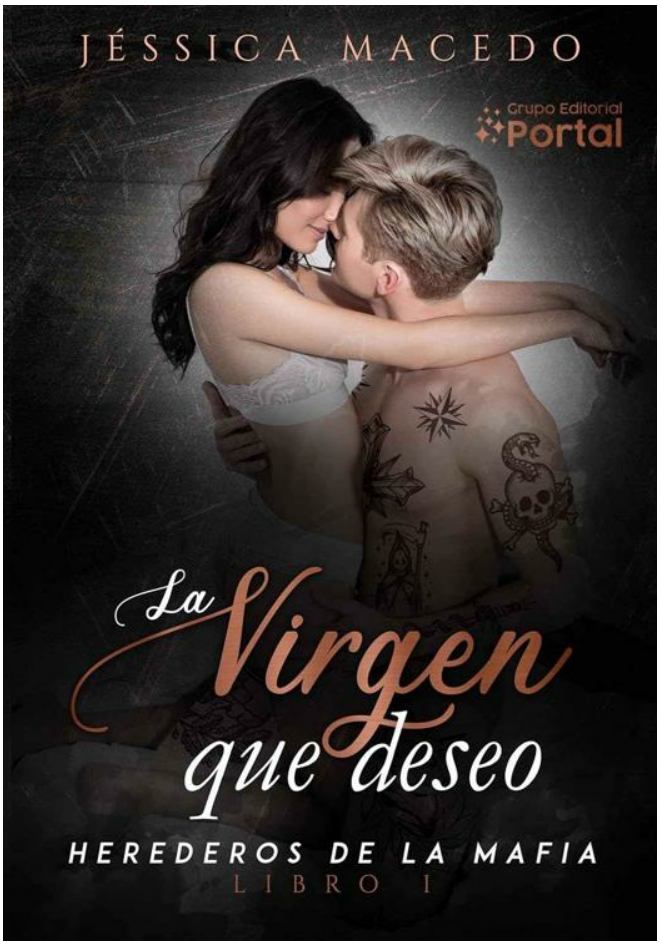


Link => https://amzn.eu/d/4iEF47G

Steven Lansky es el capo de Nueva York, jefe de la mafia italiana en Estados Unidos. Asumió el legado de su padre y descubrió que ser fiel a la mafia exige sacrificios mayores que matar o morir. Aceptó una unión de conveniencia con la princesa de los italianos, un matrimonio que fortalecería a su familia. Sin embargo, la novia eligió a otra persona, lo que hirió su ego e hizo que se enfadara con la familia Bellucci.

Manuela es hija de Theo Bellucci, consigliere de la mafia italiana. Llegó a creer que no se vería arrastrada a un matrimonio arreglado, pero cuando su prima se casó con el jefe de la mafia rusa, a ella le tocó mantener la alianza con los estadounidenses.

Steven y Manuela no querían casarse, pero se vieron obligados a unirse por el bien de sus familias. Una pareja de perros y gatos que se odian. En su vida matrimonial han demostrado ser enemigos declarados, pero están condenados a encontrar la forma de amarse o acabarán destruyéndose mutuamente.



Link => https://amzn.eu/d/4n0ICry

Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea, incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia. Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan las demás personas y hará lo que sea para conseguir lo que quiere.



Link => https://amzn.eu/d/iCsTkSD

Casarme era algo que nunca había imaginado hacer. La soltería me ofrecía muchas ventajas y las disfrutaba mucho.
Nací en el seno de una familia influyente que poseía una compañía aérea y siempre lo tuve todo, pero la política me dio el poder. Sin embargo, siempre he sido un hombre muy ambicioso.

Quería más, quería la presidencia del país.

Yo creía que era la mejor opción, no sólo por mi ego, sino por mis logros políticos. Sin embargo, muchos miembros del partido parecían no estar de acuerdo con mi candidatura.

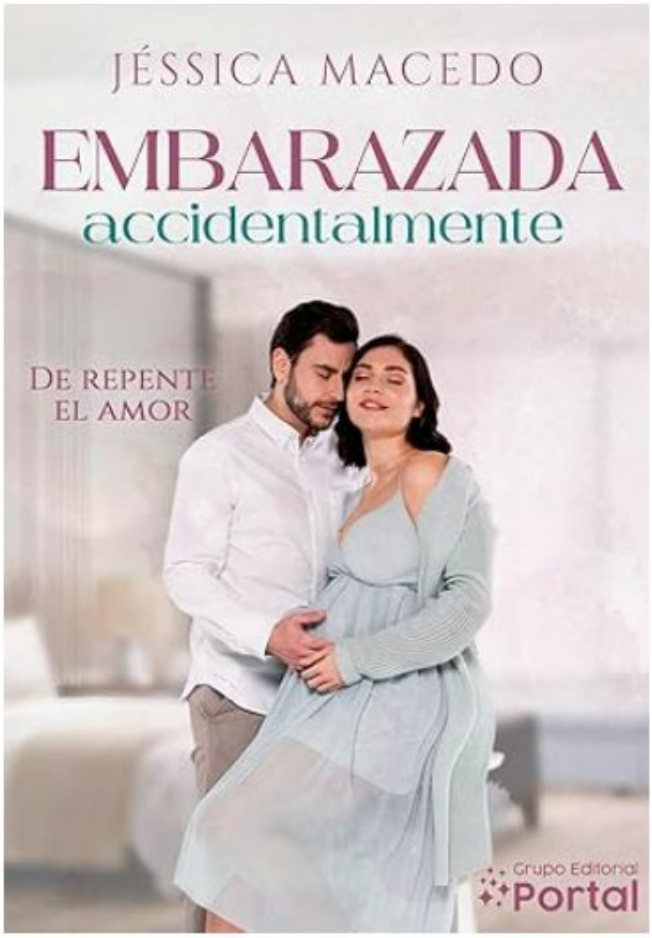
No era el hombre perfecto a sus ojos, incluso con todo su dinero e influencia. Habrían preferido otro candidato, alguien que favoreciera los valores tradicionales, un hombre comprometido con su familia.
Tenía que casarme.

Pero el dinero podía solucionarlo todo, sin que yo tuviera que cambiar mi estilo de vida. Un matrimonio por contrato era lo que necesitaba.
Penélope es doce años más joven que yo, ingenua, pobre y fácil de moldear. A mi lado, sería la decoración perfecta. Nunca tuvo nada y se comportaría para mantener el mundo que yo le ofrecía.

Lo controlaría todo, como siempre he hecho. Pero no podía prever que ella sería capaz de infiltrarse en las barreras de mi corazón.



https://www.amazon.es/gp/product/B0CLKXFHCK



https://amzn.eu/d/bFC4gyn